

Eugene O'Kelly

«Unas memorias conmovedoras.»

The Times

MOMENTOS
PERFECTOS

Momentos perfectos

**Cómo mi muerte inminente
me transformó la vida**

El relato final

Eugene O'Kelly

con Andrew Postman

Traducción de Francisco García Lorenzana



Título original: *Chasing Daylight*, originalmente publicado en inglés, en 2008, por McGraw-Hill, Nueva York

Primera edición en esta colección:
octubre de 2015

© 2008 by Eugene O’Kelly
© de la traducción, Francisco García Lorenzana, 2015
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 23169-2015
ISBN: 978-84-16429-79-0

Diseño de portada:
Ariadna Oliver

Realización de cubierta y composición:
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Para Marianne y Gina,
mis regalos más grandes.

Para Corinne,
mi compañera en esta vida,
mi guía al acercarme a lo siguiente.

A través de la ventana de la sala de estar contemplamos los fuegos artificiales lanzados desde la barcaza de Macy's en el East River. Exactamente un año antes, los había presenciado desde el mismo río, disfrutando de cerca los fuegos artificiales de 2004 como invitado en *The Highlander*, el yate de la familia Forbes. En aquel momento, como ocurre siempre, no tenía ni idea de lo que iba a traer el año nuevo.

Resulta equívoco decir que «contemplé» los fuegos artificiales. En esa noche del 4 de julio de 2005, la experiencia real –al menos para mí– no fue visual. Es verdad que había desarrollado problemas de visión, entre ellos manchas borrosas y puntos ciegos, que naturalmente disimulaban la gloria del espectáculo, el arco y el estallido de los fuegos artificiales que cubrían el cielo al otro lado de la ventana de nuestro apartamento. Pero aunque hubiera sido capaz de ver con más claridad, la verdadera emoción era el sonido. Explosiones que despertaban ecos en los rascacielos que nos rodeaban, el ruido rugiendo en los cañones de las avenidas de Manhattan, un retumbar profundo como el de un trueno resonando a través de mi cuerpo y de mi ciudad. El sonido era hermoso; era revelador. Nunca habría podido imaginar que la mejor parte de los fuegos artificiales pudiera ser algo al margen de la luz y el color.

Nunca sabes cómo van a sorprenderte.

Índice

1.
 1. [Un regalo](#)
 2. [El balance](#)
 3. [El negocio de morir es muy duro](#)
 4. [La mejor muerte posible](#)
 5. [La buena despedida](#)
 6. [Transición](#)
 7. [Momentos perfectos, por Corinne O'Kelly](#)
 8. [Epílogo, por Corinne O'Kelly](#)

«Según el conocimiento de los hombres, es posible que la muerte sea el mayor bien que les puede ocurrir. Pero la temen como si supieran muy bien que es el mayor de los males. Y ¿no es eso más que la vergonzosa ignorancia de pensar que sabemos lo que no sabemos?»

SÓCRATES

Un regalo

Fui bendecido. Me comunicaron que solo me quedaban tres meses de vida. Puede pensar que al poner esas dos frases una detrás de otra debo estar bromeando. O estoy loco. Quizá llevaba una vida miserable y frustrada que cuanto antes acabase mejor.

Nada más lejos de la realidad. Amaba la vida. Adoraba a mi familia. Disfrutaba de mis amigos, de la carrera que tenía, de las organizaciones solidarias de las que formaba parte, del golf que jugaba. Y estoy bastante cuerdo. Y también lo digo bastante en serio: el veredicto que recibí la última semana de mayo de 2005 –que era bastante improbable que llegase al primer día de clase de mi hija Gina en el octavo curso, la primera semana de septiembre– resultó ser un regalo. Honestamente.

Porque me vi obligado a pensar seriamente en mi propia muerte. Lo que significaba que me veía forzado a reflexionar sobre mi vida con mayor profundidad de lo que había hecho nunca. Por muy desagradable que fuera, me vi obligado a reconocer que me encontraba en la fase final de mi vida, me vi obligado a decidir cómo pasar mis últimos cien días (semana más o menos) y me vi obligado a actuar a partir de estas decisiones.

En resumen, me dije que debía responder a dos preguntas: «¿El final de la vida debe ser la peor parte de esta?» y «¿Se puede convertir en una experiencia constructiva, incluso en la mejor parte de la vida?».

No. Sí. Así es como iba a responder a estas preguntas, respectivamente. Estaba en disposición de acercarme al final mientras seguía mentalmente lúcido (habitualmente) y físicamente capaz (o algo así), rodeado de mis seres queridos.

Como he dicho: una bendición.

Por supuesto, casi nadie piensa en los detalles de su muerte. Hasta que no me vi obligado a ello no lo había hecho... en serio, no. En general, sentimos una profunda ansiedad sobre este hecho, pero imaginar los principios básicos de cómo conseguir lo mejor de nuestros últimos días, y después cómo aseguramos que vamos a seguir el curso de acción planificado en beneficio de nosotros mismos y de nuestros seres queridos, no

es lo más habitual entre los moribundos, y desde luego que no entre los sanos y robustos. Algunas personas no piensan en la muerte porque les llega de repente y prematuramente. Algunos de los que mueren así –en un accidente de coche, por ejemplo– incluso no han llegado a pensar en ellos mismos como mortales. Mi muerte, por el otro lado, aunque algo prematura (tenía 53 años en el momento del veredicto), no se puede llamar repentina (en cualquier caso, no puedes llamarla así dos semanas después de haber asumido la sentencia de muerte), porque me informaron de una manera bastante explícita que mi último día en esta Tierra tendría lugar durante el año 2005.

Algunas personas no piensan en conseguir lo máximo de su última etapa porque, cuando se acerca claramente su fin, no se encuentran en disposición, mental o físicamente, de conseguir que sus últimos días sean lo que podrían haber sido. Su primera preocupación es aliviar el dolor.

No es mi caso. No voy a sufrir así. En las semanas anteriores al diagnóstico, cuando empezaron a ocurrirme cosas atípicas (pero que pasaron bastante desapercibidas), no sentí dolor, ni el más mínimo. Más tarde, me dijeron que el final también iba a estar libre de dolor. Las sombras que lentamente han empezado a ensombrecer mi mente se van a alargar, como lo hacen en el campo de golf a última hora de la tarde, ese momento mágico, mi momento preferido para estar ahí fuera. La luz se difumina. El hoyo –el objeto de mi atención– se vuelve cada vez más difícil de distinguir. Al final, incluso resulta difícil de nombrar. La claridad se desvanecerá. Entraré en un coma. Caerá la noche. Moriré.

Debido a los factores que rodean mi muerte –mi juventud relativa, la conservación de mis capacidades mentales y la buena salud física en todos los demás aspectos, la ausencia de dolor cotidiano y la proximidad de mis seres queridos, la mayoría de los cuales están en la mejor edad–, adopté un punto de vista diferente sobre mis últimos cien días, uno que implicaba que debía mantener mis ojos lo más abiertos posibles. Aunque la visión fuera borrosa.

Oh, sí... había un factor adicional, probablemente el más importante, que influyó en la manera en que enfoqué mi despedida: mi cerebro. Mi manera de pensar. Primero como economista, después como un ambicioso hombre de negocios, y finalmente como máximo responsable de una gran empresa estadounidense. Mis sentimientos sobre el trabajo y el logro de los objetivos, sobre la consistencia, la continuidad y el compromiso, estaban tan integrados en mí por mi vida profesional, y me habían servido tan bien en

esa vida, que no podía imaginar que *no* los aplicase en mi tarea final. De la misma manera en que un ejecutivo de éxito se siente impulsado a ser un estratega y a estar todo lo preparado posible para «ganar» en todo, yo me sentí impelido a ser todo lo metódico posible durante mis últimos cien días. El conjunto de habilidades de un director general (capacidad de ver la imagen de conjunto, de gestionar una amplia gama de problemas, de planificar para las contingencias, etcétera) me ayudó a prepararme para la muerte. (Y – no se debe pasar por alto– mi experiencia final me ha enseñado algunas cosas que, si las hubiera sabido antes, me habrían hecho mejor director general y mejor persona.) Al enfocar mi último proyecto de manera tan sistemática, tenía la esperanza de convertirlo en una experiencia positiva para los que me rodeaban, así como los mejores tres meses de mi vida.

Era un hombre afortunado.

Suponiendo que no tuviera únicamente cien días. ¿Qué habría hecho?

Pensar en mi próximo viaje de negocios, probablemente a Asia. Planificar cómo atraer a nuevos negocios mientras gestionamos las cuentas que ya tenemos. Formular iniciativas para los seis meses, un año, cinco años siguientes. Mi calendario ejecutivo siempre adoptaba una perspectiva de 12 a 18 meses por adelantado; esto viene con el cargo. Mi puesto exigía que pensase constantemente en el futuro. Cómo aumentar el éxito de la empresa. Cómo asegurar la calidad continuada de lo que ofrecíamos. Sí, técnicamente vivía en el presente, pero mis ojos siempre estaban centrados en un período temporal más elusivo y aparentemente más importante. (Antes del diagnóstico, mi último pensamiento cada noche antes de dormirme habitualmente se refería a algo que iba a ocurrir entre uno a seis meses más tarde. Después del diagnóstico, mi último pensamiento antes de caer dormido era... el día siguiente.) En 2002, cuando fui elegido presidente y consejero delegado de KPMG (Estados Unidos), era para un período de seis años. Pero en 2006, si todo iba según el plan, esperaba convertirme en presidente de la organización global, seguramente durante cuatro años. ¿En 2010? La jubilación, probablemente.

No soy un hombre demasiado dado a formular hipótesis –tengo una forma de pensar demasiado directa para ello–, pero durante un instante supongamos que no hubiera existido una sentencia de muerte. ¿Habría sido adecuado seguir planeando,

construyendo, dirigiendo e importunando como hasta entonces durante los siguientes años? Sí y no. Sí, porque habría estado presente para algunas cosas. Para ver cómo mi hija Gina se graduaba en el instituto y en la universidad, y se casaba y tenía hijos, y reinventaba el futuro (sea cual sea el orden en que acabe haciendo todo eso). Para pasar la próxima Nochebuena, la víspera del cumpleaños de mi hija mayor, Marianne, realizando con ella las compras de los regalos de última hora, comiendo, hablando y riendo como lo hacemos cada año en ese día. Para viajar y jugar al golf con mi esposa durante los últimos 27 años, Corinne, la chica de mis sueños, y compartir con ella una tranquila jubilación en Arizona con la que habíamos fantaseado y que llevábamos planeando desde hacía tanto tiempo. Para ver cómo mi empresa, en la que estoy desde antes de graduarme en la escuela de negocios y en la que he trabajado durante más de tres décadas, establecía nuevos estándares de calidad y éxito. Para ver cómo los Yankees ganaban otras Series Mundiales, o tres. Para asistir a las Olimpiadas de 2008 en Beijing. Para ver crecer a mis nietos.

Pero también digo que no. No, porque gracias a mi situación he conseguido un grado de conciencia que no poseía durante los primeros 53 años de mi vida. Me resulta prácticamente imposible imaginar que vuelva a esa otra forma de pensar cuando esta nueva manera me ha enriquecido tanto. Perdí algo precioso, pero también gané algo precioso.

Un día, no hace demasiado tiempo, estaba sentado en la cima del mundo. Desde ese sitio tenía una visión que era relativamente rara en el mundo estadounidense de los negocios, una perspectiva que me permitía acceder al trabajo interno de muchas de las empresas más importantes y con más éxito de todos los sectores productivos, y a las mentes extraordinarias que las dirigían. Podía ver lo que ocurría a mi alrededor. Podía prever con bastante seguridad cómo se iba a desarrollar la economía en el futuro cercano. A veces me sentía como una gran águila en la cima de una montaña, no porque pudiera tener la sensación de invencibilidad, sino por la imagen general que me ofrecía.

De la noche a la mañana, me encontré sentado en un sitio muy diferente: una dura silla de metal, mirando a un médico sentado al otro lado de un escritorio, cuya expresión era demasiado empática para mí, o para el gusto de nadie.

Sus ojos me decían que iba a morir pronto. Era finales de primavera. Había vivido mi último otoño en Nueva York.

Todos los planes que había diseñado como director general quedaban hechos añicos, o al menos yo no veía cómo se hacían realidad. Aunque creía que había grandes progresos en mi visión para la empresa, otra persona tendría que dirigir el esfuerzo. Todos los planes que Corinne y yo habíamos hecho para nuestro futuro quedaron apartados. Resultaba muy difícil no lamentar que una de las grandes razones por las que habíamos sacrificado tanto tiempo juntos, a lo largo de muchos años, mientras yo viajaba por todo el mundo y trabajaba hasta horas intempestivas –es decir, para que al final pudiéramos disfrutar juntos de una próspera jubilación– había sido una broma, aunque no lo sabíamos. En mi cartera, incluso, llevaba una foto del lugar de ensueño en que planeábamos retirarnos –Stone Canyon, Arizona–, pero ahora el sueño se había desvanecido. Lo mismo ocurría con todas mis metas personales para 2006, 2007 y todos los años sucesivos.

Siempre he sido una persona que se mueve por objetivos. Al igual que Corinne. A lo largo de nuestra vida juntos, fijamos nuestros objetivos a largo plazo y a partir de ellos fuimos hacia atrás. Es decir, estructuramos los objetivos a corto plazo para tener la mejor oportunidad de lograr los más importantes a lo largo del camino. Cada vez que cambiaba la situación –lo que ocurría continuamente–, reevaluábamos nuestros objetivos, tanto a corto como a largo plazo, y realizábamos los ajustes necesarios para tener las mayores posibilidades de obtener un buen resultado global. Los objetivos que tenía fijados para la semana antes de que el médico me mirase de esa manera tan desafortunada ya no podría lograrlos. Cuanto antes desechase los planes para la vida que ya no existía, mejor.

Debía fijar nuevos objetivos. Con rapidez.

La capacidad para enfrentarme a la realidad me ha servido muy bien a lo largo de mi vida. Recuerdo haberlo hecho hace cuarenta años, en una escala mucho más pequeña, pero que no me parece que fuera menos profunda. Crecí en Bayside, Queens, una pequeña comunidad dormitorio de clase media en los confines de la ciudad de Nueva York, pero que aparentemente no pertenece a ella, y adoraba el béisbol. Jugaba continuamente. Era el lanzador del equipo de mi instituto. Creía que era bastante bueno. Incluso me mencionaron una vez en el periódico local porque conseguí sacar a mi equipo de una mala situación en la última entrada del partido con todas las bases cargadas. Creía que podría ir más allá.

Un día, cuando tenía 14 años, mi madre, que había asistido durante años a mi pasión por el deporte, me dijo que era importante distinguir entre la pasión y el talento.

–¿Qué quieres decir? –le pregunté.

–Tienes la pasión para ser un gran jugador de béisbol –respondió–, pero no tienes el talento.

Me llevó la mayor parte del verano asumir lo que mi madre me había dicho por amor. Ella quería que conservara mi pasión, pero que recorriera una senda en la que pudiera florecer mi talento. No dejé de jugar al béisbol ni de ser un aficionado, y al final vi que tenía razón. En el primer año en Penn State intenté conseguir un puesto en el equipo, pero fracasé. No tenía tanto talento como mi hermano, y ni siquiera él era lo suficientemente bueno para superar cierto nivel.

Me gustase o no, esa era mi realidad. Me adapté. Al hacerme mayor, aprendí a adaptarme con mayor rapidez. Cultivé la habilidad de realizar grandes cambios con gran velocidad, casi instantáneamente. Cuando algo en mi vida ya no funcionaba, podía abandonarlo con pocos remordimientos. No miraba atrás ni me desviaba de mi nuevo camino. Me parecía que no había nada bueno en pretender que lo que solía ser cierto lo seguía siendo cuando estaba claro que no lo era, o que lo que era realmente cierto, por muy incómodo que fuera, no lo era en realidad. Cuanto antes lo asume uno, mucho mejor. Esta era una capacidad especialmente útil en los negocios, un mundo como mínimo tan rápido e implacable como el gran mundo.

A los pocos días del oscuro momento en la consulta del médico, reconocí que mi esperanza de vida no era tan larga como la de la mayoría de las personas. «Así es como es ahora», admití. Ahora tenía que fijar objetivos que fueran alcanzables en ese período de tiempo.

Afortunadamente, como había seguido una carrera para la que parecía que tenía talento (y también sentía pasión), ahora pude utilizar mis habilidades y conocimientos para aprovechar al máximo esta nueva realidad aleccionadora. En lugar de imaginar cómo la empresa podría remodelarse rápidamente para ajustarse a las nuevas circunstancias del mercado, tendría que pensar como individuo en cómo remodelarme rápidamente para ajustarme a las nuevas circunstancias de mi vida. Mi experiencia y actitud me ofrecían el potencial para gestionar mejor que la mayoría el último partido, y considero esa oportunidad como un regalo.

La palabra clave en la frase anterior no es *regalo* ni *oportunidad*. Es *potencial*. Convertir esta oportunidad en un regalo real, que nada ni nadie pudieran arrebatarme a mí o a mi familia y amigos, iba a ser el reto más grande de mi vida.

Todo esto resulta un poco difícil de creer. Lo comprendo.

Al fin y al cabo, ¿quién se enfrenta a la muerte de esta manera? ¿Cómo es posible que el final *no* sea caótico, incluso para un economista? ¿Cómo se puede *no* caer en la desesperación? ¿Cómo puedes *no* quedar inmerso en la negación y en una búsqueda interminable, aunque quijotesca, del milagro?

¿Realmente se puede enfocar la muerte de una manera constructiva, como cualquier otra fase de la vida? ¿Con alegría (aunque no haya esperanza)? ¿No existe aquí una contradicción implícita? Y, quizá lo más increíble de todo, ¿cómo es posible convertir esta época terrible en la mejor fase de tu vida?

Para la mayoría de las personas el espectro de la muerte resulta brutalmente difícil de aceptar. No quieren pasar ni siquiera un minuto pensando en ella. Prefieren quitárselo de la cabeza para pensar sobre ella –*si* es que se trata en absoluto de pensar– más tarde. Mucho, mucho más tarde.

Sin embargo, cuando la gente se encuentra conmigo ya no puede ignorar la noción de la muerte: prematura, sin estar preparado para la muerte. Puedo verlo en sus ojos. Tengo un aspecto mucho mayor que mis 53 años: como mínimo 70, quizá 75. La parte derecha de mi cara está paralizada. Parece como si hubiera tenido un derrame cerebral, uno grave. Pronto me quedaré calvo a causa de la radiación y la piel de mi cráneo tiene la textura de un pañuelo de papel. (Mi hija Gina dice que tengo el aspecto de un amable Doctor Maligno de *Austin Powers*.) A veces hablo de una manera confusa, como si tuviera la boca llena. Un colega comentó que sonaba como si de repente se me hubiera pegado el acento de Massachusetts. De vez en cuando incluso los miembros de la familia y amigos de toda la vida tienen dificultades para entender lo que estoy diciendo. Con frecuencia me ruegan que siga –*por favor*– algún tratamiento radical, con la esperanza de que ocurra un milagro. Algunos amigos y colegas casi parecen ofendidos por mi actitud y el camino escogido, como si quisiese dejar claro el hecho de que los milagros, o su posibilidad, se deben rechazar en última instancia. (*Por supuesto*, una parte de mí tiene la esperanza de que la primera página de la edición de mañana del *New York Times* anuncie el milagroso avance médico que me proporcione un par de décadas más. Pero no puedo permitirme gastar ni una pizca de energía en esa posibilidad.) La mayoría de las personas que encuentro querrían que viviese para siempre, o al menos durante muchos

años más. De esa manera, la inmediatez de lo que represento sería menos inmediata... para ellos.

Algunas personas escriben su propio epitafio. Muchos eligen su parcela en el cementerio y dejan muy claro si quieren que los entierren, los incineren o donar su cuerpo a la ciencia médica. Pero antes de llegar a la última y más importante lista de tareas pendientes de mi vida, no conocía a nadie que hubiese intentado gestionar su propia muerte de una manera tan consciente. No empecé a hacerlo para influir en los demás, sino que lo hice sencillamente porque soy así: metódico, organizado, directo y concienzudo. ¿Qué puedo decir? Era economista no solo por formación, sino también por mi manera de ser. Las mismas características que me convirtieron en una persona que destacaba en el mundo de las finanzas y de los negocios también me transformaron en alguien que no sabía hacer nada sin planificarlo... ni siquiera morir.

Durante mucho tiempo he creído que una persona con éxito en los negocios, si se sentía inclinada a ello, podía vivir una vida espiritual y que para hacerlo no era necesario abandonar las salas de reuniones, abandonarlo todo y vivir en un *ashram*, como si solo un abandono físico tan radical pudiera confirmar un sentimiento profundo sobre temas más amplios, como la propia alma. Tras mi diagnóstico, lo seguía creyendo. Pero también descubrí profundidades a las que difícilmente llega un hombre de negocios, y aprendí lo valioso que era visitarlas, y mejor antes que después, porque podía proporcionar un éxito aún mayor como hombre de negocios y como ser humano. Lo que experimenté se puede llamar un viaje espiritual, un viaje del alma. Un viaje que me permitió experimentar lo que estaba ahí desde siempre, pero había permanecido oculto a causa de las distracciones del mundo.

Como en mis últimas semanas aprendí tantas cosas que me parecían tan remarcables (como sospeché que ocurriría), sentí el impulso de ayudar a las personas a ver esta etapa como algo que vale la pena experimentar *si* nos preparamos para ella. Un par de semanas después de mi diagnóstico, mientras paseaba por Central Park en un día maravilloso con uno de mis amigos más íntimos, el mentor que me había formado para mi último trabajo, le dije: «La mayoría de las personas no disfrutan de esta oportunidad. O están demasiado enfermas o no saben que están a punto de morir. Yo tengo la oportunidad única de plantearla lo mejor que pueda». Creo que la mirada que me dirigió era más de admiración que de curiosidad, pero no puedo asegurarlo.

Cuando era director general, amplié el programa de tutoría de la empresa para que todo el mundo pudiera tener un mentor. Más tarde, mientras me estaba muriendo, no podía dejar de pensar que todo lo que había aprendido sobre la cercanía de la muerte me había otorgado la responsabilidad de compartir mi experiencia. Quería ser el mentor de alguien, aunque solo fuera una persona, con este conocimiento que había adquirido. El conocimiento sobre despedirse de las relaciones personales. Sobre disfrutar cada momento hasta el punto de que el tiempo parece que se ralentiza. Sobre la única cosa que es más importante que el tiempo (y no me refiero al amor). Sobre la claridad y la sencillez. Sobre la muerte de la espontaneidad y la necesidad de reavivarla en nuestra vida. ¿No se trata de aspectos que deberían aprender las personas sanas, o debemos esperar una enfermedad terminal antes de que nos penetren estas ideas? Por muy macabro que pueda sonar, mi experiencia me ha enseñado que todos deberíamos pasar algún tiempo pensando en nuestra muerte y sobre qué queremos hacer en los últimos días, siempre que se encuentren bajo nuestro control.

Me llegué a plantear, hasta casi maravillarme, esta cuestión: si la manera en que morimos es una de las decisiones más importantes que podemos tomar (repito: en aquellas situaciones en que se encuentra bajo nuestro control o, al menos, se conoce aproximadamente cuándo va a ocurrir), entonces, ¿por qué la mayoría de las personas se desentienden de esta responsabilidad? Y al hacerlo, sacrifican beneficios tanto para ellas mismas como para los que dejan atrás. Para los que estén considerando la posibilidad de reservar algunos días un espacio de tiempo para planificar sus semanas y meses finales, un consejo importante: *adelántelo*. Si tiene 50 años y tenía planeado pensar en ello a los 55, adelántelo. Si tiene 30 y tenía planeado pensar en ello dentro de veinte años, adelántelo. De la misma manera que una persona con una enfermedad terminal tiene una motivación para aferrarse a un calendario más ajustado, una persona con buena salud tiene muy poca motivación para enfrentarse a esta situación ni siquiera un minuto antes del momento adecuado, lo que ya puede ser demasiado tarde. Ese es su inconveniente, incluso quizá su maldición. *Adelántelo*. Un amigo íntimo al que invitaron a participar en un «Renaissance Weekend» –esas reuniones de alto nivel para políticos, artistas, académicos, empresarios, ganadores del Premio Nobel y otros– me explicó que al final del fin de semana se pidió a un grupo selecto de asistentes que pronunciaran un discurso corto ante todos los reunidos. El orador no tenía más de tres minutos y se le pedía que imaginase que al concluir la charla caía muerto. Mi amigo me dijo que los discursos

fueron uniformemente fascinantes, pero, lo que era más destacable, también fueron sorprendentes. Estaba claro que los hombres y las mujeres que recibieron el honor de pronunciar dichos discursos habían reflexionado mucho sobre lo que para ellos era esencial decir, y con frecuencia no se trataba en absoluto de lo que se podría esperar de un senador, un físico de fama mundial o un director financiero.

Adelántelo.

Esto no quiere decir que lo hiciera todo bien. Tenía un montón de trabajo. Y un montón de cosas las hice mal. Cuando pretendía ser completamente consciente y centrado en el momento, con frecuencia tenía problemas para evitar que mi mente divagara sobre el futuro o el pasado. Me enfadaba. Con frecuencia lloraba. De vez en cuando me obsesioné. Experimenté fracasos reiterados en lo que intentaba hacer. Pero nunca lamenté que pudiera ejercer el control de mi vida sobre las últimas y más preciosas pulgadas de mi vida, durante el último tiempo real en que era capaz de hacerlo.

¿Qué está mal en este cuadro?

¿Podía encarar seriamente la muerte pensando que mi mente de hombre de negocios se abriría ahora para revelarme grandes verdades, a mí y al mundo en general, sobre los temas más profundos a los que nos enfrentamos todos? No, no podía. Eso habría sido arrogancia. Nunca he sido una persona claramente reflexiva o filosófica. Aunque creo que la actitud ante los negocios puede ser, en aspectos importantes, útil al final de la vida (de la misma manera que era útil cuando me sentía vigoroso, infatigable y muy cerca de la inmortalidad), suena bastante raro que intentase ser el director general de mi propia muerte.

Teniendo en cuenta la profundidad del hecho de morir y lo diferente que lo sentía con respecto a la vida que llevaba, tuve que *desprenderme* de casi tantas costumbres de negocios como las que intentaba mantener. Es más, aunque no siempre tenía el tiempo suficiente para reflexionar sobre ello, fue la lucha entre estos dos polos –el hombre viejo y el yo que debía crear día a día– lo que se convirtió en mi principal reto, no el hecho de morir en sí mismo. Resultaba duro decirme a mí mismo que debía ser un líder y un gestor, por un lado, y que, por el otro, debía dejar de pensar de una vez por todas de esa manera. ¿Qué parte de mí permaneció? ¿Qué parte naufragó? ¿Cuál me ayudaría? ¿Cuál

me fallaría? ¿Me convertí en una especie de híbrido de antes y después? ¿Eso era bueno? ¿Un hecho inevitable? ¿Al final triunfaría el yo correcto?

Y ¿qué podrían aprender los demás de esta tensión en mi vida, y tomar en su propio beneficio?

Explico mi historia de manera que todos los que no han recibido mi «regalo» puedan encontrar en ella algo útil para su futuro (espero que muy lejano) o su presente (espero que muy profundo). Estaré contento si llegan a comprender el valor de enfrentarse a su propia mortalidad y a los temas que la rodean, mejor antes que después, y si mi punto de vista y mi perspectiva pueden proporcionarle ayuda para una muerte mejor... y ahora mismo para una vida mejor.

Hace casi exactamente catorce años, el día del nacimiento de mi hija Gina, la enfermera la depositó en los brazos de Corinne. Me acerqué a mi esposa y al bebé, y me quedé sobrecogido por lo que tenía delante. Mi hija recién nacida era asombrosamente hermosa, aunque un poco enrojecida por el viaje. Antes de tocarla, alargó la mano, sorprendiéndome, y me agarró del dedo. Lo apretó con fuerza.

Una especie de conmoción me oscureció el rostro.

Ese día y el siguiente fui de un lado a otro como si estuviera en medio de la niebla. Corinne se dio cuenta de mi comportamiento extraño y distraído. Finalmente, me preguntó.

—¿Qué ocurre? —se interesó—. Actúas de una manera muy rara.

Yo aparté la mirada.

—¿Qué pasa? —insistió—. Dímelo.

No pude seguir escondiéndome durante más tiempo.

—En el momento en que me agarró del dedo —le expliqué—, me asaltó la idea de que algún día tendré que despedirme de ella.

Es una bendición. Es una maldición. Eso es lo que ocurre cuando das la bienvenida a alguien. En algún momento también llegará una despedida. No solo para todas las personas que quieres y que te corresponden, sino con el mundo en general.

Me gustaba ser un líder en los negocios, pero llegó el día en que ya no pude seguir siendo ese hombre. Antes de que se desvanezca la luz en mi mente y se alarguen tanto las sombras que ya no pueda ver, he tomado la decisión de ser, al menos, dueño de mi despedida.

El balance

«Intento vivir para siempre. De momento, lo consigo.»

STEVEN WRIGHT

¿Quién era yo?

En mi vida pasada, en la que era presidente y consejero delegado de KPMG LLP, la empresa de 4.000 millones de dólares, 20.000 empleados y más de cien años de historia, una de las cuatro grandes empresas financieras de Estados Unidos, así era mi día perfecto: tenía un par de reuniones presenciales con clientes, mi actividad preferida. Me reunía al menos con un miembro de mi equipo más cercano. Hablaba por teléfono con socios, en Nueva York y en las oficinas repartidas por todo el país, para ver cómo podía ayudarlos. Apagaba algunos incendios. A veces tenía una discusión con uno de nuestros competidores para ver cómo podíamos trabajar juntos para alcanzar una de nuestras metas profesionales comunes. Completaba un montón de las entradas listadas en mi agenda electrónica. Y seguía trabajando en al menos una de las áreas que había decidido mejorar cuando fui elegido para la máxima responsabilidad por los socios de la empresa tres años antes: crecimiento del negocio (algo nada sorprendente porque todo negocio debe crecer para sobrevivir), mejorar la calidad y reducir los riesgos y, lo que era más vital para mí y para la salud a largo plazo de la empresa, convertir nuestra empresa en un lugar aún mejor para trabajar, de hecho, en un lugar estupendo para trabajar, un lugar que permitiera que nuestra gente tuviera una vida más equilibrada. Tenía la impresión desde hacía tiempo de que debíamos mejorar para que nuestros empleados sintieran que su trabajo y su vida fuera del trabajo eran extensiones de un mismo organismo y no entidades separadas y en competencia.

Para mí personalmente –para cualquier ejecutivo, pero en especial para el tipo en la cima– resultó muy difícil llegar al último escalón de la plataforma. No me entienda mal:

me gustaba mi empresa. (Una parte de la lucha estuvo, quizás, en lo mucho que la quería.) Me gustaba lo que hacía, todos los días: la acción, el reto, los logros. Me apasionaban las finanzas. (No se rían.) Su precisión, su claridad, su lógica. Sentía que estaba hecho para ellas: mi mente, mi temperamento. Me concentraba para alcanzar la meta, sentía con claridad mi misión, me impulsaba a hacer lo que fuera necesario. Si me llamaban en mitad de la noche y me decían que para conseguir o para conservar una parte del negocio tenía que ir en ese mismo instante al aeropuerto y volar a la otra punta del mundo, lo hacía. En realidad, *lo hice*. Cuando era el responsable de la división de servicios financieros de la empresa, su brazo más fuerte, y competíamos para convertirnos en auditores de un gran banco de inversiones, sabía que si estábamos dispuestos a conseguir realmente el contrato, necesitaría celebrar una entrevista cara a cara con el presidente de la filial australiana del banco. Esperábamos que el banco tomara la decisión muy pronto. Hice todo lo que pude para fijar una reunión con él: puse mi agenda a su disposición, llamé repetidas veces a su secretaria.

«Lo siento», me respondía. Su secretaria decía que no había ni un solo instante libre en el tiempo que su jefe estaba en la oficina. Durante semanas. Si esperaba hasta que tuviera un hueco, sabía que habría perdido el negocio.

Volví a llamar a la secretaria. Como la había llamado tantas veces, habíamos establecido una especie de relación. Así que lo intenté: ¿sería tan amable de informarme de los próximos planes de viaje de su jefe? Era un hombre en movimiento, en tránsito la mayor parte del día: seguramente una parte de ese tiempo de viaje no estaría ocupado por reuniones. Me explicó que al cabo de dos días tenía que volar de Sídney a Melbourne. No había nada previsto durante el tiempo que estuviera en el aire.

–Perfecto –asentí.

Le pregunté por el asiento que tenía reservado. Ella me lo dijo. Llamé a la compañía aérea y contraté el viaje de negocios más corto y lejano de mi vida, y reservé el asiento de primera clase al lado del suyo. Esa noche hice la maleta, me duché y afeité, y al día siguiente volé las veintidós horas de Nueva York a Sídney, aterricé, subí al vuelo de 90 minutos con destino a Melbourne, me senté y me presenté al banquero diciendo que había recorrido medio mundo para encontrarme, brevemente, con él. Cuando le expliqué lo que había hecho para llegar allí, se quedó pasmado. Le pregunté si podía explicarle por qué creía que éramos la mejor empresa para auditar las cuentas de su banco. Una

hora y media después, aterrizamos. Le entregué nuestra presentación, le di la mano y me dirigí a otra puerta para mi vuelo de más de veinte horas de regreso a casa.

Conseguimos la cuenta.

Años más tarde, tras nombrarme presidente y consejero delegado, sentía que había alcanzado uno de los puestos más privilegiados del mundo de los negocios en Estados Unidos. Como empresa auditora para compañías gigantescas –Citigroup, General Electric, Pfizer y Motorola, por nombrar solo a unas pocas– tenía un puesto en sus consejos de administración, donde tuve la suerte de estar expuesto a una selección de algunas de las mentes más impresionantes del país. Pude escuchar hacia dónde creían que se dirigía la economía global. Llegué a considerarme un igual –desde luego, un admirador– de muchos consejeros delegados, personas como Warren Buffett, Sandy Weill (Citigroup), Jeff Immelt (GE), Stan O’Neal (Merrill Lynch) y otros muchos. En la primavera de 2005 era uno de los cincuenta consejeros delegados invitados a la Casa Blanca para participar en una mesa redonda sobre negocios con el presidente Bush.

¿Había alguien más feliz que yo con este empleo?

Pero el cargo de consejero delegado, aunque me permitía disfrutar de privilegios increíbles, era duro. Implacable. Muchas presiones. Y no parecía que fuera a remitir nunca: mi agenda abarcaba siempre los siguientes dieciocho meses. Siempre me movía a cien por hora. Trabajaba todo el tiempo. Trabajaba los fines de semana. Muchas noches trabajaba hasta muy tarde. Me perdí prácticamente todas las funciones escolares de mi hija menor. Mis viajes anuales sumaban una media, conservadora, de unos 250.000 kilómetros. Durante los primeros diez años de mi matrimonio, cuando estaba escalando la ladera de KPMG, Corinne y yo raras veces íbamos de vacaciones. Después de eso, la mayor parte de las vacaciones se ajustaban a las salidas empresariales a las que debía asistir. Un año, cuando aún vivíamos en la zona de la Bahía [de San Francisco], nuestro cliente más grande, con sede en Nueva York, necesitó toda mi atención; viví allí durante nueve meses, regresando a la Costa Oeste solo durante los fines de semana para ver a mi familia. En el transcurso de mi última década en la empresa, conseguí meter en días de trabajo almuerzos con mi esposa.

Dos veces.

No había sido siempre así. *Yo* no había sido siempre así. El verano después de mi primer año en la escuela de negocios, trabajé en una empresa de Wall Street, pero sabía que no estaba dispuesto a entregar toda mi vida al trabajo. Quería un equilibrio, siempre

lo tuve. Al final del verano me ofrecieron un trabajo en una empresa consultora de altísimo nivel. Corinne y yo lo discutimos. Ella, Marianne –la hija pequeña de Corinne de la que me enamoré al instante y a la que adopté como si fuera mi hija– y yo estábamos tomando nuestra primera gran decisión como familia. Si aceptaba la oferta, nos garantizaban a la larga mucho, mucho dinero, a cambio de estar todo el tiempo de viaje, trabajando hasta horas intempestivas y pasando la mayor parte de mi vida lejos de mi esposa e hija. O podía volver a las finanzas y al trabajo que había tenido los dos años anteriores en Peat Marwick. Eso significaba menos dinero, menos emociones, pero más tiempo con mi familia. Más equilibrio en mi vida. Siempre he aspirado a ser un hombre del Renacimiento. Entender de vino y de ópera, leer libros. Me gustan los deportes y quería estar físicamente activo, pasar al menos algún tiempo en la naturaleza. Me consideraba una persona curiosa y quería aprender todo lo que pudiera. En resumen, no aspiraba a ser consejero delegado.

Volví a ser un economista.

Pero después de un cuarto de siglo en mi empresa, llegué a la cima. Mi vida cambió. El equilibrio se desvaneció. Murió la espontaneidad. Nada de asistir al pase de medianoche del *The Rocky Horror Picture Show* como pudimos hacer una vez Corinne, Marianne y yo en San Francisco. Nuestro abono a la ópera se quedaba frecuentemente sin usar. No podía leer mi revista de vinos y si conseguía ojearla, lo hacía a la vez que otras muchas cosas; el maestro de las multitareas. Siempre estaba distraído con el trabajo. El número de personas de las que era profesionalmente responsable había crecido hasta el millar. Donde una vez la escala había sido en su mayor parte trabajo y poco juego, ahora se había alejado aún más del equilibrio.

Antes de que esto empiece a sonar como una queja, debo ser honesto: mientras creyera que podía manejar semejante puesto de alta presión, lo querría, y mientras lo quisiera, nunca me sentiría satisfecho con menos. Por muy profunda que fuera mi devoción y mi amor por mi familia, después de alcanzar cierto nivel de competencia y logros, no podía conformarme con un trabajo solo porque me garantizaba que estaría en casa cada día a las seis y podría asistir a las reuniones de la asociación de padres. La gente no se encamina hacia la cima. La empujan.

Uno de los santuarios para alejarme de toda esta locura era el golf. El golf ha sido una gran pasión durante toda mi vida. Era muy raro, si es que llegó a ocurrir alguna vez, que tuviera un mal día en el campo de golf. Admiraba lo que exigía el juego: honor,

capacidad personal, precisión, disciplina mental y resistencia. También requiere habilidades físicas, por supuesto, pero los que creen que el talento era el palo más importante en la bolsa, en mi opinión, no han entendido el juego. Una vez, gracias al hecho de ser consejero delegado, tuve la fortuna de jugar con la estrella de la PGA Raymond Floyd, que decía que la parte más fácil para todos los grandes jugadores de golf era prepararse físicamente para triunfar en un torneo. El gran reto era entrenarte para tranquilizar la mente lo suficiente para golpear bien la bola de golf y hacerlo golpe tras golpe, día tras día, semana tras semana.

Nunca me consideré bueno en este juego: con un hándicap de 15 me creía mediocre; en mi mejor día podía atreverme a utilizar la palabra «competente». Pero mi habilidad era irrelevante. El golf me proporcionó grandes amistades y experiencias (y teniendo en cuenta la cantidad de relaciones que se establecen en y alrededor de las calles, las trampas de arena y los *greens* de Estados Unidos, también me proporcionó buenos negocios). Como muchos ejecutivos, tuve el privilegio de jugar en algunos de los mejores campos del mundo. (Después de convertirme en presidente, tuve mucho menos tiempo para jugar en ninguna parte.)

Pero lo que más me gustaba del golf, lo más importante, era que permitía que Corinne y yo tuviéramos un tiempo para los dos. En especial, nos gustaba jugar a última hora del día. El campo solía estar más vacío. El sol estaba bajo en el cielo, haciendo que las sombras fueran más largas y los árboles que bordeaban cada hoyo parecieran más impresionantes y hermosos. Era una hora mágica para jugar. Cuando estábamos ahí fuera, casi nos sentíamos tocados por algo, nuestros sentidos se agudizaban. Era como si no estuviéramos jugando solo a golf, sino persiguiendo la luz del día, reteniéndola todo el tiempo posible.

A principios de mayo de 2005, Corinne y yo jugamos al golf. Empecé bien. Pero en el hoyo ocho, coloqué la bola de salida, la golpeé y voló desviada a la derecha. No quiero decir que se desviase; como la mayoría de los golfistas, a lo largo de los años había tenido mis problemas con los desvíos y los arcos. Pero no fue eso lo que ocurrió. La bola salió recta, pero muy hacia la derecha del hoyo, como si hubiera apuntado mal desde un principio, como si tuviera un blanco diferente en mi cabeza.

El juego se fue deteriorando a partir de ese momento. Terminamos, pero después Corinne me dijo que parecía pálido.

Estaba acostumbrado a una velocidad de vértigo. La primavera de 2005 fue aún más frenética de lo habitual.

No solo para mí, sino para mi familia. Acabábamos de vender nuestra casa en el East Side de Manhattan, y Corinne estaba buscando un apartamento nuevo mientras se ocupaba de hacer paquetes y de otros detalles de la mudanza. Gina, que finalmente se había recuperado de un brote de mononucleosis que había durado seis meses, estaba acabando un proyecto escolar de ciencia titulado «Los anillos azules de la muerte», en el que había creado un modelo por ordenador del mecanismo de defensa del pulpo de anillos azules. No fue ninguna sorpresa que mi programa de viajes me impidiera asistir a la muestra de ciencias. Todos sabíamos que si conseguíamos resistir durante unas pocas semanas más, hasta finalizar el curso escolar, al otro lado nos esperaban unas vacaciones poco frecuentes y largamente esperadas para los tres: dos semanas en Hawái. (Marianne, que vivía una vida muy ocupada en Napa, acababa de volver de unas vacaciones con su marido y sus dos hijos.)

Antes de que pudiera respirar tranquilo, tenía un montón de trabajo por delante. Primero, debía volar hasta Shanghái para tomar parte en un foro económico global en el que participaban numerosos líderes económicos de todo el mundo. También les echaría un vistazo a las prácticas de nuestra organización en China y pasaría algún tiempo con el liderazgo local de KPMG.

De camino a China, hice una parada en Fort Worth para reunirme con Robert Bass, de Bass Brothers, un cliente desde hacía mucho tiempo; a continuación, durante los cuatro días siguientes, volé a Denver, Washington, Montreal y San Francisco para participar en reuniones. Mientras estaba en California, se reunió la familia para la boda de mi sobrina. En un momento determinado durante la cena previa, Corinne me miró de forma rara y me puso la mano en la cara.

–Tienes una flacidez... –comentó tocándome la mejilla derecha.

No sentía nada inusual. Más tarde, solo me di cuenta en el espejo porque sabía lo que estaba mirando. Parecía como si hubiera ido al dentista y aún no hubiera pasado el efecto de la novocaína.

No me dejé llevar por el pánico. A lo largo del fin de semana, Corinne se dio cuenta de una tirantez intermitente alrededor de mi boca y de un temblor continuado en los músculos de la mejilla derecha. Unos pocos asistentes a la boda también lo notaron, pero solo después de que Corinne se lo señalase. Ella suponía que estaba relacionado con el

estrés, quizá parálisis de Bell, que según supimos por internet era una de las dolencias neurológicas más comunes: se manifiesta como una parálisis facial y su causa puede ser vírica. Pensamos que el cansancio podía haber desencadenado mis síntomas, de la misma manera en que un músculo puede empezar a temblar cuando está estresado y agotado.

Corinne quería que visitara a un médico, pero tenía pendiente mi viaje a China. Iría a visitarme cuando regresara.

No volví a pensar en ello mientras estaba de viaje. No tenía tiempo.

A la semana siguiente regresé a través de Seattle para asistir a la cumbre anual de consejeros delegados de Microsoft, una reunión al más alto nivel con la asistencia de más de cien consejeros delegados. Warren Buffett, director de Berkshire Hathaway y probablemente el inversor mundial más inteligente, no solo mostró el ingenio más mordaz que haya presenciado nunca, sino que me sorprendió con sus conocimientos sobre mi mundo: cada opinión que compartió sobre todos los temas económicos importantes estaba increíblemente bien informada. Steve Ballmer, consejero delegado de Microsoft, ofreció su habitual presentación con gran energía.

Cuando tenía tiempo para considerar la situación de mi vida (*si* tenía tiempo), pensaba que el trajín del día a día iba extraordinariamente bien, aunque sobrecargado. Y el paraíso –es decir, Hawái– no estaba lejos.

De regreso en Nueva York, seguía teniendo el músculo flácido en la mejilla y en la comisura de los labios, y acepté que me viera un neurólogo la semana siguiente.

El fin de semana anterior a la visita con el médico, Corinne y yo agasajamos a un cliente de muchos años y a su esposa, a los que habíamos llegado a considerar amigos. Durante la cena expliqué con gran animación lo que había visto durante mi viaje de negocios, y los cuatro hablamos sobre China, la India y su importancia creciente en la economía mundial. Después de la cena, nos encaminamos al Madison Square Garden, donde teníamos entradas para el concierto de U2. Fue el acontecimiento más ruidoso al que había asistido ninguno de los cuatro. A las cuatro canciones, Corinne se levantó del asiento. Aunque sería más preciso decir que saltó del asiento.

–¿Qué ocurre? –le grité intentando que me oyera por encima del ruido.

–Siento como si nuestro mundo se estuviera derrumbando –respondió a gritos.

Supuse que se refería al nivel de decibelios.

Fuera, en el pasillo, donde podíamos oírnos el uno al otro, me dijo que había intentado concentrarse con todas sus fuerzas en Bono y en lo que estaba ocurriendo en el

escenario, pero que simplemente no podía centrarse. Se sentía sobrecogida por presentimientos y ansiedad. De repente sintió como si nuestra vida tal como la conocíamos estuviera a punto de desintegrarse. Confesó que sentía que no tenía más alternativa que moverse; se puso en pie con un impulso que no podía controlar. Nunca le había pasado nada igual, según me dijo.

No era la primera vez durante nuestro matrimonio que ella había captado una señal que a mí se me había pasado por alto.

Le aseguré que nuestra vida no se estaba derrumbando. Volvimos con nuestros amigos y con Bono. El estrés en mi vida había llegado a tal grado de distracción que no me daba cuenta de lo poco que había tranquilizado a Corinne.

En cualquier caso, no lo habría conseguido.

Cuando Corinne y yo aparecimos en la consulta de la neuróloga en el Cornell Medical Center el martes, 24 de mayo, ambos estábamos convencidos de que sufría algo relacionado con el estrés, probablemente parálisis de Bell. No se trataba exactamente de una idea ilusoria. Al fin y al cabo, mi trabajo era habitualmente estresante, y lo había sido aún más durante los meses y semanas previos. Había estado haciendo algo más que la habitual vuelta al mundo. Nuestra situación vital estaba en pleno caos: entre dos casas, llevábamos varios días residiendo en un hotel del centro. No resultaba difícil imaginar que finalmente la presión había podido conmigo, teniendo en cuenta que yo siempre me había crecido con ella.

La visita era a última hora de la tarde, de manera que no interfiriera demasiado con mi agenda. Mientras me dirigía a la consulta de la neuróloga, no podía dejar de pensar en lo bien que estaría en ese preciso instante en el campo de golf, porque en ese momento final del día podríamos encontrar allí una luz tenue y la serenidad. Sonreí al pensar que en solo unas pocas semanas estaríamos fuera. Corinne, Gina y yo en Hawái. Por lo menos durante un instante se calmaría el estrés del trabajo que tenía que manejar habitualmente.

En la consulta de la neuróloga, me hicieron algunas preguntas antes de someterme a lo que parecía un examen físico bastante estándar. La médico me golpeó la rodilla para comprobar los reflejos, me miró el fondo de los ojos, probó la fuerza de mi brazo derecho con respecto al izquierdo y me pidió que anduviera en línea recta.

Me dijo que quería que me sometiera a una resonancia magnética a primera hora de la mañana siguiente.

Como hombre de negocios, naturalmente aprecio la eficiencia y la rapidez. Esa fue una ocasión en que la virtud de la rapidez no me resultó nada gratificante. Sabía que el hecho de colocarte a la cabeza de la lista de espera para la resonancia magnética no era el tipo de privilegio que uno quiere experimentar. Si la médico hubiera creído realmente que la flacidez de mi mejilla y de la parte derecha de mi cara estaba provocada por la parálisis de Bell o por algo poco grave, la confirmación del diagnóstico habría seguido un curso normal y más relajado, esperando mi turno como cualquier otro. Una semana o más.

Cuando la doctora te dice a las cinco y media de una tarde del martes que te está programando una resonancia magnética para las ocho de la mañana siguiente, empiezas a pensar que podría ser algo peor. Mucho peor.

No dejé que mi mente se ocupase de eso durante mucho tiempo y creo que Corinne tampoco lo hizo. Cuando hablamos de ello por la noche, me dijo que pensaba que la médico probablemente solo quería descartar algunas cosas para estar segura.

A la mañana siguiente fui a someterme a la resonancia magnética y después me dirigí a la oficina para una reunión especialmente importante del consejo. Unas pocas horas más tarde, la neuróloga llamó a mi despacho. Mi secretaria, Caryn, le pasó el mensaje a Corinne, que le devolvió la llamada a la doctora. Esta no quería compartir los resultados con nadie que no fuera yo. Pero Corinne la persuadió.

–Hemos encontrado algo –explicó la médico.

Ese algo estaba en el cerebro. Quería realizar una segunda resonancia magnética, esta vez con un contraste, para obtener una imagen mucho mejor.

Al día siguiente, Corinne y yo fuimos para mi segunda resonancia magnética. Si hubiera sido una salida normal, habría chinchado a Corinne con un millón de preguntas sobre lo que creía que íbamos a hacer. Nunca me han gustado las sorpresas. Siempre he querido comprender en lo que me estaba embarcando.

Pero de camino a la consulta de la médico, no formulé ninguna pregunta.

Después de la resonancia magnética, regresé al trabajo.

Esa noche llamó la doctora. Quería que la visitara al día siguiente para que me pudiera explicar los resultados. Tenía por delante un día extremadamente ocupado, incluidas reuniones directivas. ¿No podía esperar hasta pasado mañana...?

–No –fue la respuesta de la doctora.

No aconsejaba que se pospusiera. Ni siquiera un día.

Al día siguiente, Corinne y yo nos sentamos en la consulta de la neuróloga. Colocó las imágenes de la resonancia magnética de mi cerebro en la pantalla de luz. Antes de que pudiera decir nada o de que pusiera un nombre a lo que estábamos viendo, la primera idea que me asaltó fue: *La guerra de las galaxias*.

Comparado con el lado derecho immaculado de mi cerebro, la parte izquierda parecía lechosa, con puntos de diferentes tamaños repartidos por toda la zona. Parecía el espacio. Los puntos estaban conectados por líneas: algunas claramente marcadas, otras vagas, pero había muchas. Como economista estaba entrenado para mirar lo que tenía delante y, a partir de eso, formular un plan de ataque, un plan organizado, metódico y claro. Mirando la resonancia magnética, no podía ni siquiera concebir cómo un médico, por brillante que fuera, podía formular una manera para empezar a enfrentarse a la constelación de materia fina que se repartía por toda el área. ¿Dónde empezaba? ¿Dónde acababa? Por todas partes eran galaxias densas.

La guerra de las galaxias.

Más tarde Corinne me diría que le pareció como si el monstruo del lago Ness estuviera ondulando a través del lado izquierdo de mi cerebro.

La neuróloga dijo que aún no podía darnos un diagnóstico seguro, pero que sospechaba que se trataba de un astrocitoma o un glioblastoma: mis células gliáticas, de las que el cerebro tiene más de un billón, eran malignas. Eran tres tumores multicéntricos, cada uno de los ellos del tamaño de –¿cómo no?– una pelota de golf. Los tumores estaban conectados y espaciados democráticamente: uno en el córtex frontal (que controla las emociones y la toma de decisiones), otro en el córtex motor, en el centro, y el último en el córtex visual, en la parte de atrás.

En aquel mismo instante, la doctora nos gestionó una consulta al día siguiente con dos de los mejores neurocirujanos del país. Estaba tan animada que casi llegamos a creer que no era tan malo.

Creo que aún no lo habíamos asumido. De regreso al hotel aquella noche, Corinne me confesó que se sentía como si, por primera vez en nuestra vida de casados, nos hubieran pillado completamente desprevenidos. Nos enorgullecíamos de nuestro trabajo en equipo, de nuestra habilidad para anticiparnos, de la capacidad para analizar los obstáculos futuros y gestionarlos para minimizar el daño y aprovecharlos al máximo. Al

complementarnos y al poner la oreja en el suelo de la manera en que cada uno de nosotros era más hábil, habíamos sido capaces de construir una buena vida juntos y evitar el desastre.

Esta vez no.

–No va a hacerse realidad todo lo que habíamos planificado para nuestra vida – confesó Corinne, profundamente consternada.

Respiró hondo. Durante las crisis se volvía muy fría y serena.

–No quiero mirar atrás algún día –prosiguió– y lamentar que perdimos ni siquiera un momento.

Con frecuencia a lo largo de nuestro matrimonio habíamos hablado de la necesidad que teníamos cada uno de nosotros –o cualquiera, en un sentido más amplio– de desarrollar la fuerza interior necesaria para enfrentarnos a nuestra propia muerte. No para cubrir el expediente, sino en un intento real de profundizar en el tema. Las personas no suelen hacerlo y pagan las consecuencias.

–Creo que será mejor que empecemos a trabajar en ello –comentó Corinne más tarde, en un momento de tranquilidad–. Se acerca para ti. Es como si tuvieras que preparar toda una fase de tu vida.

Solo estaba dando voz a lo que yo estaba pensando.

–No quiero prepararme *demasiado* rápido –repliqué–. Los ángeles pueden decir: «Oh, parece preparado», y llevarme antes de tiempo.

Mis días como hombre en la cima del juego, vigoroso y productivo, habían pasado en un abrir y cerrar de ojos.

¡Vaya!

¿Existe realmente alguna manera de prepararse para lo inesperado? ¿Para convivir constantemente con este miedo reprimido que vive en todos nosotros de que puede ocurrir una calamidad, técnicamente en cualquier instante, que se convierta en realidad en cuestión de días o momentos? ¿Para tener ese miedo que se puede ocultar, al menos algunas veces, incluso durante la mayor parte del tiempo, que puede explotar para convertirte en otra persona, sin que lo podamos negar ni siquiera durante un segundo?

Estaba más allá de toda duda. Aún no me habían dado un plazo temporal. Pero parecía que me hubieran catapultado a la última fase de mi vida, aquella en la que se suponía que

debía ser sabio: sabio para mis hijas, para mis nietos, para todos aquellos más jóvenes que yo. Excepto que iba a perderme una buena parte de la vida y aún tenía mucho que aprender.

Pero así eran las cosas. Si quería ser de alguna utilidad para mis hijas, en especial para Gina, y para mis amigos y colegas, y para Corinne, en cuya sabiduría innata me había apoyado durante tanto tiempo, lo mejor era que me concienciara, rápidamente, de dónde me encontraba.

Al día siguiente nos encontramos con los neurocirujanos. El primero recomendó una cirugía cerebral inmediata, llamada «drenaje» para reducir el tamaño del tumor más grande y aliviar un poco la presión en el cerebro (aunque yo no sentía dolor). No podía decir si eso iba a darme «más tiempo»; como he dicho, aún teníamos que hablar sobre cuánto tiempo me quedaba. En ese momento no quería saberlo. Según me explicó, tardaría un mes en recuperarme de la intervención. La radiación podría empezar un poco más tarde.

Por muy seco que fuera, esta evaluación no fue lo que más miedo me dio.

Fue la mirada de compasión que nos dedicó a Corinne y a mí. Esa mirada procedía evidentemente de lo más profundo de su ser. Se trataba de un tipo de intimidad muy desa-fortunada de ver en un médico.

Ese fue el momento, más que ningún otro, en que empecé a ser consciente de la gravedad de lo que me ocurría. Por encima de la conmoción –en la que seguramente me encontraba sin darme cuenta de ello, y que iba a durar al menos unos días más– se situaba la sensación creciente de que me estaba ocurriendo en realidad. A mí.

Por la tarde, mientras Corinne y yo estábamos sentados en la sala de espera del segundo neurocirujano de fama mundial del día, mi mente empezó a funcionar. Me volví hacia ella y le dije lo primero que me vino a la cabeza.

–Lo siento.

Me miró. Ella también estaba conmocionada. No era necesario que pronunciara ninguna palabra. Probablemente tampoco eran necesarias las mías. Siempre había sido así entre nosotros, desde el momento en que nos conocimos. Desde el principio había sido mi única confidente. Y treinta años después ahí radicaba nuestra comunión. No era necesario expresarlo.

El segundo neurocirujano, un hombre joven especializado en mapeo cerebral, sugirió un enfoque más conservador.

–El drenaje es una cirugía cerebral –explicó–. Se necesita al menos un mes de recuperación.

En su lugar sugirió una biopsia del tumor. Estimaba que el procedimiento duraría unas dos horas.

Algo en él –su juventud, su enfoque conservador, una sinceridad que comprendí– me dieron esperanzas, aunque no tenía ninguna razón para ello.

Marianne voló desde California. Gina, que debía volar a Kentucky para una competición escolar internacional sobre pensamiento estratégico, realmente no quería ir, pero le pedí que lo hiciera. Por mí, pero realmente por ella. Sabía lo importante que era esa oportunidad, una ocasión para que pudiera utilizar y demostrar sus grandes capacidades; sabía que semejantes oportunidades no se repiten con facilidad. Ella estaba indecisa, pero se lo seguí pidiendo. Prácticamente se lo rogué.

Fue. Llamó muchas veces preguntando por mí.

El miércoles, 1 de junio, la biopsia que se suponía que iba a durar dos horas, duró tres. Mediada la intervención (según supe más tarde), el cirujano salió a la sala de espera y le explicó a Corinne que la primera muestra de tejidos que había sacado de mi cerebro estaba «necrótica», muerta. No muriéndose, sino ya muerta.

Los tumores, como diría más tarde, no se podían operar.

Era una forma elegante de decir que no tenían buen aspecto.

Mientras me encontraba en el postoperatorio, Corinne le preguntó al neurocirujano sobre nuestras previstas vacaciones hawaianas.

–Si van de viaje –respondió–, no regresará.

Más tarde, mientras me recuperaba de la intervención y el médico pudo hablar con Corinne y conmigo, nos dijo que recomendaba la radiación, que podría proporcionarme una par de meses más de lo que me quedaba. Dejó claro que no había cura.

–Es terminal. No va a recuperarse.

Preguntamos por la quimioterapia.

–Con la quimioterapia puede ganar un poco de tiempo –respondió.

La quimioterapia desempeña un papel, con frecuencia importante, en la vida de las personas que padecen ciertos cánceres, tumores de los que pueden recuperarse. Pero este no era el caso. Aun así, a pesar de ello, él (junto con otros médicos) me recomendaron que me sometiera a la quimio. Podía proporcionarme un poco de tiempo, al igual que la radiación, si alguna de ellas tenía éxito en la reducción de los tres tumores del tamaño de

pelotas de golf. Pero los que padecían mi enfermedad –lo llamaban glioblastoma multiforme– que más se podían beneficiar de la quimio eran los diagnosticados en una fase temprana. Con una dosis adecuada, algunos habían conseguido sobrevivir dieciocho meses. La mayoría (alrededor del 80 por ciento) conseguían llegar a los seis meses. Realmente no era una perspectiva muy prometedora.

Pero yo ni siquiera me encontraba en ese *segundo* grupo. Tendría suerte si conseguía llegar a los tres meses, incluso con un tratamiento eficaz. Mi visión ya había empezado a emborronarse. No estaba seguro de cuándo había aparecido este síntoma; Corinne y yo reflexionamos intensamente sobre ello, pero no pudimos recordar señales previas. Caryn, mi secretaria, señaló que había tenido algunos dolores de cabeza en los meses previos: no fueron nada grave y se calmaron con una aspirina, pero en realidad nunca antes había tenido dolores de cabeza. No era uno de los que habían diagnosticado en una fase inicial. Quizá la razón era que siempre estaba pedaleando, sin levantar la cabeza.

Todos los médicos estaban de acuerdo en que había una buena noticia: no solo no sentía dolor en ese momento (algo que podía verificar), sino que predecían que no iba a padecerlo en ningún momento, ni siquiera al final. Lo más probable era que me deslizara pacíficamente hasta caer en coma.

Una semana antes estaba viviendo mi vida. Ahora estaba contemplando mi muerte.

Superada la biopsia, Corinne y yo regresamos al primer cirujano, el que nos había recomendado una cirugía cerebral inmediata, el enfoque más radical. Queríamos ponerlo al día sobre mi situación, preguntarle si se le ocurría algo nuevo, ver si seguía recomendando el drenaje. Después de analizar la serie de imágenes más recientes, concluyó:

–Está demasiado avanzado, ya ha pasado el punto en que pueda hacerlo.

La enfermedad también estaba pedaleando. Como yo, tampoco sabía cómo frenar.

El negocio de morir es muy duro

«Si nos cuidamos de los momentos, los años se cuidarán a sí mismos.»

MARIA EDGEWORTH

En casa, parece que Gina orbita a mi alrededor, insegura de cómo debe actuar. Eso no debería sorprenderme: tiene 13 años, y su padre, habitualmente saludable y activo, tiene la cabeza vendada a causa de la biopsia. Pero su hermana mayor, Marianne –dos veces madre y con más experiencia en los inconvenientes de la vida–, le muestra el camino. Cuando me vio, me abrazó de inmediato, lo que probablemente empujó a Gina a seguir su ejemplo y a estar un poco más cómoda con lo que estaba ocurriendo: enfermedad, heridas, incertidumbre.

Cuando nos quedamos los cuatro solos en el apartamento nuevo durante esos primeros días y noches surrealistas, se estableció un ritmo familiar que proporcionaba algo de alivio. Todos nos apoyábamos entre todos. Marianne y Gina pasaban un montón de tiempo juntas, viendo películas y hablando. Nuestras pautas de sueño eran un caos. Cada uno caía rendido de cansancio en un momento diferente de la velada. Gina y yo nos encontrábamos con frecuencia en mitad de la noche. Ella me oía llorar. Me tumbaba en la cama con ella. Me iba al escritorio a apuntar las primeras notas de lo que se iba a convertir en este libro, y ella llegaba y se sentaba a mi lado. Me leía poesía. Siempre le había dado libros de poesía, entre ellos uno que tenía de niño, pero nunca había tenido el don de comprenderla. No estaba dotado para la poesía. Ella sí. La escribía y la leía. Siempre he creído que contenía lo mejor de su madre y de mí. Pero, aun así, me sorprendía que alguien que procedía de mí y de la persona que mejor conocía en el mundo, Corinne, pudiera ser alguien que no habría podido llegar a imaginar.

Una noche se presentó con «Muerte, no te enorgullezcas», de John Donne.

MUERTE, NO TE ENORGULLEZCAS, AUNQUE ALGUNOS TE LLAMEN PODEROSA Y TEMIBLE, PORQUE NO LO ERES.

El poema comparaba la muerte con un sueño eterno. No estoy de acuerdo con la idea del poeta. Ver la muerte como un sueño era contrario a mis sentimientos –una esperanza, pero también una creencia– de que lo que viene a continuación es algo más consciente que el sueño.

Era alrededor de la una de la madrugada. En ese momento no estaba juzgando. Simplemente tenía ganas de reunir diferentes puntos de vista.

Probablemente no es necesario decirlo: nunca había realizado un cambio psicológico de esta escala. Nada por lo que había pasado antes se acercaba a esto. Cuando tenía 14 años y mi madre me dijo que era importante separar la pasión del talento –queriendo protegerme del esfuerzo de pasar todo el tiempo con el béisbol, una afición en la que estaba claro que no tenía condiciones para triunfar más allá del nivel del instituto– fue un golpe, pero me adapté. Aun así, necesité la mayor parte del verano de 1966 para aceptar mi nueva realidad.

Ahora no tenía un verano para asumirlo. Casi no iba a tener un verano. Necesitaba realizar el cambio de vestuario más rápido y dramático de mi vida. Si iba emerger de la tristeza de mi situación y de alguna manera sacar algo positivo de ella, debía hacerlo con rapidez y eficiencia... y conseguirlo a la primera.

En definitiva, debía pensar como siempre lo había hecho, planificar el camino como lo había hecho siempre, ser la persona que siempre había sido: un economista, un ejecutivo, un director general.

En los momentos inmediatamente posteriores a un fracaso en los negocios –después de saber, por ejemplo, que habíamos perdido a un cliente potencial ante un competidor– le planteaba muchas preguntas a mi equipo y a mí mismo: «¿Qué ha hecho que no nos elijan? ¿Qué ha hecho que elijan a los otros? ¿Hemos hecho todo lo que podíamos? ¿De verdad? ¿Hubo falta de compromiso? Si tuviéramos que hacerlo de nuevo, ¿haríamos algo de manera diferente? ¿Qué?».

No planteaba con hostilidad estas cuestiones a mi equipo, sino para animarlos. Siempre que hubiéramos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, podíamos mantener la cabeza alta. Siempre que contestásemos estas preguntas con honestidad,

podíamos mantener la confianza en que la próxima vez estaríamos mejor preparados. La autopsia terminaría con bastante rapidez. Era el momento de seguir adelante, de poner los ojos en la siguiente oportunidad.

Ahora, con mi diagnóstico, debía descubrir las grandes preguntas y responderlas con rapidez, profundidad y corrección.

Corinne había tenido razón: la vida que habíamos conocido, disfrutado y construido juntos se había derrumbado por completo.

Juntos, a lo largo de los años, habíamos perseguido la última luz del día. Y ahora, como equipo, debíamos cazarla por última vez, solo que esta vez, cuando se desvaneciese la luz del día, no se iba a desvanecer un día hermoso entre muchos, sino nuestra hermosa vida juntos. Las sombras se iban a alargar por última vez. La noche caería por última vez. En algún momento, tendría que terminar el partido sin mí.

Nunca he conocido personalmente a nadie afectado por un glioblastoma multiforme. También llamado astrocitoma de grado IV, es el más común y agresivo de los tumores cerebrales primarios. Es muy maligno, se infiltra extensamente en el cerebro y, a veces, se vuelve enorme antes de que aparezcan los síntomas, que pueden consistir en dolores de cabeza, ataques epilépticos, problemas de visión, problemas motrices, problemas cognitivos, problemas de memoria y cambios de personalidad. Sus causas son desconocidas.

Tampoco me había encontrado nunca cerca de mi muerte, al menos no durante más de una décima de segundo. Cuando estaba en la treintena, durante un viaje de negocios en Milán, bajé de una isleta de tráfico sin darme cuenta de que venían coches de la otra dirección, hacia la que no había mirado... y un autobús a toda velocidad no me atropelló por escasos centímetros. Esto me asustó y desconcertó durante un momento, y obviamente ese instante siguió conmigo. Pero no provocó exactamente que reexaminara las prioridades de mi vida.

Pero ahora... ¿ahora qué iba a hacer? ¿Cómo iba a ser nuestra vida a partir de ahora? Tendría que recalibrarla en todos los sentidos.

Sabía que existía la esperanza y sabía que estaba en mi mano descubrirla. Recuerdo cuando a mi buen amigo Bill le practicaron un séptuple baipás coronario. Después de estar tres días tendido en la cama del hospital, el médico le dijo que podía dar veinticinco

pasos. Bill hizo sus ejercicios por la mañana y preguntó si podía dar veinticinco pasos más al final del día. Muy pronto recorría el pasillo cuatro veces al día. En una de sus excursiones, miró en otra habitación, donde un par de pacientes del corazón yacían tranquilamente tendidos en la cama con vías intravenosas en los brazos.

–Vaya, están peor que yo –le comentó a una enfermera.

–No, en realidad usted está bastante peor que ellos –le contestó–. Pero se consideran víctimas de un ataque al corazón. Usted intenta mejorar.

Ese era el tipo de actitud que necesitaba. Pero antes necesitaba otra disposición mental.

El domingo, Corinne y yo acudimos a nuestra iglesia, St. James, en la avenida Madison con la calle 71. A lo largo de los años había ido frecuentemente para rezar, pero no todo lo que me habría podido permitir mi agenda. Estar allí me ofrecía una muy necesaria sensación de tranquilidad. A veces, cuando debía tomar una difícil decisión de trabajo, iba a la iglesia, y era mucho más la serenidad de la capilla y del momento lo que hacía que fuera más fácil encontrar la objetividad que cualquier esperanza de intervención divina; para actuar bien como líder, de vez en cuando necesitaba paz y tranquilidad para encontrar la respuesta correcta. No podía permitirme tomar siempre las decisiones mientras estaba en movimiento, cuando dichas decisiones podían estar motivadas por el enfado, el miedo o la impaciencia. Por supuesto, a veces sentía un impulso especial para ir a la iglesia por mi familia: por ejemplo, cuando Gina, en primero de primaria, sufrió artritis juvenil y tuvo que pasarse seis meses con muletas. Ese año pudieron encontrarme con frecuencia en la iglesia. Recientemente, Corinne y yo acudíamos cuando no había demasiada gente. Los sábados era el momento preferido. Nos sentábamos en la capilla en silencio, uno al lado del otro, y después íbamos a almorzar y compartíamos nuestras impresiones.

Tenía la sensación de que no había aprendido a rezar hasta que me hice adulto. De niño, me habían enseñado a rezar –fui a una escuela católica hasta finalizar la primaria y fui monaguillo–, pero no estaba fuertemente conectado con ello. Hasta que me hice mayor no sentí la *necesidad* de rezar.

Ese día, a principios de junio, necesitaba rezar, encontrarme en una casa de oración, más de lo que podía recordar.

En el desconcierto de los pocos días transcurridos desde el diagnóstico, una idea que no me había pasado por la cabeza era: «¿Por qué yo?». Por muy terrible que fueran el par

de semanas que había tenido, hasta ese momento mi vida había estado marcada por la buena suerte, y a tantas personas alrededor del mundo les habían pasado cosas tan terribles que no se me ocurrió que estaba recibiendo un golpe bajo o que había alguna razón, cósmica o de otro tipo, que había provocado que yo en particular, en el círculo de mi familia, amigos y conocidos, o en particular entre las personas con mi posición profesional privilegiada, o yo en particular entre los hombres estadounidenses de origen irlandés de 53 años, para que me afectase un tumor cerebral inoperable y en fase terminal. No había ningún historial de tumores cerebrales en mi familia. Siempre había disfrutado de una salud excelente. De hecho, casi no había estado malo en toda mi vida. Corría, jugaba al golf y al tenis, no había fumado nunca, comía bien, me levantaba todas las mañanas a las 5:30 y me iba a la cama todas las noches a las 11. Simplemente, algunas cosas no pueden explicarse.

Pero debo admitir que estaba un poco inquieto cuando Corinne y yo nos sentamos en el banco de St. James aquel domingo y nuestro reverendo estaba de pie detrás del atril para empezar la lectura del Evangelio semanal, el Evangelio que prácticamente todas las iglesias cristianas del mundo estaban escuchando ese domingo en particular. Lucas, capítulo 18.

Jesús y el publicano.

Corinne y yo nos miramos.

«Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano –leyó el sacerdote del Nuevo Testamento–. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana; doy diezmos de todo lo que gano”. Mas el publicano, estando lejos, no quería aun ni alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”.»

No pude evitar que me recorriera un escalofrío, ni una sonrisa amarga de que de todos los textos del Evangelio, el calendario litúrgico me hubiera ofrecido precisamente ese.

«Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja –leyó el sacerdote–, que entrar un rico en el reino de Dios.»

¿Cómo podía conseguir que las cosas volvieran a funcionar? O permítanme que lo diga de otra manera: como nunca iban a volver a funcionar como lo habían hecho hasta ahora, ¿cómo podía hacer que las cosas funcionasen?

¿Las habilidades y el optimismo que me habían servido tan bien como director general (por ejemplo, la capacidad de recuperarme con rapidez después de perder un negocio, de manera que la empresa y el equipo pudieran volver a disfrutar del éxito con rapidez) podrían serme útiles ahora? ¿Las palabras que había utilizado con tanta frecuencia para animar a colegas y empleados habían quedado vacías ahora que tenía ante mí un reto de semejante magnitud? ¿O podía seguir la senda y, al aferrarme a los principios que había asumido y según los cuales había vivido, conseguir que parecieran aún más válidos?

Siempre había predicado el compromiso con los objetivos: definirlos, perseguirlos, completarlos. Ahora que habíamos completado con los médicos la búsqueda de los hechos, decidí hacer tres cosas:

1. Dejar el trabajo.
2. Escoger un tratamiento médico que me permitiese...
3. ... que el tiempo que me quedaba fuera el mejor de mi vida y lo mejor posible para los que estaban más afectados por mi situación.

Aunque había tomado las decisiones con rapidez, resultaba mucho más importante que quedasen claras tanto para mí como para los demás. Tenía que comprometerme con ellas. Imaginaba que otras personas en mi situación sabían con frecuencia el curso correcto que debían tomar, pero tenían miedo de ajustarse a su plan. No quiero que esto suene como si ellas fueran débiles y yo fuerte, pero sabía que mi mayor interés estaba en seguir viviendo según las reglas que había seguido en mi vida profesional. En ella, la claridad de la misión, el compromiso y la ejecución siempre habían sido críticas.

Inmediatamente mi energía y concentración se movieron desde las prioridades que había fijado para mi empresa hacia las nuevas prioridades que iba a establecer para los meses que me quedaban. Como el tipo al mando, me había centrado en construir y planificar para el futuro. Ahora tendría que aprender el valor real del presente.

El 8 de junio, dos semanas después de someterme al primer y aún inocente examen médico, les comuniqué a mis socios en KPMG que dimitía como presidente y consejero delegado. A causa de mi salud, avanzaba hacia la siguiente fase de mi vida. Les dije que

estaría implicado en la transición de la gestión, pero que después desaparecería. No utilicé las palabras *temporal* o *provisional*. No dejé ninguna puerta abierta. Se había acabado. Decir lo contrario habría sido injusto para la empresa y para el nuevo presidente, así como para nuestros empleados; se merecían un liderazgo claro. Esperaba y deseaba que mi sucesor siguiera las iniciativas que había puesto en marcha, que me parecía que estaban mejorando la organización. Pero la dirección y el estilo, y el propio mandato, iban a ser el de otra persona, no el mío.

En cualquier caso, si debía ser realmente honesto con mi situación, debía saber que cualquier sugerencia de que podría regresar algún día era un autoengaño increíble: ya estaba mostrando más síntomas.

¿Dolió la dimisión? Por supuesto. El trabajo me definía como persona. Había estado en la empresa durante 33 años. No había conocido ningún otro lugar. Cuando empecé, tenía la mitad de su tamaño actual y acababa de ponerse el sol de la época en que se obligaba a los socios a vestir con traje y sombrero cuando llamaban a los clientes. Ahora había 20.000 empleados.

Pero para ser fiel a todo en lo que creía y en lo que tenía por delante, debía dejarlo, dejarlo ahora, y dejarlo sin permanecer, aunque solo fuera vagamente, en las sombras.

En cuanto la noticia de mi dimisión corrió por los servicios de noticias, recibí incontables notas y llamadas, todas ellas de ánimos. Muchos amigos del mundo de los negocios se pusieron en contacto conmigo o con mi oficina para expresar su apoyo, su tristeza y su conmoción. Mi homólogo en otra de las cuatro grandes empresas fue especialmente generoso en su reacción. Sé que este tipo de expresiones pueden ocurrir en otros ramos, pero nuestra profesión es destacable por su colegialidad. Durante este período terrible en el que el mundo que conocía había saltado en pedazos, era especialmente tranquilizador saber que seguía existiendo una cierta armonía, especialmente en los negocios.

Mi transición de líder de la empresa a antiguo miembro fue rápida, como yo quería. (Seguí siendo socio sénior.) Todas las reuniones y obligaciones fijadas en mi notoriamente amplia agenda –de las siguientes semanas y las fijadas para los próximos seis meses– fueron canceladas, reasignadas a otros miembros de la empresa, o muy pronto serían asumidas por el nuevo presidente. Estuve implicado en la búsqueda, y en la transición, de un nuevo líder. Tardamos unos tres días. Mis gestiones se hacían exclusivamente por teléfono desde casa.

En el segundo día, mientras estaba hablando por teléfono con un miembro del consejo, tuve el primer ataque epiléptico.

En realidad fue algo bastante divertido.

El ataque fue pequeño: lo llaman «focal» porque la oleada de impulsos eléctricos no afectó a todo el cerebro (como lo hace en un ataque «gran mal»), sino a una zona limitada, una red neural. Los músculos de la parte derecha de mi cara empezaron a temblar. Ocurrió mientras estaba en la cama, hablando por teléfono con un miembro del consejo sobre la transición. ¿Qué resultó divertido? Todo lo que tuve que hacer para controlar los temblores salvajes de una parte de mi cara para que pudiera entenderme.

Todo el episodio duró media hora. Más tarde llamamos al médico, que ajustó la medicación. Tres días después tuve otro ataque focal que me provocó temblores y de nuevo aumentaron la medicación. No todos los ataques se centraron en el córtex motor, que puede provocar espasmos en los músculos. Algunos afectaban al córtex visual o al frontal. Afortunadamente, los ataques no eran aún un gran mal, que es el tipo que te hace caer y agitarte de manera incontrolable. Con frecuencia, cerraba los ojos para controlar el inicio de un ataque en el córtex visual. Corinne me dijo que cuando lo hacía perdía la expresión y parecía que miraba a través de ella, como si nada pudiera llegar a mi mente.

No obstante, los ataques no fueron el primer síntoma.

La visión fue lo primero que se vio seriamente afectado; uno de los tumores presionaba sobre el córtex visual. A los pocos días del diagnóstico sufrí una pérdida importante de visión. Veía borroso. No podía ver lo suficientemente bien para rellenar un cheque. Aparecieron puntos ciegos en el tercio exterior de mi campo de visión y eran especialmente pronunciados en el lado derecho. No tenía problemas para ver lo que tenía directamente delante, pero cuando paseaba por la calle, prefería que mi acompañante estuviera en el lado derecho para reducir las posibilidades de que me pudiera golpear con cualquier poste. Y como con frecuencia mantenía los ojos parcialmente cerrados, debía ser muy cuidadoso. Al subir y bajar las escaleras empecé a extender las manos para conservar el equilibrio.

Aunque seguía estando lúcido la mayor parte del tiempo, de vez en cuando estaba un poco confuso. Tuve que volver a aprender a vestirme. Debía hacerlo de una manera ordenada y metódica. Era como un niño pequeño: me preparaban la ropa. Corinne

colocaba mi camisa sobre la cama con los botones hacia abajo, de manera que cuando la recogía podía ponérmela de la misma manera en que la sostenía y la parte delantera de la camisa aparecía donde se suponía que debía estar y no al revés. (Corinne retiró todas mis camisas con puños para gemelos; eran demasiado difíciles de poner.) Al final acabó siendo más fácil, pero ponerme algo por encima de la cabeza era una tortura. Aunque fuera capaz de hacerlo, el esfuerzo me dejaba exhausto. Una vez descubrí a Gina de pie en el quicio de la puerta, contemplando mis maniobras para pasar una sudadera por encima de la cabeza. No sé cuál de los dos consideraba más penoso el espectáculo. Sabía que siempre había visto a su padre como alguien competente, que actuaba a un alto nivel con rapidez y eficiencia.

Él se seguía viendo de esa misma manera, la mayor parte del tiempo.

Por primera vez desde que era un niño, tenía que pensar en los movimientos básicos. Era más consciente de acciones que, cuando las realizas, simplemente no eres consciente de ellas. Debía recurrir a mi antiguo yo sistemático, pero ahora sencillamente para completar tareas increíblemente básicas. Cuando redactaba la correspondencia, de repente me encontraba con una palabra que conocía, pero que no era capaz de deletrear o pronunciar. No me había abandonado la parte cognitiva del pensamiento, sino alguna otra cosa, algo que no podía explicar. Por ejemplo, si me pedían que deletreara *aplicación*, obviamente sabía hacerlo... pero no era capaz. ¿Por qué?

Mi manera de hablar se volvió aún más confusa.

Fuimos a consultar a un gran médico, una leyenda en la setentena conocido como el «abuelo de la neuroncología». Ahora se dedicaba principalmente a la enseñanza, pero ocasionalmente recibía a pacientes. Le formulé la gran pregunta:

¿Cuánto tiempo?

—Usted no es una estadística —respondió—. La media es un año desde el momento del diagnóstico.

Comprendí, y sabía que Corinne también lo había hecho, que la cifra de «un año» era probablemente demasiado generosa en mi caso. Algunas personas podían presentar antes los síntomas y se las diagnosticaba antes.

Esa noche, mientras Corinne y yo intentábamos recordar de nuevo mi comportamiento y mi aspecto en las semanas y meses previos a mi parálisis facial, nos dimos cuenta de que había estado inusualmente cansado durante bastante tiempo, pero en aquel momento no nos había parecido nada extraordinario. Ella recordaba un gran morado en mi pierna

más o menos en la época de la boda de mi sobrina, un morado que había sido la consecuencia de golpearme con un coche en el aparcamiento: me había dirigido directamente contra él. Al menos ahora tenía una excusa legítima para explicar por qué mi juego al golf había ido empeorando durante algún tiempo.

Al hacer nuestras propias cuentas, parecía que los síntomas habían aparecido hacía entre tres y seis meses.

Los problemas que tenía para vestirme –hacer cualquier cosa en secuencia– empezaron a afectar a otras actividades. Una noche, mientras veía un partido de los Yankees, vi un lanzamiento y una jugada sorprendentes y quise compartirlo con un amigo, que también era un gran aficionado al béisbol. Marqué su número y, a través del micrófono del altavoz, empecé a explicarle la jugada. Cuando, después de un minuto, me di cuenta de que no compartía mi emoción, empecé a sospechar que algo no iba bien. Miré el teléfono. Apreté el botón del «altavoz», algo que había olvidado al empezar la llamada.

–¿Hola? –saludé.

–Hola, Gene –respondió mi amigo, que sabía que pasaba algo, según me explicó, pero había esperado hasta que yo lo descubriera.

–¿Has oído algo de lo que te he explicado sobre el partido?

–No –contestó–. Tendrás que repetirlo.

Había dimitido como presidente. Tarea 1 completada. La empresa, sus jefes y toda nuestra gente gestionaron la transición con brillantez. Me enorgullecía aún más que mi empresa –mi segunda familia– hubiera podido llevarlo con tanta suavidad, sin que ningún extremo perdiera la confianza.

Ahora tenía que centrarme en la tarea 2: establecer un tratamiento médico.

Según tenía entendido, la quimioterapia no era el tratamiento. La quimioterapia, según me habían dicho los médicos, es el eje principal de muchos, sino de la mayoría, de los tratamientos de lucha contra el cáncer; con frecuencia es el camino para sobrevivir al cáncer. Y el protocolo para tratar mi tipo particular de cáncer también incluía la quimioterapia, pero no para ofrecer una oportunidad de supervivencia. Después de consultar con una selección de los mejores neurólogos, dos neurocirujanos y un oncólogo, quedé satisfecho de que todos estuvieran de acuerdo: no iba a sobrevivir a la

enfermedad. Así que en mi caso, la quimio podría prolongar dos o tres meses mi vida –*podría*–, pero nadie quería hacer ninguna promesa. Y teniendo en cuenta todas estas incertidumbres, la medicación iba a tener efectos tóxicos en mi cuerpo, obstaculizando mi capacidad de disfrutar de la vida. En consecuencia, la quimioterapia no iba a salvarme la vida y, *además*, iba a ser un impedimento para mi objetivo básico.

Entonces, ¿por qué me sometí a ella ni que fuera una vez?

Porque debía darle la vuelta a esa piedra, examinarla y así sentirme cómodo con mi decisión, mi *propia* decisión. No estaba dispuesto a aceptar la palabra de otra persona. Cuando tomaba una decisión de negocios especialmente importante, insistía en tener todos los datos para juzgar por mí mismo. Aquí no haría nada diferente.

Abandoné la quimio al cabo de tres días. Eso es lo que tardaron en afectarme los productos químicos, o a *parecer* que me afectaban, lo que es prácticamente lo mismo. La medicación interfería con mis funciones corporales, con mi sistema físico normal. Podía sentirlo en los riñones y en el hígado. Sentía náuseas. Me sentía más vulnerable a las infecciones y a otras enfermedades. Además, la quimio estaba interfiriendo con algo más que era muy importante: mi capacidad de visualizar la radiación (que también había empezado), que estaba reduciendo realmente los tumores.

–Me distraen el hígado y los riñones –le dije a Corinne–. No puedo concentrarme en mi tumor cerebral.

Al mismo nivel, y quizá más, que la carga física de los efectos secundarios invasivos y bien documentados de la quimio se encontraba el desgaste psicológico. En cuanto empecé (yo o cualquier otra persona) la quimio, perdí gran parte del control. Dependía de la medicación. Ahora las medicinas gobernaban mi vida. La medicación determinaba mi rutina diaria. Más aún, en cuanto empecé con la quimio, mi centro de atención ya no era el cáncer –y mucho menos mi vida fuera del cáncer–, sino temas que antes no habían tenido ninguna importancia (como el funcionamiento de los riñones). El economista que había en mí no quería distraerse de las tareas más importantes, las tareas en las que realmente necesitaba pensar. El gestor que había en mí, el que creía en un control férreo, aborrecía que de repente me hubiera dejado llevar y convertido en una persona controlada por la pauta de medicación y no por mi propia agenda. No me gustaba en especial la manera en que tantas medicinas, en particular los esteroides, afectaban a mis estados de ánimo, que ya no podía controlar.

Comprendía que para solucionar un problema a veces es necesario dar lo que parece un paso atrás temporal –en los negocios recibe el nombre de reorganización–, pero en este caso parecía que estaba garantizado que añadiría otros problemas, evitables, a mi gran problema.

En definitiva, me estaba envenenando. ¿Por qué? El resultado final iba a ser el mismo, aunque fuera ligeramente más largo en horas o semanas. ¿Realmente valía la pena agotarme –sin mencionar el agotamiento de mis seres queridos o de los que ayudarían a cuidarme al final– solo para extender una vida declinante durante un corto período de tiempo? ¿En especial cuando lo que quedaba de dicha vida iba a ser sin ninguna duda más complicado, menos rico, con menos energía –*menos lleno de vida*– porque me estaba envenenando?

Decidí que prefería aumentar en calidad lo que me iba a faltar en longevidad.

En cuanto abandoné la quimio, mi misión me pareció mucho más clara y, lo que no era menos importante, también para los que me rodeaban. Los efectos secundarios ya no serían una preocupación. (Y, en cualquier caso, en realidad no tienen nada de «secundarios» cuando síntomas como el dolor de riñones pueden dominar tu vida mucho más que el cáncer.) Comprendo y simpatizo con otras personas en mi situación (quizá la mayoría de las personas en mi situación) que se aferran a cualquier posibilidad, sin importar lo remota o incluso insustancial que pueda ser, para prolongar su vida. Puedo comprender que cualquiera que no haya experimentado dicha amenaza a su vida pueda considerar mi rápido abandono de la quimio como una especie de rendición, como si realmente no quisiera alargar mi vida.

Yo no lo veo así. Amo mi vida. Querría vivir todo lo que pudiese. Me hubiera gustado convertir en mi objetivo ver nacer el sol en 2006, por muy improbable que fuera.

Al dejar la quimio no solo me sentí más cómodo. Me sentí liberado. Me hizo sentir bien.

Incluso más que dimitir de mi cargo, sentí que *esta* había sido mi primera decisión real para tomar el control de mi muerte. Aunque, para ser honesto, una vez que decidí convertir esta última etapa de mi vida en la mejor etapa, y opté por la mayor calidad de vida a cada paso, la decisión de someterme a la quimioterapia no fue una decisión fácil. No fue en absoluto una decisión.

Aunque había dejado fuera la quimioterapia, seguía con la radiación. Según el oncólogo (que se negaba a darme estadísticas de supervivencia), había una posibilidad decente de que la radiación pudiera reducir los tumores y aliviar los síntomas provocados por su crecimiento y por la inflamación de los tejidos que los rodeaban, de manera que podía proporcionarme más tiempo –con la mente y la visión claras– para completar las muchas cosas que necesitaba hacer antes de morir. También me proporcionaba un importante empuje mental saber que cada día laboral de las seis semanas de tratamiento estaba haciendo algo concreto y sin ambigüedades para ralentizar el crecimiento del tumor, para combatirlo. (También estás luchando contra él con la quimio, pero en ese caso también estás luchando contra ti mismo, esencialmente abriendo las puertas para permitir que entre el enemigo. Puede resultar desmoralizador pensar que es muy posible que estén matando en tu interior muchos más elementos positivos que negativos.) Como la radiación no me nublaba la mente, tenía la sensación de que podía concentrarme en los tumores, en detener su crecimiento. Aunque la radiación me fatigaba, no traía consigo ninguno de los efectos secundarios desagradables de la quimioterapia. Y aunque someterme a ella en un lugar concreto cinco veces a la semana durante seis semanas obviamente limitaba mi movilidad, parecía que valía la pena.

Con lo que no contaba era que el proceso de la radiación –no la radiación en sí misma, sino el proceso y todo lo que la rodeaba– iba a provocar diferentes trastornos. Y estos trastornos me ayudaron a aprender una de las primeras y más fundamentales lecciones de mi nueva vida.

Habitualmente mis sesiones de radiación tenían lugar a última hora de la tarde. Corinne había escogido sabiamente ese momento porque el tratamiento provocaba cansancio físico y de esta manera podría tener energías para buena parte del día, hasta que llegaba la hora de mi sesión. Por la noche, recuperaba un poco de energía, suficiente para disfrutar de la cena con la familia.

Así se desarrollaba desde el momento en que llegaba a la clínica:

Normalmente aparecía con ropa de golf, que solía ponerme para estar de buen humor, como si fuera a salir a jugar unos hoyos. Cuando me llegaba el turno, me ponían lo que parecía una máscara de esgrima, con una cubierta tipo gofre que me tapaba la cara. Me la ajustaban bajo la barbilla; entonces todo este engendro, conmigo dentro, se atornillaba a una mesa especial. (Afortunadamente, nunca he padecido claustrofobia.) Así fijado, me indicaban que intentase no mover la cabeza ni siquiera un milímetro, o los rayos de

radiación concentrada, parecidos a un láser, que apuntaban y disparaban contra mi cabeza desde cinco ángulos establecidos por ordenador, no funcionarían bien. Si me movía, aunque solo fuera un poco, el proceso duraría más; tendrían que repetir el disparo de ciertos rayos. También me advirtieron de que no tragase, lo que, según descubrí, podía evitar durante el tiempo preciso, cuando todo iba según el plan.

Al igual que mi enfermedad, la radiación era indolora. Por muy punzante e invasiva que pueda parecer la puesta en escena, cuando tenía la cabeza dentro de la máscara y emitían los rayos, no dolía. Podía ver dónde impactaban los láseres, pero no era doloroso; ni siquiera era molesto. Lo sentía más bien como una vibración. Imaginaba mi cabeza en un horno microondas, que no es un lugar en el que te gustaría meter la cabeza, pero benigno.

El disparo de los cinco rayos llevaba de dos a tres minutos. Todo el proceso, desde ponerme y ajustarme la máscara y fijarme a la mesa hasta sacarme de allí y despedirme hasta el día siguiente, quizás eran unos 20 minutos.

Eso cuando todo iba según el plan.

Las cosas no transcurren siempre según el plan. Con frecuencia no lo hacen. Podrían pensar que mi experiencia en el mundo de los negocios, y en el mundo en general, me habría preparado para eso, pero por alguna razón no lo hizo. Podrían pensar que el diagnóstico repentino tras una vida de buena salud me lo habría enseñado recientemente. No lo hizo. Mi actitud previsor y optimista me había blindado contra las dudas y las expectativas bajas. Por alguna razón había asumido que los hospitales y el tratamiento contra el cáncer funcionaban como un reloj.

Pronto descubrí que no era así. A veces el personal de la clínica, sin importar lo profesional y bienintencionado que fuera, la fastidiaba. Con mayor frecuencia era culpa de las máquinas, una de cada tres veces. Cuando ocurría, el día se volvía más complicado para mí y para los demás pacientes.

Como he dicho, nunca he sufrido claustrofobia. Pero si el proceso tardaba más de lo que debía –más de los 20 minutos esperados, por ejemplo–, sentía cómo me invadía una oleada de pánico. Y no estaba provocada tanto por una sensación de soledad y de presión como por las demandas que el tiempo adicional exigía de mi cuerpo. Me había entrenado para no tragar durante los esperados 20 minutos. Pero cuando habían pasado los 20 minutos, podía empezar a sentir la saliva, que me iba llenando la boca. Empezaba a

interferir con la respiración. De repente, había pasado media hora. Sentía como si dentro de poco fuera a asfixiarme. Pasaban cuarenta minutos. Seguía sin poder mover la cabeza.

A veces aparecía para una sesión y una de las máquinas que intermitentemente estaba averiada volvía a estar fuera de servicio. Se aplazaba el tratamiento y todos los presentes teníamos que esperar hasta más tarde. En un ambiente que ya era altamente estresante y en el grupo –normalmente había de cuatro a seis pacientes esperando para cada uno de los cuatro «módulos» del consultorio– el aumento de la tensión no era bienvenido. Se podía sentir la incomodidad en la sala de espera.

La máquina particular en la que se habían programado todos mis vectores –«amiga de confianza», como solíamos llamarla Corinne y yo– era, como indica su apodo, uno de los artefactos más fiables. Pero con frecuencia una cuestión mecánica (una clavija obstinada que no entraba en posición, por ejemplo) me dejaba durante más tiempo en la mesa. O necesitaban hacer una radiografía.

Estaba sometido a los caprichos de la maquinaria y del sistema médico, de la competencia humana y a la buena o mala suerte. Mantenía un marcador de hombre frente a máquina. Si había un retraso de más de 25 minutos, las máquinas habían ganado el día. Aun así, con retrasos o no, era uno de los más afortunados. Algunos de mis compañeros pacientes de cáncer eran bastante más jóvenes que yo. Algunos de ellos, a diferencia de mi caso, sufrían dolor físico, con frecuencia un dolor insoportable, provocado por su cáncer o por algún aspecto relacionado. Con frecuencia se sentían degradados por toda la experiencia. Algunos habían viajado muchas horas, en múltiples tipos de transporte público, para llegar hasta allí y los esperaba el mismo viaje de regreso, y tenían que hacerlo cuatro o cinco veces a la semana. Cuando se rompía la máquina que tenían asignada, a veces parecía que ellos también se romperían, que se quebraría su voluntad. Como yo, algunas de estas personas se enfrentaban a la fase final, intentando asumir que su vida se acababa, pero no estaban tan bien equipados como yo para hacerlo, o ni siquiera sabían por dónde empezar. Una paciente, mientras esperaba la radiación, gritaba y de vez en cuando chillaba en el teléfono móvil mientras recorría la sala de espera y se ocupaba de los detalles de la venta de su negocio. Muchos de los pacientes en la sala parecían incómodos por su actitud. Cuando colgó, se volvió hacia todos nosotros.

–Lo siento –se disculpó con sinceridad.

Yo asentí. No me sentía incómodo por su estallido de emociones o por su meta. La comprendía.

El negocio de morir es muy duro. Poner punto final. El papeleo, la parte legal. Todo lo que es aburrido y enloquecedor en la vida cuando la vida va bien. Por supuesto, las otras cosas que ocurren cuando te estás muriendo –la parte física y la enorme parte emocional– pueden ser increíblemente espantosas. Pero si el papeleo es suficiente para quebrarte el espíritu –y lo es–, entonces, ¿qué te queda? Día tras día, al observar al personal sanitario y en especial a los pacientes, empecé a comprender.

Solo unos meses antes, y durante toda mi vida anterior, había estado acostumbrado –y esperaba– que las personas actuaran a un muy alto nivel de calidad. Si no lo hacían, podían perder mi confianza. Así es como funciona el mundo de los negocios. No quiero decir que yo o nosotros careciésemos de compasión, pero nuestro baremo para evaluar a las personas era la competencia. La capacidad. La calidad. Tenía que ser así. Si alguien decía algo que en mi opinión estaba poco meditado –ya fuera uno de los socios séniores de la empresa o mi hija adolescente–, era muy capaz de decirle que «acababa de decir una estupidez». También exigía lo mejor de mí mismo. Era conocido por tener un temperamento muy vivo.

Mi experiencia diaria en la clínica de radiología hizo que me diera cuenta de que la competencia *no* era el baremo que podía seguir utilizando para todo. O que podía seguir usando habitualmente. No todo el mundo es capaz de actuar al nivel que te gustaría. O que les gustaría. Simplemente no pueden, por mucho que lo intenten. Quizá no tengan la energía física. Quizás han perdido la voluntad. Quizá se sientan apabullados por lo que necesitan hacer para despedirse de la vida. Por muy difícil que hubiera sido mi viaje hasta la clínica, sentía que cada vez que iba allí se ampliaba mi tolerancia por las personas, es decir, mi tolerancia por la imperfección. Comprendía mejor la amplitud de las capacidades humanas; era mucho más amplio de lo que había pensado. En mi vida anterior, trataba a personas en un uso máximo de sus habilidades. Ahora estaba tratando a personas cuyas capacidades habían sido reducidas. Por la enfermedad, la duda, el cansancio.

Las cosas no van siempre según el plan.

En realidad, casi nunca lo hacen. Entonces me di cuenta de por qué me vestía cada día con ropa para jugar al golf: porque sabía que conseguir que el día fuera de la manera deseada –simplemente conseguir el par del campo– era algo maravilloso. Algo perfecto.

Nadie en esa sala pedía un doble *eagle* o *holes in one*, aunque aceptarían con alegría un milagro si se presentaba. Si todo el mundo en la sala simplemente podía seguir el horario con las máquinas y no fallaba nada (si conseguíamos el par), era algo tremendo. El par era lo suficientemente bueno. El par era estupendo. El par era sorprendente.

Y ¿si no conseguía el par? Y ¿si las cosas no iban según lo planeado?

Eso también podía ser bueno. Siempre había algo que podía hacer que un mal día o un mal partido acabase bien. Un buen golpe. Un gesto amable. Algo.

Sentado en la sala, esperando mi turno para que me pusieran sobre la cara la máscara de esgrima y me atornillasen a una mesa para que pudieran freírme el cerebro con rayos láser, estaba aprendiendo a aceptar. Tenía que aceptar. No tenía más recurso que aceptar.

Cuando las cosas no iban como queríamos los que estábamos allí, veía cómo en las personas que había a mi alrededor crecía la frustración. Intentaba que eso no me ocurriera a mí. No podía cambiar lo que estaba ocurriendo, y ellos tampoco. Pero ellos lo estaban pasando bastante peor al no aceptarlo.

Al ver cómo los demás se molestaban, me veía en mi vida anterior.

Fue en la clínica donde empecé realmente a comprender la aceptación. Aceptar la aceptación, si se quiere expresar así. Al entrar en la última fase de mi vida, ¿qué otra alternativa me quedaba *más que* aceptarlo? Parecía que no era demasiado viejo para aprender algo nuevo. «No puedes controlarlo todo», me decía a mí mismo, por muy duro que me resultase escucharme a mí, una personalidad tipo A, pronunciando esas palabras. No iba a permitir que los percances, la mala suerte y en especial una actitud derrotista me apartasen de mis objetivos, uno de los cuales era intentar que cada día fuera el mejor día de mi vida. El director general, el microgestor, al final tenía que tranquilizarse.

Cerré los ojos. Me tranquilicé.

La mejor muerte posible

«Debes vivir cada día de tu vida.»

JONATHAN SWIFT

Desde la mesa de mi comedor, podía ver el majestuoso edificio de las Naciones Unidas, justo al otro lado del East River. Un extremo de la mesa estaba cubierto con la pila de papeles familiares que traía consigo la vida cotidiana: facturas, revistas y periódicos sin leer, invitaciones a fiestas y reuniones benéficas. Al lado había una pila más grande, que traía consigo la vida extraordinaria: docenas de tarjetas de condolencias, notas de esperanza y oración de amigos y colegas que habían oído la noticia. A su lado había otra colección de tamaño respetable: recipientes de medicinas. Keppra para minimizar las posibilidades de otro ataque epiléptico. Dexametasona, un esteroide, para reducir la inflamación del cerebro. Antibióticos. En los días anteriores habían aparecido nuevos síntomas –inquietud (a causa de los esteroides) y más problemas para secuenciar las cosas–, pero, en el lado positivo del balance, mi visión estaba menos borrosa.

Tenía delante el ordenador portátil Apple de mi hija, aunque podía sentir cómo iba desapareciendo mi habilidad con los ordenadores. A su lado se encontraba un bloc de notas cuyas páginas había empezado a llenar con ideas para el libro que pretendía escribir sobre cómo me había enfrentado a la muerte, la última aventura, y lo que había aprendido de ello. Aunque mi pensamiento aún no se había visto afectado por la enfermedad (o eso era lo que creía), no se podía decir lo mismo de mi escritura.

Physically I am strong have no ailments & since not doing chemotherapy not subject to that slow death experience

1

Mientras escribía, miraba de reojo el reloj cada pocos minutos para asegurarme de que iba según el horario previsto.

Pero ¿qué horario? ¿Qué iba a ocurrir si, en lugar de disipar la energía que estaba utilizando en la actividad actual teniendo siempre en mente la siguiente, me concentraba *completamente* en lo que estaba haciendo en ese momento, sin preocuparme de lo siguiente? ¿Con qué rapidez o lentitud iba a pasar el tiempo si me sumergía completamente en lo que estaba haciendo?

Desde luego podría resultar una experiencia novedosa.

Sospechaba que mirar de soslayo el reloj y la gestión constante del tiempo, hábitos de mi vida anterior, tendrían que desaparecer, o al menos ajustarse a mi nueva realidad. Si el tiempo que me quedaba se había reducido espectacularmente, entonces también tendría que cambiar de manera espectacular mi enfoque del tiempo. Si hubiera vivido más de setenta años –algo nada descabellado solo unos meses antes, puesto que había disfrutado de buena salud durante toda mi vida hasta esta notoria excepción–, me habrían quedado unos 10.000 días. En cambio, disponía del 1 por ciento de esa cantidad: 100. Compensaría el 99 por ciento perdido con una actitud nueva: una conciencia más profunda y menos abarrotada de cada momento.

Pero no sabía cómo demonios iba a conseguirlo.

Me quedaba poco tiempo para aprender, pero lo irónico era que la primera (y quizá la última) cosa que necesitaba aprender era cómo frenar. Durante años había ido a cien por hora, en línea recta, sin curvas. El día que muriese, la velocidad sería cero. Había asumido (probablemente como la mayoría de las personas) que más tarde en la vida llegaría a alguna curva natural en el camino –por ejemplo, la jubilación, o los 65 años o la presencia de padecimientos físicos– y que se encendería una luz y comprendería que

esa era la señal para empezar a frenar. Sin duda la señal había llegado, pero sin aviso previo. Como me dijo Corinne: «No es como si entrases en la última fase de tu vida para prepararte para la muerte». Desde luego estaba frenando, pero de una manera descontrolada, de una forma que en parte estaba fuera de mi control y en parte controlada. Y esa era la parte que necesitaba para centrarme: la parte que controlaba. Tras renunciar a la presidencia y alejarme de las interacciones cotidianas de una persona en marcha, en especial de un neoyorquino en marcha, me imaginaba que ahora iba a 50 por hora, quizás a 40. (Posiblemente a 30.) Quería seguir frenando, pero de manera consciente, de una forma controlada, para que mis semanas y días finales, y desde luego los momentos finales, pudieran estar llenos de paz y tranquilidad.

No quería morir en un choque.

Sentado ante la mesa del comedor, elaboré una lista de tareas pendientes para mis últimos días.

- Poner en orden los asuntos legales y financieros.
- «Desenrollar» mis relaciones.
- Simplificar.
- Vivir el momento.
- Crear (pero también abrirme) a los grandes momentos, «momentos perfectos».
- Iniciar la transición hacia el siguiente estado.
- Planear el funeral.

Reduciendo la lista a lo esencial, quería que este último período estuviera marcado por decisiones y cierres, por una conciencia acentuada, por el placer y la alegría de la vida. Reduciéndola aún más, quería esto y solo esto:

Claridad. Intensidad. Perfección.

En realidad, ¿qué más se podía esperar?

Hay una bendición, probablemente irlandesa: que tengas una buena vida y una mejor muerte. Bueno, yo quería la mejor muerte posible. No lo decía desde un punto de vista competitivo, no en el sentido de estoy acostumbrado a ganar y esta vez también voy a hacerlo; ni voy a tener una muerte mejor que la tuya. Quería decir que quería lograr en la muerte lo que siempre había intentado conseguir en la vida: hacerlo de la mejor manera

que sabía. A lo largo de los años, he aprendido a amar el vino y la manera de hacerlo ha sido probando todo tipo de vinos y suscribiéndome a revistas de vinos y leyéndolas cuando podía. Llegué a amar y comprender la ópera viéndola y escuchándola, y también leyendo por adelantado las historias que explica. No me gusta quedarme en el intento.

Ahora, estaba motivado para «triunfar» en la muerte, es decir, intentando ser constructivo en este tema y, en consecuencia, conseguir la muerte correcta para mí. Tenerlo todo claro sobre ella y ser consciente cuando ocurriese. Para asumirla.

No obstante, la dificultad radicaba en que debía cambiar mi percepción de las cosas y después realizar las correcciones necesarias y frecuentes a medida que la alteraba (con el objetivo de volverme más consciente) y hacer todo eso en el corto espacio de dos o tres meses. Pero para descubrir el secreto, profundizar en él y conocerlo de verdad iba a necesitar algo más que trabajo. Iba a ser necesario desaprender y aprender.

Afortunadamente, ya había conocido a dos maestros. A uno lo contraté para que me ayudara cuando era director general. El otro había sido durante más de la mitad de mi vida mi *sherpa* personal.

En mi vida anterior, contraté a un consultor para que ayudase a nuestra empresa en uno de los tres proyectos que, después de convertirme en presidente, había establecido como objetivos; el más crucial de los tres y el que tenía la esperanza (cuando pensaba en él) que sería mi legado: ayudar a nuestros empleados a vivir vidas más equilibradas. Y cuando me diagnosticaron la enfermedad, habíamos empezado a realizar avances palpables en esta área, con seminarios muy prácticos de un día sobre cómo lograrlo; estos se celebraban en diversas delegaciones por todo el país, y estaban invitados los socios y sus esposas. En mi opinión, y en la de otros muchos, el factor más importante que señalaba el consultor era que tendríamos mucho más éxito alcanzando nuestras metas si no intentábamos tanto controlar el tiempo –una imposibilidad, porque se encuentra fuera de nosotros– y en su lugar intentábamos controlar la energía, algo eminentemente posible porque se encuentra en nuestro interior.

Ahora que me enfrentaba a mi mayor reto, parecía totalmente obvio que el mismo principio que había empezado a mejorar la cultura de nuestra empresa –a mejorar el equilibrio entre trabajo y vida personal– también podía serme individualmente de gran utilidad. Necesitaba una nueva manera de pensar y ver el mundo y sobre mi estancia

repentina y sorprendentemente breve en él. Una manera que no dependiera tanto del tiempo y no se dirigiera tanto hacia el futuro parecía la más correcta.

Sin embargo, debía llegar a esta nueva visión sin, al mismo tiempo, abandonar mis creencias más profundas. Al fin y al cabo, hasta esta quincuagésima cuarta primavera de mi vida, mis valores, mi punto de vista y mi filosofía general, tal como eran hasta ese momento, habían sido increíblemente efectivos para ayudarme a alcanzar un puesto preeminente en el mundo laboral. Sentía lealtad hacia lo que había sido y lo que había defendido, aunque sabía que debía abrirme a algo nuevo. No podía simplemente descartar lo que había constituido mi yo más profundo. Más bien tenía necesidad de redirigirlo, de manera que pudiera «triunfar» de forma similar en el mundo espiritual, en el mundo de mi mente.

Me di cuenta de que esta redirección tendría que empezar con uno de mis valores más centrales.

Siempre he creído mucho en el compromiso, en todos los aspectos de la vida que tenían importancia para mí. Un compromiso total con el matrimonio, con la familia, con el país, con los compañeros de trabajo y con la empresa, con los vecinos y con los seres humanos. Para mí, compromiso significa sacrificio, madurez, moralidad, certidumbre, todas ellas virtudes, al menos para mí. Pero, desgraciadamente, el compromiso, en especial en el mundo de los negocios, se ha equiparado al tiempo. Con demasiada frecuencia, tu compromiso se mide rutinariamente por la cantidad de horas que estás dispuesto a trabajar. Por cuánto tiempo le robarás a la familia. Por cuánto tiempo estás dispuesto a vivir en otro lugar o a gestionar una cuenta. Compromiso ha llegado a significar fiabilidad, demostrando que ya estás allí y prometiendo que siempre lo estarás. Si has entregado grandes cantidades de tu tiempo, entonces se concluye que has demostrado un gran compromiso. Si no das tanto tiempo, entonces, por definición, tu grado de compromiso queda bajo sospecha. El tiempo es el único barómetro.

Sin embargo, después de que la empresa trabajase con el consultor y en especial desde que mi familia y yo habíamos atravesado casi como sonámbulos un par de semanas de pesadilla, había llegado a plantearme cuál era la verdadera naturaleza del compromiso. En realidad, no tiene que ver con el tiempo. No se trata de fiabilidad y previsibilidad. El compromiso está relacionado con la profundidad. Se refiere al esfuerzo. Se refiere a la pasión. Se trata de querer estar en cierto lugar y en ningún otro. Por supuesto que también implica el tiempo; sugerir lo contrario sería ilógico y una ingenuidad. Pero la

mejor manera de medir el compromiso no es por el *tiempo* que uno está dispuesto a *entregar*, sino, con más precisión, por la *energía* que se quiere *dedicar*, por lo presente que esté uno.

Cuando llegué a esta idea, sentí que había llegado a algo. No podía controlar el tiempo. Solo tenía un control parcial sobre mi entorno. Lo que podía controlar era mi energía. Cómo la utilizaba. Cómo la usaba en respuesta a las influencias externas. Esta idea –el principio director– me ayudaría a concentrarme en lo que necesitaba centrarme. La conciencia, y no el compromiso, era una palabra más adecuada, más precisa y menos relacionada con el tiempo, para describir lo que estaba intentando conseguir desde ahora hasta el final.

Nada de vivir en el futuro. (O en el pasado, puestos a hablar del tema, un problema para muchas personas, aunque menor para mí.) Necesitaba dejar de vivir dos meses, una semana o incluso unas pocas horas por delante. Ni siquiera unos pocos minutos por delante. Sesenta segundos a partir de este momento son, en cierto sentido, tan inalcanzables como los próximos sesenta años, y siempre lo serán. Es –era– agotador vivir en un mundo que no existirá nunca. También se trata de una especie de estupidez porque hemos recibido la bendición de tener uno tan fascinante justo aquí y ahora.

Tenía la sensación de que si podía aprender a permanecer en el momento presente, a ser completamente consciente de mi entorno, podría conseguir un montón de tiempo que *nunca* había tenido a mi disposición en todos los años que había estado sano. (Pensaba en todos esos montones de horas, semanas y años perdidos, en todos los momentos perdidos. Ahora he dejado de pensar en ello. No me recreo en eso.) Y aunque estaba claro que no podía hacer nada para alterar el dato desnudo de que me quedaban unos tres meses de vida (si llegaba), al cambiar mi estado mental podía tener éxito en recalibrarme, un cambio que me ayudaría a compensar lo que perdía en longevidad con profundidad, calidad e intensidad. El número exacto de días que tenía disponibles no iba a ser grande, pero iban a transcurrir como nunca antes.

¿Quién realiza un cambio tan fundamental cuando ya está tan avanzado el día?

Iba a descubrir muy pronto que estar en el presente y ser verdaderamente consciente del entorno eran algunas de las cosas más duras que había intentado nunca. Estar en la cima, dirigir una empresa de 20.000 personas, incluso conseguir el par en los nueve primeros hoyos, no eran nada comparado con esto. No era el único que tenía problemas

para permanecer en el presente. Se me presentaron dos ejemplos ahora que me había vuelto más sensible respecto a la cuestión del tiempo y nuestra relación con él:

- Uno de mis colegas me explicaba que cada vez que visitaba a su anciana madre, que vivía a algunas horas de distancia, lo primero que le decía ella cuando entraba en la casa era: «¿Cuándo vendrás la próxima vez?».
- Mi hija Gina y yo fuimos a ver *Batman Returns*. Los dos lo pasamos en grande durante dos horas. Lo primero que dijo cuando salimos del cine fue: «Espero que hagan una secuela». Deseaba tanto (y era comprensible) una continuación del momento presente que en realidad *no* estaba en el momento presente. La esperanza de algo que no existe aún sustituye la realidad del momento que existe, un momento que se debe disfrutar.

Puede parecer que son ejemplos muy particulares, pero en realidad creo que son perfectamente universales. ¿No siente el deseo, incluso el impulso, de saber lo que va a ocurrir a continuación? Esta necesidad está firmemente enraizada tanto en viejos como en jóvenes. Incluso a una muchacha de trece años, que tiene ante sí mucho más futuro que sus padres, le resulta difícil vivir en el presente.

Muy pronto empecé a identificar una gran cantidad de personas que no vivían en el presente, a pesar de lo que pudieran creer. Vivían en el futuro o en el pasado, o quizás en ninguna parte. Por ejemplo:

Personas que no escuchaban, que planteaban preguntas sin esperarse a la respuesta completa.

Personas enfadadas o amargadas.

Personas que, como yo, creían que estaban mirando tanto el bosque como los árboles, pero que probablemente se pasaban demasiado tiempo en los árboles. ¿O era en el bosque?

De alguna manera tenía que aprender a estar en el momento presente, a vivir allí al menos durante fragmentos de tiempo. Al principio, fracasé. Fracasé constantemente. Incluso cuando escribía las notas para mi libro, una empresa impulsada casi por completo por la conciencia de lo escasas y preciosas que eran las horas que me quedaban, mi mente empezaba a divagar invariablemente hacia mi anterior vida laboral, hacia situaciones de negocios a las que me había enfrentado, pero de las que no había

podido librarme. En mi mente, el futuro y el pasado luchaban entre ellos hasta que finalmente conseguían expulsar cualquier posibilidad de que pudiera experimentar algo fresco y totalmente dentro de mi control: el presente. Quizás una parte de esta obsesión continua por el futuro y por el pasado, o al menos parte de ella, estaba motivada por el ego, un impulso básico y de toda la vida para encontrar el lugar que debía ocupar, para que me siguieran viendo como un miembro que contribuye a la sociedad. (¿Cómo podía librarme de eso?) O quizá la obsesión estaba motivada porque era una especie de microgestor: en definitiva, ahí estaba, escribiendo un libro para explicarle a la gente mi experiencia, y de manera natural eso me llevaba a pensar en lo que le diría a un antiguo colega, o a mi sobrino, o cómo tratar a ese cliente...

Vivir en el momento presente era tremendamente difícil.

«Pero debe ser más fácil –me decía– cuando tienes una sentencia de muerte.»

¿O no?

Cada mañana al despertarme intentaba con todas mis fuerzas permanecer en el momento presente. Solo para apreciar lo que había a mi alrededor en ese preciso segundo. Porque si me encontraba en el momento presente, no sería tan consciente del tiempo: tiempo del día, tiempo preciso para completar los objetivos pendientes, tiempo del año, tiempo que me quedaba. Si me encontraba en el momento presente, solo sería consciente de las experiencias que estaba teniendo, no de cómo fueron la última vez. Experimentaría esto, para siempre. Si me encontraba en el momento presente, el contexto y la historia no serían importantes. Solo lo sería la experiencia en sí misma.

Intentaba tener conciencia de lo que había a mi alrededor, una conciencia real, solo conciencia.

Fracasé.

Mi persecución del presente parecía basarse en la idea de que la historia y el pasado debían quedar en un segundo plano. No obstante, todo lo que quería leer (o, a causa del deterioro en la visión, escuchar) eran libros sobre historia. En *De cómo los irlandeses salvaron la civilización*, escuché cómo unos manuscritos rescatados de la ruina del Imperio romano fueron llevados a los monasterios de la entonces increíblemente remota isla de Irlanda, donde monjes letrados «salvaron» la historia de su destrucción.

¿No se trataba sencillamente de una versión cultural y colectiva de mi ambición individual: el deseo de conseguir tanta conciencia como fuera posible?

¿Podía ser que el pasado y el presente no fueran tan diferentes como yo lo pretendía? En realidad, ¿no eran exactamente lo mismo... excepto durante un corto espacio de tiempo?

A medida que iba terminando mi vida, Corinne y yo planeamos nuestro último viaje, para Gina y para nosotros. Nos iríamos a mediados de septiembre, después de que terminara el tratamiento radiológico y yo pudiera recuperar un poco mis energías, además de completar las otras tareas que me había fijado. Yo –nosotros– escogimos tres lugares que tenían un gran significado para mí: Praga, Roma y Venecia. Praga por sus importantes raíces históricas y espirituales (durante la Edad Media, los peregrinos pasaban por la ciudad de camino hacia Tierra Santa), Roma por sus raíces arqueológicas/históricas (se puede *ver* en realidad cómo se disponen las capas de historia una encima de la anterior), y Venecia porque es hermosa y se está muriendo. (También iba a ser algo así como un regreso triunfal a una ciudad opulenta y que se hunde, porque Corinne y yo habíamos estado allí de recién casados con muy poco dinero, y ahora íbamos a volver con tarjetas de crédito.)

Siempre me había gustado leer historia y apreciar las lecciones que nos enseña si la escuchamos con atención. Siempre he creído que para vivir una vida con significado y útil, uno debe sentir que forma parte de la historia. Ahora que me estaba muriendo, me daba cuenta de que en mi búsqueda auténtica y desesperada del presente perseguía casi con la misma fuerza otra sensación: el deseo de sentirme empapado en la historia, envuelto por ella, donde fuera visible el paso de los siglos.

La idea del viaje me animó. De hecho, hasta tal punto que me fijé otra meta: estar lo suficientemente bien para asistir a la siguiente reunión de socios de KPMG, prevista para principios de noviembre, un par de meses después del momento en que se suponía que ya no iba a estar aquí.

Pretendía estar allí.

Estaba convencido de que podía aprender algo sobre la noción de controlar la energía (más que el tiempo) al recordar lo que habíamos aprendidos en los seminarios que había

impartido el consultor. El concepto se estaba extendiendo por la empresa, ¿por qué no podría funcionar ahora conmigo, en mi situación actual?

Habíamos analizado nuestra cultura para comprender lo que era más importante para nuestros socios. En las entrevistas, nuestra gente articulaba lo que valoraba en realidad. Sus familias, por supuesto. Realizar un trabajo que fuera interesante. Tener una vida lejos del trabajo. Estar rodeado por colegas inteligentes y de alto nivel, en un ambiente de equipo. Tener una oportunidad para ayudar a los demás.

Después entrevistamos a las esposas para escuchar lo que era importante para ellas. Creíamos que solo de esta manera podíamos desarrollar profesionales extraordinarios, porque solo de esta forma podíamos ayudarlos a ser extraordinarios en otras áreas de su vida que les eran importantes.

A continuación, para conseguir una empresa más humana y más centrada en las personas, debíamos crear un nuevo estado de ánimo, un ambiente en el que, si disfrutabas de unas bien merecidas vacaciones, no sintieras la obligación de comprobar el correo electrónico catorce veces al día. Una empresa en la que si salías pronto un jueves por la tarde para asistir a un partido de fútbol de tu hija, no tuvieras la sensación de que toda la empresa se iba a derrumbar. Analizamos cómo comunicábamos internamente. Cómo establecíamos las multitareas. Cómo nos concentrábamos. Recogimos más de una historia como esta: una ejecutivo, con el teléfono móvil colgado de la cadera, entra por la puerta tras tres días de viaje y lo primero que hace, para desesperación de su familia, es comprobar el correo electrónico. ¿Eso es necesario? Pero aun así, en su entrevista, cuando le preguntamos al ejecutivo por qué trabajaba tan duro, respondió sin dudarle que porque amaba a su familia. Y quería que ellos lo supieran. (Sin embargo, sus clientes tenían más acceso a él que su familia.)

Algo estaba mal. Sabíamos que teníamos que hacerlo mejor para conectar los objetivos de la empresa con los objetivos de los individuos.

A través de estos seminarios, empezamos a proponer cambios de comportamiento. El ejecutivo de esta historia, y otros como él, iban a aprender el ritual sencillo y alegre de cenar con el móvil apagado. Iban a ver que lo mejor para sus familias, para ellos mismos y para la empresa era que cuando entraran por la puerta los primeros treinta minutos estuvieran dedicados, *sin dispersar* la atención, a su familia. (Después de eso, como el mundo de los negocios es, al fin y al cabo, tan competitivo, el ejecutivo podía desconectar durante 15 o 20 minutos, revisar el correo electrónico o tomarse una copa.)

En la búsqueda de un mayor equilibrio, empezamos a mejorar los hábitos físicos y alimentarios. Aprendimos sobre esto y propusimos maneras de dormir más, de dormir lo suficiente, de dormir correctamente. Sobre andar, o estirarnos o movernos de alguna manera al menos cada 90 minutos. (Aprendimos que si no lo hacemos, el sistema empieza a apagarse, te vas desconectando, y los largos viajes de negocios se convierten en travesías, porque pocas personas tienen las energías necesarias para ellos.) Aprendimos que trabajar a primera hora de la mañana es preferible porque se optimiza el transporte de oxígeno. Aprendimos a no pasar más de cuatro horas sin comer, para estabilizar la glucosa y de esta manera evitar las «caídas» de azúcar, después de las cuales uno puede estar técnicamente trabajando, pero sin producir demasiado. Aprendimos a comer con frecuencia y de manera ligera en lugar de forma pesada e irregularmente. A beber mucha agua. En realidad, aplicamos un montón de principios del mundo del deporte, cuyos practicantes, si tienen la esperanza de triunfar, saben muy bien cómo cuidarse. (El consultor había trabajado con muchos atletas de primer nivel mundial.)

En resumen, el objetivo final de todas estas modificaciones en nuestros cuerpos y en nuestras costumbres era ayudarnos a sentirnos más vivos. Para obtener el máximo de cada momento y de cada día –en beneficio de la empresa y de cada individuo– y no solo pasar por ellos.

Ahora tenía que hacerlo para mí mismo. Confiaba en poder hacerlo porque ya había visto cómo funcionaba, de una manera muy gratificante, con nuestra gente. Había visto cómo algunos socios triunfaban en la creación de una nueva manera de ser al seguir lo fundamental de toda esta filosofía: puedes hacer cualquier cosa si aplicas en ello tu mejor energía. Así, el tiempo se vuelve mucho menos importante.

Pero aun así –por buenas razones– no hay nada que nos obsesione más y a lo que seamos más adictos que al tiempo. El tiempo, ya sea que lo perdamos o no, ya sea que lo disfrutemos o no, solo por lo que *es*. Hace muchos años, cuando Marianne estaba conmigo, ella y yo participamos juntos en la famosa carrera de la bahía de San Francisco a Breakers. (Cada año muchos miembros de la empresa lo hacíamos; ese año Marianne quería participar, y yo tuve el privilegio de ser su compañero.) Ella hizo un trabajo fabuloso. Durante la carrera rebasamos a muchos niños de su escuela y completamos la prueba con un tiempo respetable.

Al día siguiente en la escuela, habló con orgullo de su logro. «Mi padre y yo acabamos la carrera en una hora y cuarenta y cinco minutos», explicó.

Uno de sus compañeros de clase –un chico que probablemente no quería quedar por detrás de una chica–, la interrumpió: «Bueno, mi padre y yo también participamos y tardamos *dos* horas, así que corrimos durante más tiempo que vosotros».

No era capaz de concentrarme. Seguía pensando demasiado en el trabajo y en la vida que había vivido antes. Pero a medida que pasaban los días el trabajo iba quedando en el pasado y poco a poco empecé a fijarme en el objetivo. El estrés de mi vida anterior se fue disipando un poco. Me relajé un poco más. Disfrutaba un poco más.

Un poco, no mucho. Tenía mucho camino por delante. (Una de mis amigas más íntimas, que con anterioridad había sido una alta ejecutiva en muchas empresas, me confesó que cuando se retiró tardó casi *tres años* en desengancharse de esa vida.)

Intenté concentrarme de nuevo. Fracasé.

No debería haberme sorprendido mi fracaso continuado. Al fin y al cabo, nunca había sido bueno en hacer solo una cosa a la vez. Si estaba viendo un partido de béisbol, también mantenía a la vez una conversación, y leía el diario, y periódicamente comprobaba las cotizaciones de bolsa. Mi concentración se dividía con frecuencia en trocitos pequeños.

Corinne, Gina y yo tuvimos el privilegio que nos invitasen a visitar al cardenal Egan, responsable de la archidiócesis de Nueva York. Me imaginaba que se había pasado bastante más tiempo que yo pensando en la eternidad, la muerte y las cuestiones del alma, así que aproveché la oportunidad. En sus habitaciones privadas, celebramos la eucaristía, después hablamos. Le expliqué que quedaban muchas tareas por finalizar cuando dimití de mi cargo. ¿Cómo podía aprender a vivir –y a morir– con asuntos sin resolver? Quería desesperadamente vivir en el presente, pero ¿cómo podía dejar atrás el pasado? «¿Cómo puedo permanecer en el momento?», le pregunté.

El cardenal me dijo que en los inicios de su carrera había pasado muchos años en Roma, educándose no solo en los principios del catolicismo, sino también en la mentalidad italiana. Y por mucho que le gustase ser irlandés y muchas de las cosas irlandesas, había llegado a apreciar una diferencia fundamental en la perspectiva entre lo que consideraba el punto de vista italiano y el punto de vista irlandés. Explicaba que el

italiano típico no vuelve nunca sobre una decisión que ha tomado; cree que dicha decisión fue la mejor que pudo tomar teniendo en cuenta la información que estaba a su disposición en ese momento, y que a pesar de que la decisión tomada podía no haber resultado como había esperado, era la mejor decisión en ese momento. «La única decisión en la que tienes que concentrarte es en la que puedes tomar», concluyó.

Asentí. Los irlandeses sufrimos de una larga tradición, si no se trata de una predisposición genética, de mirar atrás, de volver una y otra vez sobre las cuestiones sin resolver. «Dicen que lo único que los irlandeses se llevan a la tumba son los resentimientos», comenté.

Hacia el final de la visita, le dije al cardenal Egan: «Siento la responsabilidad de morir con la mayor conciencia posible». No lo formulé como una pregunta. Quería ver su reacción.

«De los que han recibido mucho, se espera mucho –comentó–. Elévese hasta el más alto nivel de conciencia.»

No quiero faltarle al respeto al cardenal, pero más tarde no podía evitar pensar en la escena de *El club de los chalados* en la que el personaje interpretado por Bill Murray le explica a otro personaje que una vez hizo de *caddie* para el dalái lama, que al terminar el partido se limitó a darle las gracias.

–Eh, Lama, ¿qué tal algo por el esfuerzo? –pregunta Murray.

A lo que el dalái lama responde:

–Oh, uh, no voy a darte dinero, pero cuando mueras, en tu lecho de muerte, te sentirás plenamente consciente.

Mirando al amigo al que le está explicando la historia, Bill Murray dice:

–Así que he recibido esto para mí, lo que está muy bien.

Antes de mi enfermedad, había considerado que el compromiso era la virtud más importante. Después del diagnóstico, empecé a considerar que la conciencia era la principal virtud. Empecé a comprender que la primera responsabilidad de cada uno de nosotros es tener durante todo el tiempo la mayor conciencia posible, en especial hacia el final. En cierto sentido puede ayudar a los demás a que comprendan mejor el final. Esa es la responsabilidad que tenemos entre nosotros y, desde luego, con la generación que nos sigue. Quizá descubramos que morir no es algo tan temible. Que desde luego puede

ser un tesoro que vale la pena transmitir. Quizá descubramos que la muerte es algo que vale la pena abrazar.

Mientras que antes había creído que el compromiso podía ayudar a cambiarlo prácticamente todo en positivo (y sigo creyéndolo, hasta cierto punto), ahora sentía que la conciencia podía cambiarlo todo en positivo.

Mi esposa estaba más acostumbrada a la muerte que yo. Al principio de nuestro matrimonio había trabajado en un hospital de la zona de la Bahía y había presenciado cómo muchas personas morían a causa del sida antes de que nadie supiera exactamente lo que era el sida. Las acompañaba mientras morían. Vio cómo personas que estaban enfermas con frecuencia perdían la voluntad de vivir bien antes de que sus cuerpos empezaran a decaer. Seguían vivos, pero estaban muertos. Era una experiencia desgarradora y muy aleccionadora. Muy pronto empezó a interesarse por las preguntas más importantes sobre la muerte y el hecho de morir.

Me sentía extremadamente afortunado por tener a Corinne a mi lado; siempre había sido así, pero ahora lo era en especial. Iba a estar a mi lado. Era mi compañera, mi amiga y mi confidente, la primera y la última.

Pero también iba a ser mi *sherpa* (como me gustaba llamarla), mi guía espiritual para conducirme de este mundo al siguiente. A lo largo de nuestra vida juntos, su fe inmovible me había proporcionado el valor que necesitaba para llegar adonde necesitaba ir. El poco o mucho equilibrio que había disfrutado en mi vida adulta se lo debía a ella, a su participación y a su sabiduría. Ella iba a ser la última persona que tocara físicamente cuando abandonara este mundo.

Para ayudarme en mi lucha para estar en el presente, me sugirió que «centrase» mi conciencia: una habilidad que podía ayudarme a llegar allí. Corinne había practicado la meditación además de estudiar Ciencias Cognitivas y Psicología en Berkeley y Columbia. Había estudiado y parecía que tenía intuición sobre cómo funcionaba la mente en muchos niveles.

«Cierra los ojos –indicaba–. Concéntrate en la glándula pineal, en el centro de tu cabeza, entre tus orejas, detrás del puente de la nariz.»

Aunque pueda parecer desconcertante –incluso gracioso– para alguien como yo, había practicado la meditación trascendental a mediados de la década de 1970 cuando

estudiaba en la Stanford Business School [Escuela de Posgrado de negocios de Stanford] y conocí a Corinne. Una vez llegó a mi apartamento y me encontró en medio de la meditación. Aunque más tarde llegó a comprender sus beneficios y era mucho mejor practicándola que yo, mientras me contemplaba aquella tarde emitiendo un murmullo en el sofá, según me confesó más tarde, se preguntó seriamente si yo valía la pena.

Ahora, sentado en el sofá alquilado de la sala de estar con la que no estaba familiarizado en nuestro nuevo apartamento (nuestros muebles no iban a llegar hasta unas semanas más tarde), estaba haciendo lo que me pedía mi esposa.

Cerré los ojos. Creía que probablemente sería bueno con este ejercicio porque cerraba con frecuencia los ojos para evitar ataques focales en mi corteza visual.

Imaginé el lugar exacto en el centro de mi cabeza.

Y me dejé ir.

O lo intenté.

Mi conciencia no estaba en absoluto «centrada». En lugar de eso, en el ojo de mi mente, mi conciencia parecía alojada justo detrás de la frente, una señal que en última instancia no me había dejado ir.

«No funciona», le dije a Corinne, tras un par de minutos perdidos.

A lo largo de los días siguientes, lo intenté en muchas ocasiones. Según Corinne, algunos monjes imaginan la figura de un ocho tumbado —el símbolo del infinito— que da vueltas en el centro de su cabeza para ayudarse a centrarse.

Tampoco. Fracasé todas las veces. No podía llegar hasta el centro de mi cabeza. Ni siquiera acercarme.

Si iba a aprender a vivir en el presente, si iba a aprender a centrar mi conciencia, tendría que conseguirlo con algún otro método. Un truco, quizá. No iba a ser fácil.

Pero eso estaba bien. Estaba acostumbrado al trabajo duro. Disfrutaba con él, siempre lo había hecho. Era optimista en que lo conseguiría. Estaba convencido de que todos nosotros tenemos la capacidad innata de ser conscientes. (¿Cómo no íbamos a serlo? ¿No somos, en principio y en definitiva, seres conscientes?) Sabía que, como en otras muchas cosas que había hecho en mi vida, la práctica iba a hacer que mejorase en ello. Creía que la conciencia es como un músculo, que se haría más fuerte a medida que se ejercitase.

Pero antes de lograr el éxito, posiblemente primero tenía que dejar de lado mis antiguas costumbres. Cuando era un niño, si algo me disgustaba en la escuela, llegaba a casa, dejaba de golpe los libros en la mesa, gritaba durante un rato y mi madre simplemente me escuchaba. Al cabo de un rato, dejaba de quejarme y me iba a hacer los deberes y a seguir con las actividades del día. Mi madre era brillante y tenía intuición, la intuición de una madre; mientras gritaba mis quejas, sencillamente escuchaba, casi sin decir nada, porque comprendía de manera innata que necesitaba realizar la transición desde un estado de ánimo antes de alcanzar el siguiente.

Aún no me había alejado de mi vida anterior.

Seguía luchado. Deseaba con desesperación encontrar una manera de estar más presente en el momento. Sabía que tenía en mí la conciencia verdadera. Y sentía que tenía el corazón en el sitio correcto.

Eso no quería decir que pudiese lograrlo antes de que sonasen las doce campanadas.

La buena despedida

«–Nunca es bueno obsesionarse con las despedidas –dijo ella–. Con esto no se prolonga el momento de estar juntos, sino la separación.»

ELIZABETH ASQUITH BIBESCO,
The Fir and the Palm

Mi lucha por estar en el presente no consumía todas mis fuerzas. (Quizá por eso era una lucha.) Tenía que lograr otros objetivos mientras fuera capaz. El más importante entre ellos era despedirme.

Hacía unos trece años, alrededor del primer cumpleaños de mi hija Gina, mi padre se estaba muriendo de cáncer de pulmón. Volé de California a Florida para verlo por lo que resultó ser la última vez. Solo tenía 63 años, pero había acabado por aceptar lo que le estaba ocurriendo. (En realidad me parece mal decirlo de esta manera, como si hubiera alguna edad en la que alguien tendría y debería obviamente aceptar su muerte inminente. Estoy seguro de que hay personas de 88 años y de 103 años que no aceptan lo que les está ocurriendo y no lo aceptarán nunca. También están en su derecho.)

No recuerdo que mi padre me transmitiera ninguna sabiduría formal en esos últimos días que compartimos, sobre la muerte o la vida o cualquier otra cosa. No hablamos de Dios. No me pidió que hiciera ninguna promesa en su lecho de muerte, ni para que cambiase mis costumbres ni para que siguiera haciendo lo que siempre había hecho. Mi padre era un individuo muy reservado. Recuerdo que me pareció que su aceptación, o su apariencia de aceptación, de la muerte hacía que fuera un poco más fácil para mí.

Una de mis tareas antes de morir era «desembrollar» o cerrar –o, como lo veía yo, *resolver hermosamente*– mis relaciones personales. Pero ¿por qué quería hacerlo? ¿Por qué querría nadie cortar en parte de manera simbólica, en parte de manera literal con todas las personas que había querido y amado? Muy pronto descubrí que no todo el mundo con quien intenté este cierre comprendió por qué lo estaba haciendo, o estuvo de

acuerdo en cómo lo estaba haciendo. Pero en cuanto inicié el proceso, sentí que era lo correcto. Y me hizo pensar que otras personas, en especial aquellas a las que les quedan más de tres meses (por ejemplo, muchas décadas), pueden beneficiarse del enfoque personal que adopté, o al menos pueden modificarlo para apropiarse de él.

Las cuatro razones para hacerlo fueron:

- Creía que, para mí mismo y para las personas de las que quería despedirme, aportaría más placer que tristeza (y, créanme, me di cuenta de la gran cantidad de tristeza implicada en el proceso).
- Iba a ocuparme de una manera importante al obligarme a pensar en profundidad acerca de cosas sobre las que tenía la impresión de que debía reflexionar, cosas sobre las que la mayoría de las personas deberían pensar.
- Por temperamento y por formación estaba condicionado para cerrar los temas.

Y por último, y desde luego no lo menos importante:

- Podía hacerlo.

Empecemos con la primera razón: «Aportaría más placer que tristeza para mí y para las personas de las que quería despedirme».

En realidad, esta afirmación tiene dos partes. En primer lugar, ¿cómo *me* iba a proporcionar un gran placer? Sencillo. Cuando elaboré la lista de personas con las que tenía intención de ponerme en contacto para establecer un último encuentro, me detuve en cada nombre y recordé con todos los detalles posibles todos los momentos que habíamos disfrutado juntos. Cómo nos conocimos. Qué hizo que nos convirtiéramos en amigos. La cualidad que apreciaba especialmente en él o ella. Las lecciones que había aprendido al conocerlo. Los aspectos en los que su amistad me había convertido en una mejor persona.

En resumen, el ejercicio me obligó a hacer lo que las personas sabias nos aconsejan que hagamos de vez en cuando, es decir, pararnos y levantar la vista lo suficiente para pensar en las personas que queremos y por qué las queremos, y encontrarnos con ellas y decirles *explícitamente* cómo nos sentimos, porque quién sabe cuándo desaparecerá para siempre esa oportunidad. (Pero eso se refiere a mi último punto y no quiero adelantarme.)

Las despedidas también me hacían sentir bien porque me permitían recordar las vidas de todas las personas que *yo* había tocado, aunque fuera de pasada. Aunque la cantidad no era la finalidad, quedé sorprendido por el número de personas que me vinieron a la memoria y si intenta este ejercicio, también quedará sorprendido por su amplio círculo de amistades. Me sentí tremendamente complacido por este gran volumen.

La segunda parte del primer punto: ¿cómo iba a provocar realmente más placer que tristeza, o placer en absoluto, a la otra persona? ¿No estaba obligándola a enfrentarse a algo triste? ¿No le estaba pidiendo que hiciera algo de lo que quizá no quería formar parte? (Y en realidad no se lo estaba pidiendo, sino prácticamente ordenando, porque, al fin y al cabo, era yo el tipo que se estaba muriendo.) ¿No querrían unos pocos integrantes de mi lista de despedida tener muy poco que ver conmigo, o, sino técnicamente conmigo, con la mortalidad que yo representaba?

Al final resultó que... no.

Por muy triste y a veces conmovedor que resultase para algunas personas (hablaré de ellas dentro de un instante) escribirme por última vez, o disfrutar conmigo de una última comida, o acompañarme por última vez en un paseo por el parque (que, como vale la pena señalar, a veces no solo era la última vez que íbamos a pasear juntos de una manera tan relajada, sino también la *primera* vez que lo hacíamos), muy pronto pude ver y escuchar lo agradecidas que estaban por tener esta oportunidad, este tiempo especial reservado solo para los dos, exclusivamente para honrar el lazo único que existía entre ambos y con nadie más. Debido a la gravedad de la situación, mis amigos, colegas y conocidos estaban obligados a detenerse y recordar lo que yo había significado para ellos y ellos para mí. Se sentían conmovidos (a veces sobrecogidos) al saber lo mucho que habían significado para mí. Les di las gracias por haber formado parte de mi vida, por compartir conmigo su bondad y sus talentos. En estas despedidas quería hacer algo especial por ellos, para compensar lo que ellos y yo no podríamos hacer porque yo no iba a estar. Quería que tuvieran algo de mí que les aportara un poco de placer, ahora y quizá más tarde. Por ejemplo, si había sido un mentor para ellos, quería hacer algo que los hiciera sentir que seguían teniendo mi guía. Aunque quería que en estas despedidas nos concentrásemos lo mejor que pudiéramos en los recuerdos agradables y no en los malos momentos, normalmente no tenía que decir nada; lo sabían instintivamente, como creo que todo el mundo lo sabe. Nunca les resultó difícil hacerlo. El optimista que llevo dentro me hacía pensar que lo placentero y constructivo en nuestra relación quería

vencer a lo que era triste y abrupto en su conclusión. A pesar de todas las lágrimas y palabras contenidas y sombras ominosas de despedida definitiva que amenazaban con ensombrecer nuestros encuentros, el resultado mucho más habitual de estas despedidas eran sonrisas y risas. Si lo hacíamos cara a cara, lo veía en sus ojos. Si era por teléfono, podía escucharlo en sus voces. Si era por carta o por correo electrónico, podía leerlo en sus palabras. Mientras la despedida se realizase de una manera positiva, con frecuencia proporcionó un gran consuelo a ambas partes.

Mi siguiente razón para querer despedirme de todas mis relaciones, «porque me obligaba a pensar en profundidad sobre cosas sobre las que tenía la impresión de que debía reflexionar», resulta bastante obvia. Estas despedidas no solo me espolearon a recuperar recuerdos felices, sino que me mantuvieron concentrado en la vida y no en la muerte. Mantuvieron mi atención en mis múltiples conexiones con personas y no en mi soledad en el mundo. Me mantuvieron centrado en las conexiones, en un período que –ya sea una persona de fe como yo, o no– es un bálsamo. Aunque quiero creer que no soy alguien inclinado a las trivialidades, este mecanismo autoimpuesto para centrarme en estos encuentros importantes, en estas despedidas, garantizaba que casi siempre estaba pensando en lo que tenía importancia.

Tercera razón: «lo hice porque creo en los finales».

Probablemente no necesito explicarla; un tipo que elabora una lista de tareas pendientes dos días después de que le digan que le quedan tres meses de vida es claramente alguien a quien le gusta y necesita dejar atadas las cosas. Como director general, siempre había tenido la sensación de que *nada* podía ser realmente efectivo –y con frecuencia ni siquiera existir– sin que se hubieran establecido sus límites, se hubieran fijado los objetivos y fuera evidente el resultado final. Al fin y al cabo, mis relaciones personales iban a terminarse en cualquier caso con mi muerte, así que ¿por qué no hacerlo de una manera en la que yo recibiera algo? Sí, me doy cuenta de que eso suena como si estuviese hablando un hombre de negocios y que la vida suele ser más caótica que los negocios. Pero quizá no lo es tanto como se suele pensar. ¿Podría haber dirigido bien mi negocio sin cerrar todo tipo de transacciones: una cuenta, un proyecto, un año fiscal? Por supuesto que no. Y con cada cierre llegaba la satisfacción. *Demuestra* que había ocurrido algo que valía la pena. Finalmente, era algo que podía

asumir y comprender, disfrutar y apreciar, y de lo que podía aprender. Si se cambiasen las reglas del béisbol de manera que el partido no *tuviera* que acabar después de nueve entradas (con un equipo en posesión de más carreras), el juego sería de repente mucho menos interesante. Solo porque el partido de béisbol que era mi vida se terminase después de seis entradas, y no las nueve reglamentarias, no podía pretender que no se estaba acabando.

Sin un cierre, era posible que algunas (no todas, sino algunas) de mis relaciones más importantes nunca fueran reconocidas y comprendidas en su más amplia expresión, ni por mí ni por la otra persona. Eso sería una pérdida para ambos.

En cuanto a mi cuarta y última razón: «Me despedía de la vida porque... podía».

Cuando dije en la primera frase de este libro que recibí una bendición cuando me informaron de que solo me quedaban meses de vida, no podía decirlo más en serio. Por muy trágica que pudiera parecer mi situación, aún podía hacer, como un gesto final, lo que no pueden muchas personas: despedirme de todas las relaciones que significaban algo para mí. No todas las personas a las que las espera una muerte inminente disfrutaban del resto de mis circunstancias (en plena madurez, sin dolor físico, casi siempre mentalmente despierto, rodeado de los seres queridos); en realidad, me aventuro a decir que relativamente pocas personas disfrutaban de ellas. Muchos de los que podrían sentirse inclinados a despedirse de sus relaciones de una manera parecida a la que yo tenía planeada probablemente han esperado demasiado y han perdido la ocasión. Muchos otros ni siquiera habrán pensado en ello y por eso no saben el placer y las experiencias que se han perdido (que yo solo descubrí al hacerlo).

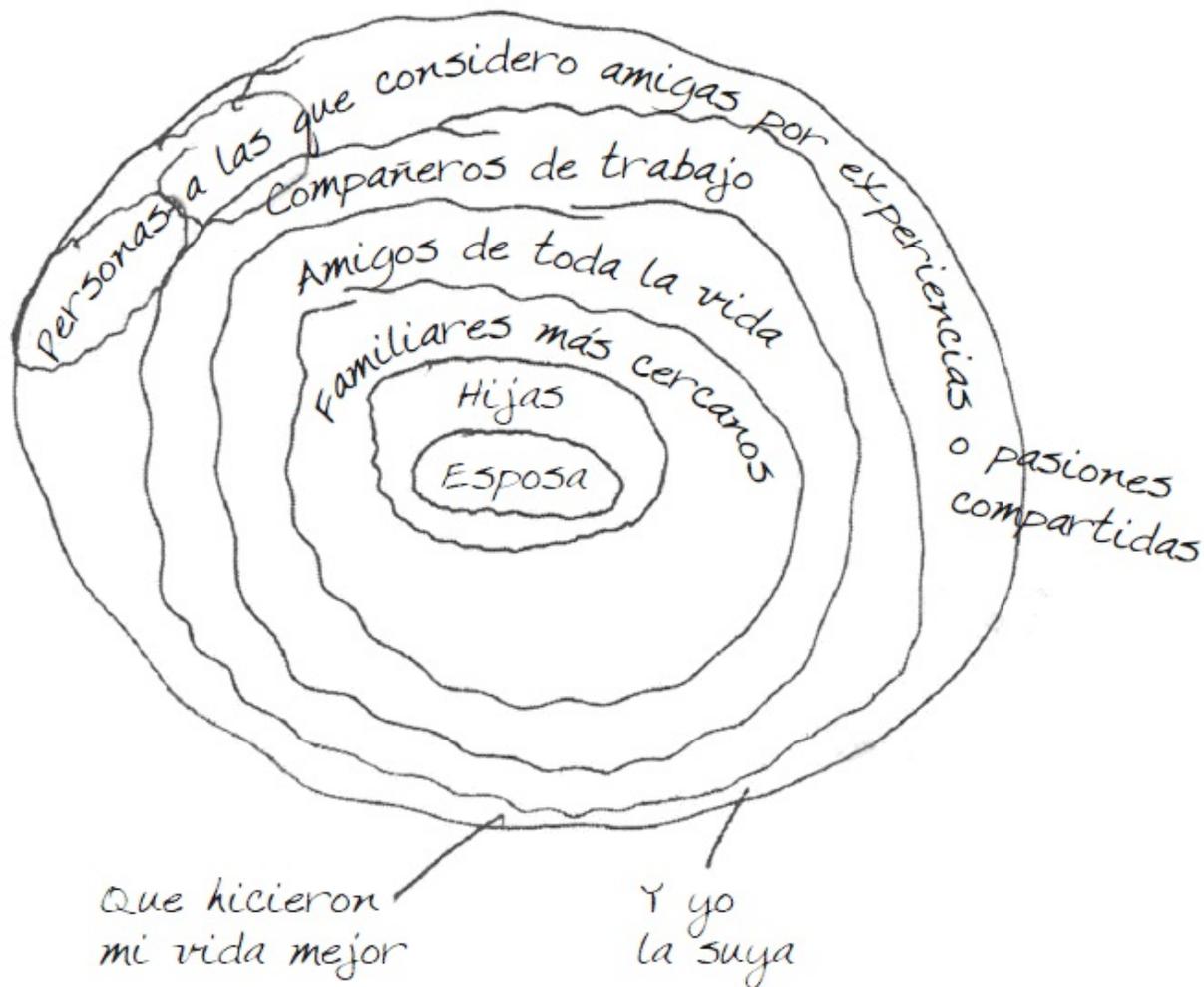
Una de las grandes suertes de mi vida, de mi próspera vida estadounidense –y no voy a disculparme si suena sentimental o patriótico–, era que podía experimentar una alegría real en mis últimos días, al igual que había disfrutado de la alegría durante mi vida. Lo hice sencillamente porque se me otorgó el don de ser capaz de despedirme de mis relaciones.

De acuerdo, me doy cuenta de que había una razón más, quizá la más importante.

Estas despedidas me permitían encontrar un equilibrio en cada relación. Esto no quiere decir que llevara la cuenta de los gestos o los actos amables, míos o de los demás. Pero antes de abandonar este mundo necesitaba encontrar el equilibrio (si no podía

encontrarlo, podía crearlo) porque no estaba seguro de que hubiera vivido una vida demasiado equilibrada, al menos en gran parte de los últimos años. Estas despedidas podían ayudarme a quedar en paz conmigo mismo.

Una noche, unos pocos días después de que se confirmase el diagnóstico, me senté a la mesa del comedor y dibujé este diagrama en un bloc de notas.



Mi plan era empezar desde el exterior y avanzar hacia el centro. Al fin y al cabo, no puedes despedirte en primer lugar de tus relaciones más importantes y después esperar con ellos las horas finales mientras te despidas de relaciones mucho menos significativas, como conocidos y antiguos compañeros de habitación en la universidad;

eso no tiene sentido. Además, cuanto más cerca estuviera de morir, más tiempo sin interrupciones querría pasar con mi familia inmediata. Así que pensé mucho en el orden.

Pero en este caso también se podría defender el sentido contrario. Porque si alguien se está apagando (como yo, al igual que la mayoría de las personas con una sentencia de muerte), entonces no resulta ilógico preguntarse si no se debería dar prioridad a las despedidas más importantes y dedicarles las mejores energías. Y solo *entonces*, si es que queda algo y aún te sientes impulsado a ello, despedirte de tus relaciones menos íntimas. Y suponiendo que tuviera menos tiempo del que creía (¿a quién iba a engañar? Se trataba de una posibilidad muy real, quedasen o no tareas por cumplir) y hubiera gastado unos días y una energía preciosos despidiéndome de relaciones que eran para mí mucho menos significativas que las situadas en los círculos más cercanos... ¿entonces qué?

Pero tenía que elegir. Y regresé al diagrama como lo había dibujado aquella velada. No tengo que decir que la despedida de mis hijas y de mi esposa iba a ser la más difícil y me parecía lo más correcto que fuera la última.

La decisión siguiente fue conseguir que estas despedidas fueran todo lo especial que pudiera. No podían ser simplemente el último de una serie de encuentros. Debía haber algo en cada uno de ellos que lo hiciera destacar, que compensase la triste premisa que se encontraba justo bajo la superficie. Iba a asegurarme de que la puesta en escena de nuestro último encuentro estuviera llena de placer y de placeres. Habría buena comida y buen vino. O escogería un lugar hermoso para sentarnos, junto al río o contemplando flores. O elegiría algo apropiado para mi compañero, algo que proporcionara a la despedida el *tema* apropiado. Por ejemplo, cuando me despedí de Scott, el hijo de un buen amigo y un chico maravilloso con el que había asistido a un puñado de partidos de los Cuarenta y Nueves de San Francisco cuando vivía en la zona de la Bahía, mantuvimos una correspondencia por correo electrónico enviándonos recuerdos adorables (incluidas las veces que habíamos revendido las entradas). Una vez terminado, en un gesto final hacia Scott, entré en eBay, compré una postal de Joe Montana en su época de novato y se la envié por correo.

No quería sentir, o dejar que la otra persona sintiera, que estaba haciendo todo esto para cerrar el libro con ella. Quería que sintiera que se trataba de un capítulo que no podía esperarse, rico e inolvidable.

Despedirme del más externo de los cinco círculos parecía que era un gran regalo.

Este círculo estaba formado por compañeros de clase, conocidos, colegas de muchos años atrás, vecinos, buenas personas de clubes y organizaciones que formaron parte de mi vida, que habían enriquecido mi vida simplemente estando allí y cuyas vidas creía que había mejorado al compartir experiencias o pasiones conmigo: escuela de negocios, amor por el vino, labores de beneficencia, los Cuarenta y Nueves, etcétera, cuando me puse a hacer una lista de todas las personas que se merecían estar en este círculo, quedé sorprendido al ver que casi sumaban un millar, ¡1.000! En realidad, mi puesto de liderazgo, en especial en la última década de mi vida, me había puesto en contacto con muchas más personas que si hubiera sido una persona normal. Aun así, me demostró que tocamos la vida de muchas más personas de las que nos damos cuenta, en particular cuando no mantenemos una contabilidad metódica de ello, sino que solo tenemos un recuento vago y ocasional en la cabeza. Resultaba sorprendente –incluso desconcertante e incluso también trágico– que a medida que avanzamos por la vida podamos olvidar gradualmente a tantas personas que nos han aportado experiencias y alegrías pequeñas, pero maravillosas. Y también resultaba triste que a causa de nuestro olvido, descuido o incapacidad de detenernos ni siquiera por un instante no les hubiéramos dado las gracias a estas personas por lo que hicieron.

Un número increíble, un millar. Fui capaz de recuperar tantos recuerdos agradables, recuerdos en los que no había pensado durante años y en los que, si no hubiera recibido el diagnóstico de un tumor cerebral inoperable, podría no haber pensado nunca más, excepto por alguna vinculación ocasional surgida al azar. Estaba sorprendido de lo realmente plena y completa que había sido mi vida.

Puede parecer un lujo gastar algo más de tiempo en este círculo, pero fue muy gratificante. Me alegré de la oportunidad de contactar con ellos.

Estimado Martin:

... disfruté en especial del partido de golf que jugamos bajo la lluvia en Escocia.

Estimado Steve:

... La cena que tuvimos en L'Impero fue muy especial y acompañó magníficamente la conversación.

Estimados Richard y Elaine:

... Hemos tenido la buena suerte de compartir algunos recuerdos importantes, en especial esquiando el año pasado en Aspen.

Aun así, me estaba muriendo. Por eso y por la cantidad increíblemente grande de personas en este círculo exterior, no pude «cerrar» todas estas relaciones. De todos aquellos con los que me puse en contacto –quizá la mitad, quizá menos que eso– me despedí (por necesidad) casi exclusivamente a través del correo electrónico. De algunos de ellos lo hice por teléfono.

En cada caso expresé mi aprecio y gratitud. E intenté concentrarme en algo especialmente significativo de nuestra relación. Intenté convertir la ocasión en lo que había llegado a pensar como un momento perfecto.

¿Qué era un momento perfecto? Normalmente era una sorpresa, aunque a veces podía ver cómo se iba desarrollando. A veces podía dirigirlo, creando las circunstancias que permitirían que ocurriera, pero sus mejores detalles seguían siendo un misterio hasta que ocurrían. Un momento perfecto era un pequeño regalo de un instante o de una hora o de una tarde. Su duración real no era importante. Lo importante era que debía estar abierto a un momento perfecto. La máquina de la radiación se avería; pasa una hora, una hora de la que difícilmente puedes prescindir, pero entonces aceptas que las máquinas se averían. No te sientes frustrado. Recuerdas que es un desperdicio de energía. En su lugar te concentras en algo agradable. El ritmo de tu respiración. Los detalles del rostro de la persona que tienes sentada delante de ti. El hermoso poema que ha escrito tu hija con el título «El temor del viajero». El color del cielo que se ve por la ventana.

O paseas con tu esposa por el embarcadero de Central Park: eso ya es un momento perfecto, un día hermoso. En realidad, es un día tan hermoso que es imposible conseguir una mesa en el restaurante del embarcadero y normalmente ni siquiera te molestarías en preguntarlo. Pero eso era antes de que estuvieras abierto a todo tipo de momentos. Así que preguntas. Por alguna razón, ha quedado libre una mesa. Te sientas. Las casualidades con las que se va desarrollando el día lo hacen perfecto. Pero entonces, a media comida, empieza a llover: una tormenta, lluvia torrencial, lluvia épica. Normalmente consideras que la lluvia es un inconveniente. Algo que debe evitarse. Pero ahora la contemplas como el regalo de la lluvia, como el placer de la lluvia.

Me di cuenta de que mi disposición a recibir los momentos perfectos podía haber sido mi propio camino para alcanzar la conciencia plena, para estar en el momento presente.

Y no lo había visto.

Lo que en sí mismo era perfecto.

Mientras me despedía de mis relaciones, también intentaba convertir eso en momentos perfectos, o al menos lo disponía todo para que pudiera ocurrir un momento perfecto. Llamé a algunas personas, les expliqué mi situación y, como era de esperar, se sintieron anonadadas y tristes. Pero entonces les expliqué que tenía la esperanza de que pudiéramos reservar un tiempo para hablar sobre nuestra amistad, en el que quería expresarles lo mucho que habían significado para mí. La mayoría de las conversaciones de despedida resultaron ser tremendas calles de doble dirección, tanto por lo que llevamos a ellas como por lo que sacamos de ellas. (Estoy seguro de que mucha gente piensa que todo esto suena increíblemente unidireccional, en *mi* dirección.) Hubo conversaciones apasionantes sobre cuestiones del pasado, en su mayoría cosas buenas, y fueron conversaciones que no habíamos mantenido nunca entre nosotros. Sentía –y creo que la mayoría de las personas sentía lo mismo– que estas despedidas ofrecían la oportunidad de crear algo especial en el presente, algo que no había existido antes. No había nada manido en lo que estábamos haciendo. Es posible que utilice la palabra *cerrar* para definir estas experiencias, pero en su mayor parte fueron muy abiertas. Puedo usar la palabra *despedida*, que implica una pérdida, una separación, pero con frecuencia estas conversaciones y experiencias me unieron más con la otra persona, en especial con las pertenecientes al círculo más externo, sintiéndonos mucho más cercanos de lo que lo habíamos estado durante mucho tiempo. Quizá más que en ningún otro momento.

Tomemos, por ejemplo, a mi compañero de cuarto en la universidad, Doug, que se había convertido en periodista. Ahora hablábamos quizás una vez al año, pero compartíamos una historia y siempre habíamos disfrutado de la compañía del otro, y nos sentíamos intrigados por lo que hacía el otro. Le escribí una nota.

Doug:

Como probablemente habrás oído, me está fallando la salud a medida que lucho contra la fase avanzada de mi tumor.

Quería escribirte para decirte lo mucho que ha significado tu amistad a lo largo de los años desde Penn State.

Los mejores deseos para tu vida.

Dios te bendiga,

Gene

Había planeado que le siguiera una llamada telefónica, para profundizar en mi gratitud, pero antes quería pensar en todos los buenos recuerdos que compartíamos. El verano de nuestro primer año en la universidad, cuando ambos cumplimos servicio como oficiales de complemento en el USS Wasp, un portaaviones de la Segunda Guerra Mundial, siguiendo submarinos rusos por todo el Atlántico. Cómo jugábamos a cartas continuamente contra aquel par de muchachos de Miami de Ohio. Cómo nos servían cuatro comidas al día y trabajábamos en la cubierta de vuelo y en la sala de calderas, y todo el calor que podía acumularse allí.

Doug se adelantó en la llamada. No, no sabía nada y estaba completamente aturdido al enterarse, pero tuvimos una buena conversación. Hablamos un poco del pasado. En cierto momento, me recordó que había sido el primero de nuestro grupo en alcanzar una serie de metas –casarse, ser padre– y ahora iba a ser el primer en ir a la otra vida. Me dijo que él y los demás chicos se reunirían conmigo más tarde.

Hacia el final de la conversación, le dije a Doug que apreciaba mucho lo que había aportado a mi vida. Él hizo lo mismo. No estaba a punto de llorar y me pareció que él tampoco.

–Así son las cosas –le dije.

No hubo fuegos artificiales en nuestra conversación. Ni sorprendentes pasteles de chocolate ni vistas sobre el Gran Cañón. Pero, aun así, la sentí como un momento perfecto.

Al final, Doug dijo «Adiós». No «Buena suerte» ni «Mantén la fe». Ni quejas ni negaciones. Solo adiós. Se lo agradecí.

Teniendo en cuenta mi obsesión por los detalles y mi natural meticulosidad, me recordé lo fácil que resultaría pasar un montón de tiempo con el círculo exterior, lo que iría en última instancia en detrimento de los círculos interiores. Reflexioné sobre cómo en mi vida anterior posiblemente había pasado de manera inconsciente más tiempo en el círculo más externo. En el trabajo, con una exigencia constante sobre mi tiempo, había caído en la costumbre de reunirme con ciertas personas, buenas personas, personas agradables, pero aun así personas del quinto círculo. ¿Era necesario desayunar con ellas cuatro veces al mes? Podría haber hecho mucho menos. Si de alguna manera me hubiera sentido inspirado a dibujar el mapa de círculos concéntricos en un período anterior de mi

vida, cuando creía que tenía por delante la eternidad, podría haber delimitado la importancia de ciertas personas y lo menos importantes que eran otras, y quizás habría podido guiarme en cómo disponía mi tiempo (o mi energía). Quizá podría haber encontrado tiempo, en la última década, para almorzar con mi esposa en un día laboral más de... dos veces. ¿Dónde había encontrado el impulso para presionar con tanta fuerza para que nuestra empresa reelaborase su cultura, animando a nuestros socios y empleados a vivir vidas más equilibradas, cuando la mía estaba totalmente desequilibrada?

Me di cuenta de que no debía sentirme orgulloso de poder reunir un millar de personas en ese quinto círculo. Se trataba de algo para preocuparse. Por favor, no me malinterpreten: el quinto círculo está muy bien. Las personas que lo ocupan valen la pena y pertenecen al primer círculo de otras personas. Simplemente se trata de personas con las que no debía haber consumido tanto tiempo y energía.

Pasé casi tres semanas en el quinto círculo antes de terminar con él.

Al retirar esta capa, así como las capas siguientes, estaba simplificando mi vida hasta avanzar hacia los círculos más internos. Pero tres semanas era mucho tiempo gastado en el quinto círculo para un hombre al que quizá le quedaban tres meses. En realidad, demasiado tiempo.

Había calculado mal. Esperaba que este error no me persiguiera.

Era el momento de seguir adelante, hacia dentro.

Sí, cuanto más pensaba en ello, más me daba cuenta de que al concentrarme en ser hiperconsciente, en aprender a cómo estar en el presente, ya había empezado a conseguirlo. Simplemente al descartar cosas y al disfrutar de lo que tenía delante. Quizá puede parecer que estaba un poco espeso al no haberlo comprendido desde un principio. Pero una vez más, tenía sentido que no lo comprendiera desde el principio.

En un momento perfecto el tiempo casi llegaba a detenerse. Un momento perfecto podía ser una intensa conversación telefónica de cinco minutos. Podía ser una comida tranquila de cuatro horas con buen vino y una gran conversación. Se podía concebir que pudiera seguir de manera ininterrumpida porque no estaba ligado al momento que habías creado, sino que se trataba de la atmósfera apropiada en la que podía florecer.

Cuanto más momentos perfectos experimentaba, más posibilidades acumulaba para un día perfecto, que no era más que la unión de momentos perfectos. En un mundo perfecto, un momento perfecto podría durar la extensión de toda una vigilia, o quizá más. Quizás el resto de la vida.

Estaba maravillado de cuántos momentos perfectos estaba disfrutando ahora. Mejoraba en su consecución. Era hermoso. Y aunque me gustaba el ajetreo de mi vida anterior, no podía dejar de pensar en lo raro que habían sido dichos momentos y en lo plenos que eran ahora. Por supuesto, habían existido momentos perfectos en mi pasado. El día que me casé con Corinne. El día que adopté a Marianne. El día del nacimiento de Gina. El día que me convertí en socio.

Pero casi todos estos momentos se veían venir. No se trataba de los momentos prosaicos que van formando la vida. Quizás otras personas aprecian la perfección de los pequeños momentos (estoy seguro de que muchas lo hacen), pero yo estaba demasiado atrapado en mi vida a gran velocidad y de alta presión para captar la sutileza que destilan. Les aseguro que eso es posible. Pero no se trataba de que esos momentos que experimentaba fueran pequeños, sino que me pillaban desprevenido. No les daba importancia. En mi vida anterior, aquella en la que no habría podido decir con seguridad el año en que iba a morir, esta belleza espontánea aparecía raramente. O supongo que estaba demasiado ocupado para percibirla.

Recuerdo un momento perfecto una vez en Escocia. Siempre me ha gustado jugar allí al golf. Unos campos de golf que te retan de una manera especial. Montículos que parecían tan ondulados como las olas. Vientos procedentes del mar. Duros como no los he sentido nunca. Luz del día hasta después de las diez. La historia y la tradición. Había algo mágico en los campos. De hecho, pensaba que se trataba de algo más que de una sensación, sino algo casi táctil, como si del suelo surgiera una energía.

Una vez, jugando en el Royal Dornoch, cerca de Inverness, sentí como una onda de choque que venía a través del suelo. Pude sentir realmente la energía que subía por mis brazos hasta llegar a las manos. No se trataba de un terremoto. Me sentí extremadamente consciente de algo. No puedo explicarlo de otra manera.

Más tarde descubrí que no iba muy desencaminado. Aparentemente, Gran Bretaña está atravesada por «líneas de energía»: venas en la Tierra que transportan energía

electromagnética o gravitatoria. Estas líneas de energía se reflejan en mapas y se pueden medir sus caudales. (Se parecen a los ríos subterráneos, pero estos llevan una corriente electromagnética; eso es lo que detectan los zahoríes.) A lo largo de Gran Bretaña, muchos templos, entre ellos Stonehenge, están contruidos encima de las líneas de energía más fuertes. (El concepto que hay detrás de estas líneas es una de las piedras angulares del arte chino del *feng shui*.) Se dice que algunas personas (no todas) son sensibles a la corriente. Parece que yo lo soy. También Corinne. Quizás eso es lo que hace mágicas dichas corrientes. Desde luego hizo que ese momento fuera mágico.

Ahora siento con frecuencia dicha conciencia aumentada. Algunas personas son especialmente sensibles a la luz, algunas al sonido, algunas a los olores, algunas a los niños o a los animales. Me sentía como si yo simplemente me estuviera volviendo sensible a la propia vida.

A medida que se desvanecían mis facultades (pensaba que lentamente, muy lentamente), mis frustraciones ocasionales se convirtieron en lo que creía que era una epifanía de negocios sobre la gran oportunidad perdida: los productos de consumo, decidí, debían ser mucho más sencillos. Mucho, mucho más sencillos. Demasiadas cosas metidas en un único aparato. Demasiados modos. Quería sencillez. No había esperado llegar a este convencimiento en un momento relativamente temprano de mi vida, cuando hacía solo unos meses me movía entre continentes y trabajaba noventa horas a la semana y de vez en cuando bajaba de los noventa golpes en un campo de golf... pero aquí estaba. Y me enfadaba cada vez más con el teléfono móvil, que hacía todo tipo de cosas que no necesitaba y cuyo funcionamiento ya no me resultaba nada intuitivo. El modo cámara frente al modo no cámara me confundía. No había comprado un teléfono para tener una cámara. Había comprado un teléfono para tener un teléfono. No necesitaba descargarme sonidos de llamada, juegos, acceso a internet. Lo que necesitaba era una agenda de marcaje rápido para todas aquellas personas a las que algún día podía necesitar en una emergencia: mis médicos y mi familia. Solo quería utilizar el teléfono para llamar a personas. ¿Era pedir demasiado? Los jóvenes podían dedicarse a las multitareas, pero yo no podía, ya no. Me preocupaba cada vez más pensar que los negocios estadounidenses se habían concentrado incesantemente en el mercado joven. Dadme algo sencillo, más simple. Y estaba seguro de que las personas maduras, los ancianos, los jubilados y las

personas enfermas de Estados Unidos también lo querían. Un teléfono móvil más sencillo. Un ordenador más sencillo. Una BlackBerry más sencilla. Tenía la sensación de que ahí había una oportunidad de mercado. Que alguien siga por ahí. Que adopte el «menos es más» para todos aquellos que necesitan sencillez.

¿Mi deterioro estaba empezando a afectarme el juicio? ¿Me estaba volviendo más sabio... o simplemente gruñón?

No lo sabía. Solo quería un móvil que fuera fácil de usar.

Uno sin una maldita cámara.

Recordaba un momento de mi pasado, un momento que no había previsto. También tuvo lugar en el campo de golf. Paseando por el sendero, junto al pequeño lago, en mi club favorito, el Olympic, a las afueras de San Francisco, un halcón se dejó caer en picado a unos pocos metros de mí, sacó un pez del agua y pasó volando por encima de mi cabeza, desapareciendo más allá de la copa de los árboles.

Un momento perfecto. Solo que en aquella época no lo entendí.

Transición

«¡La muerte no existe! Lo que nos lo parece es transición; esta vida de aliento mortal no es más que un suburbio de una vida en el Eliseo, cuyo portal se llama Muerte.»

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW

Finalmente había encontrado mi elemento.

El agua.

Una mañana, antes de las radiaciones, Corinne y yo fuimos a los Cloisters, el castillo-museo medieval en el Upper West Side de Manhattan. Siempre me había gustado ir allí por su linaje, por su rica historia. Nos sentamos en el patio rodeado de altas murallas al lado del jardín de hierbas. Decidí que intentaría de nuevo centrar mi conciencia.

Esta vez funcionó.

–Oh –exclamé–. El agua. Puedo hacerlo con el agua.

Había una gran fuente de piedra en el centro del patio. No solo me seducía con la vista –su fluidez, su color o ausencia de color, su movimiento trenzado–, sino también con el sonido. Quizás, incluso más. Entre los altos muros y en medio del patio cerrado, el sonido del agua fluyendo era especialmente sugerente. En ese preciso instante supe que había descubierto mi lugar.

Hasta entonces no había pensado demasiado en el agua. No ocupaba ningún puesto especial en mi vida, ni de niño ni de adulto. No era un nadador especialmente bueno. No sabía navegar. Mi suegro, un marinero serio, me invitó un día a su barco. Compré un equipo completo para el mal tiempo (íbamos a navegar por la bahía de San Francisco), y cuando llegó el momento, salté entusiasmado a bordo... y me pasé toda la excursión inclinado sobre la borda, vomitando o intentándolo. La primera vez que practiqué el esquí acuático me caí y no quise o no pude soltar la cuerda, aunque me estaba

arrastrando sobre el agua, dando saltos como una muñeca de trapo. Así que no era un gran aficionado al agua.

Pero aparentemente era mi medio. Contemplarla y escucharla me ayudó a calmar la mente, lo que ayudó a mi imaginación del momento presente o, para ser más preciso, mi mente calmada podía mover mis pensamientos hacia la siguiente fase, fuera cual fuese. Quizá por eso fue efectiva conmigo: porque el agua, con su fluidez y su ausencia de fricción, parecía en transición por *naturaleza*.

Cada día intentaba pasar media hora o más en un «estado alterado» de conciencia ampliada, apoyado en la visión y el sonido del agua, sin estar completamente en el mundo físico, pero tampoco totalmente fuera de él. Me sentía entre medias. En transición.

En primer lugar, contemplaba el agua. Después cerraba los ojos. Así escuchaba el agua. Me concentraba en el otro mundo. Experimentaba cómo era ese mundo.

Cuando iba a los Cloisters, tenía la sensación de que regresaba a un lugar conocido. Parecía como si lo hubieran hecho para mí. A veces encuentras lo que estabas buscando en lugares que no podrías haber imaginado.

En los días que no tenía suficiente energía para ir a los Cloisters, contemplaba el East River desde la sala de estar, donde, desgraciadamente, no tenía la ayuda del sonido del agua fluyendo. En los días que estaba lo suficientemente fuerte, estábamos en mi lugar especial en los Cloisters a las diez de la mañana. Cerraba los ojos y me relajaba. Me desprendía de cualquier lastre del que aún tuviera que desprenderme. Al principio podía permanecer en este estado «intermedio» durante treinta minutos. Más tarde, mi meditación se acercaba a la hora. (Aunque no era consciente del tiempo que me sumergía en ella: Corinne, que también meditaba mientras me encontraba en ese estado, me informaba más tarde.)

Cuando salía de él, los dos permanecíamos sentados y le describía la experiencia. Le contaba las conclusiones a las que había llegado sobre mi vida. O si el estado no había sido todo lo profundo que me hubiera gustado, hablaba sobre sus cualidades. Una vez le pregunté:

–¿Cómo sabes que te encuentras en el lugar correcto?

–Para mí es tener la sensación de que el corazón me va a estallar –respondió–. Como cuando estás increíblemente excitada o enamorada.

–Yo no lo siento así –reconocí.

Eso no quería decir que no fuera bueno para mí, porque lo era. Era un estado de paz completa. De verdadera tranquilidad. Me gustaba estar en ese lugar especial. Me sentía más despierto cuando salía de él.

A pesar de lo agradable que era dicho estado, nunca estuve más de una hora. Llegado un momento sabía que debía retirarme porque por muy cómodo que fuera ya había tenido suficiente. No estaba preparado para que me secuestraran los ángeles. Quería volver al mundo, hacer algo con Corinne, ver a Gina, hablar con Marianne, divertirme. Quería comer una comida espectacular, más de los alimentos increíblemente sabrosos y de los postres cargados de colesterol que había venido disfrutando desde que me diagnosticaron: filetes gruesos y jugosos, montones de helados, montones de galletas, un montón de mantequilla.

Aún no estaba muerto.

Un río conecta un lugar con otro. Sé que suena muy simplista. Pero un río no es nada si no es una conexión. Pero no es solo eso. Puede ser mucho más complejo que eso. Puede cambiar de curso.

Me gustaría poder explicar lo que quiero decir con esto. Pero no puedo.

Lo estuve planeando durante semanas.

El funeral tendría lugar en la iglesia episcopal de St. James, donde Corinne y yo habíamos ido a rezar. Mi féretro sería llevado por seis portadores que ya había elegido. Esperaba que para los que había escogido para que llevaran mi ataúd el hecho de ser elegido significara tanto como lo significaba para mí que hombres de semejante personalidad estuvieran encargados de esta responsabilidad.

Elegí al sacerdote que quería que pronunciase la homilía. Me gustaban los sermones que hasta entonces le había escuchado.

No quería música de órgano. Corinne sugirió arpa y flauta. Su sonido me gustaba. Gina había tocado la flauta desde primaria.

Entre los asistentes se encontrarían muchos familiares y amigos. Colegas de KPMG y otros de la comunidad de los negocios. Tim Flynn, mi buen amigo y sucesor, pronunciaría uno de los panegíricos. Tenía la esperanza de que Stan O'Neal pronunciara el otro. Quería pedirle que hablara no solo porque era un amigo querido y fiel, sino

porque, como consejero delegado de Merrill Lynch, podía hablar un poco de lo que el trabajo y la responsabilidad habían significado para mí.

Mi hermano pequeño William pronunciaría el panegírico final. Diría palabras que le salieran del corazón, por supuesto, pero también incluiría palabras que yo había escrito durante los meses anteriores y que le había enviado, palabras que solo debían pronunciarse después de que me hubiera ido, palabras dirigidas a Corinne, Marianne y Gina que quería que se dijeran delante de todo el mundo.

Realmente tenía la esperanza de que Gina escribiera un poema para el funeral. No podía imaginar que fuera capaz de leerlo. Quizá lo haría su hermana mayor. Pero puede que fuera a resultarle muy duro escribir semejante poema.

Les pedí a dos amigos íntimos que organizaran el velatorio irlandés que seguiría al funeral. Debía ser una celebración de la vida, de la alegría de reunirse todas las personas que me eran queridas. Una oportunidad para ellos de congregarse y retomar el contacto, compartir buenos recuerdos, comer bien y tener conciencia del hecho de que estaban todos juntos. En definitiva, que tuvieran una buena sensación sobre la vida.

Esperaba que el tiempo fuera agradable, sin la oleada de calor que había sufrido Nueva York durante la mayor parte del verano... pero, de nuevo, se trataba de algo sobre lo que no tenía ningún control. Pero si tenía suerte, habría un cielo azul despejado con un poco de brisa, un día perfecto en Nueva York. Por supuesto, no estaba seguro de que tuviera lugar durante los últimos días del verano, o si podría ocurrir en otoño. Cualquiera de las alternativas me parecía bien.

Iban a incinerarme. Aún no estaba seguro de lo que quería que hicieran con mis cenizas.

Sabía que estaban en marcha planes para celebrar una misa de difuntos en la zona de la Bahía poco después del funeral. Allí tenía muchos amigos y colegas de negocios desde mi estancia en la Stanford Business School [Escuela de Posgrado de Negocios de Stanford] y después mis muchos años en las oficinas de la empresa en San Francisco y Palo Alto. No quería que mis amigos de California se vieran obligados a atravesar volando el país para mi funeral. Durante mi despedida de una socia de KPMG –una pupila y, lo que era más importante, una amiga muy respetada por todo el mundo en la empresa– le pedí si me haría el favor de asistir *solo* al funeral de California, porque su ejemplo iba a tener una gran influencia, y otras personas de la zona de la Bahía no

sentirían la carga (y el gasto) de acudir a Nueva York para presentar sus últimos respetos.

Planearlo de esta manera era la mejor forma de estar presente. Sabía que sería perfecto. Como lo había sido nuestra boda. Como lo había sido la boda de Marianne.

Solo deseaba poder estar allí.

A veces tenía problemas para comunicarme verbalmente o para expresar mis emociones. Cuando llegaban esos momentos, parecía (según me decía más tarde Corinne) como si mi mente quedase ensombrecida.

Para mí, la mejor analogía que podía imaginar –la primera que me venía a la mente– tenía que ver, una vez más, con el golf y me hacía pensar que «perseguir la luz del día» era algo más que una frase bonita. Cuando pasaba por uno de estos episodios, sentía como si estuviera en el campo y supiera que la pelota estaba en algún sitio, pero no podía encontrarla.

¿Por qué la última parte de la vida *no* puede ser la mejor? Sí, vemos cómo padres y abuelos ancianos luchan con el dolor y las dificultades de la edad. Pero si se puede controlar el dolor físico, ¿quién puede decir que no puede ser la época espiritual e intelectualmente más rica de nuestra vida? ¿No es un arrogancia presumir que no puede serlo?

Una vez, mientras participaba en un torneo en el Monterey Peninsula Club, lancé un golpe de salida en un par cinco. Parecía un golpe muy bueno, pero desgraciadamente la pelota aterrizó sobre una zona fuera de los límites de la calle. Cuando intenté dar mi segundo golpe, no le di a la pelota. Un fallo garrafal. Quedé muy avergonzado. Por supuesto, el fallo contaba como un golpe. Mi tercer golpe no fue mucho mejor, ya que me dejó a unos 180 metros del *green*. Di mi cuarto golpe y finalmente conseguí llegar al *green*.

Cuando entré en el *green*, no pude encontrar mi pelota... ¿se había ido rodando? ¿La había enviado más lejos de lo que pensaba, hacia la arena que había en el extremo de aquella zona? Miré, miré y volví a mirar.

La pelota estaba en el hoyo.

Había hecho un *birdie* con cuatro golpes en un par cinco después de fallar uno de los golpes y dar otro que fue casi tan terrible como el fallo.

Creo que una sorpresa es en realidad algo inevitable que no estamos capacitados para predecir.

Cerrar mis relaciones con los asociados –amigos– de negocios más valiosos, en especial los que trabajaban en KPMG, fue especialmente satisfactorio. Habíamos compartido una misión similar (mejorar nuestras empresas), y aunque no iba a estar para verlo, mi despedida de cada uno de ellos confirmó lo que ya había podido sentir: que se completaría mi misión profesional. Que el futuro brillante para el que había trabajado tan duro iba a hacerse realidad. Sabía que me echarían en falta, pero no era insustituible. Me alegraba de que fuera así.

Les dije a cada uno de ellos lo mucho que había disfrutado trabajando con ellos y lo que me habían dado.

Intenté hacer algo especial con cada uno de ellos. Sentí mucho despedirme de una socia joven y con talento a la que había estado formando a lo largo de los años; iba a llegar lejos, y yo había sido para ella maestro y amigo. Durante la despedida le expliqué el regalo que le dejaba: me había puesto en contacto con un buen amigo, un ejecutivo muy respetado de más o menos mi edad, y le había pedido que estuviera disponible para ella como lo había estado yo (y lo habría seguido estando) hasta que llegase el momento en que ya no necesitase un mentor.

Para ser sincero, no estoy seguro de para quién significó más este gesto. Para ella o para mí.

Otra despedida con dos amigos íntimos de los negocios. Los máximos responsables, respectivamente, de las delegaciones de KPMG en Alemania y en el Reino Unido. Cena, buen vino, recuerdos compartidos. Lo pasamos en grande. Al final nos despedimos sabiendo que nunca más volveríamos a vernos.

Fui al Museo de Arte Contemporáneo con otro amigo íntimo, al que le gustaba y coleccionaba obras de arte.

Stan O’Neal, su esposa, Nancy, Corinne y yo compartimos una botella de vino y hablamos sobre los valores. Fue una despedida hermosa.

Uno de mis lugares preferidos para despedirme era Central Park. Pasear por el Ramble. Explicando los buenos recuerdos y reconociendo todo lo bueno en el otro.

Un amigo me dijo que quería que nos despidiéramos mientras íbamos por ahí en su Maserati nuevo.

Me sentía más sencillo, más tranquilo. Más centrado en el presente.

Pero eso no quiere decir que se deba ignorar por completo el futuro, en especial para alguien que vaya a tener mucho más que yo. Casi todas las metas *requieren* un futuro. Sin él, no podemos planear una ruta para su cumplimiento. Pero siento que con frecuencia nos aplasta el espectro del futuro, hasta el punto de que queda completamente excluida la posibilidad de apreciar de verdad y obtener el máximo del día, la hora o el momento que estamos viviendo.

Espero que mi búsqueda de la conciencia y del momento presente no le parezca egoísta, pero puede serlo. Hice lo que hice tanto por mis seres queridos como por mí mismo. Al menos eso es lo que pretendía. Mi hija Marianne y mi yerno William trabajan muy duro en sus empleos y en casa para dar a sus hijos la mejor vida posible; reconozco el compromiso y la integridad que ambos muestran en la construcción de un futuro sólido para sus hijos, mis nietos. Pero una vez más, como están dedicados a construir ese futuro, no pueden dedicar demasiado –tiempo o dinero– al presente. Una vez, cuando Corinne y yo los llevamos a cenar, Marianne llevaba un vestido maravilloso de color pastel que no había visto antes. Tenía un aspecto radiante.

–¿Cuándo lo llevaste por última vez? –le pregunté.

–Hace un año –respondió.

–¿Qué sentido tiene? –le pregunté–. Tienes un vestido muy hermoso. Debes encontrar más ocasiones para lucirlo.

Pero lo que a mí me parecía claro –que se tiene que disfrutar la vida de manera explícita y con la mayor frecuencia posible, *ahora mismo*– en realidad podría ser un poco más complicado para los que no tienen solo unos meses de vida. Se tiene que trabajar muy duro para construir un futuro. Se necesitan sacrificios. No obstante, es importante oler las rosas siempre que puedes, pero no puedes hacerlo en todos los momentos del día. No puedes. En mi nueva situación había llegado a comprender que cuando las cosas bullen alrededor, el pensamiento de una persona puede quedar

ensimismado y limitado. Pero debía reconocer que mi nueva situación podía hacer que sufriera de la misma tendencia. Estaba mirando las cosas a través de la lente de mi condición. La sabiduría no puede aplicarse siempre a todos los contextos.

Ya no estaba seguro de qué parte de mí era la inteligente. Quizá por primera vez me daba cuenta de que la consistencia, un rasgo que había estimado durante mucho tiempo, a veces no era una virtud. La espontaneidad estaba ganando terreno con rapidez.

Cuando llegas a este estado, por supuesto, al principio te rebelas. Al fin y al cabo, mira a lo que te enfrentas. Pero si ahora empiezas a vivir en el presente, no solo conseguirás disfrutarlo (lo que ya está muy bien), sino que también te preparas para el futuro, que algún día será tu presente y te mirará a la cara.

Si lo practicas, serás capaz de vivir allí. Tendrás ese músculo. Tendrás fuerzas.

Sentía el presente como un regalo. (Quizá debería decir que el presente era un regalo.) Viviéndolo ahora, quizá por primera vez, experimenté más momentos perfectos y días perfectos en dos semanas que en los últimos cinco años, o de los que probablemente habría experimentado en los próximos cinco años si mi vida hubiera seguido por el camino que llevaba antes del diagnóstico.

Mire su agenda. ¿Ve días perfectos en perspectiva? ¿O es posible que estén escondidos y deba encontrar una manera de liberarlos? Si le digo que su objetivo debe ser crear treinta días perfectos, ¿podría hacerlo? ¿Cuánto tardaría? ¿Treinta días? ¿Seis meses? ¿Diez años? ¿Nunca?

Tenía la sensación de que estaba viviendo una semana en un día, un mes en una semana, un año en un mes.

Creía que en estos casos existían pocas reservas de sencillez, pero aun así muchas personas se podían beneficiar de ella, ser transformadas por ella. Contemplando cómo algunas personas de mi entorno habían llevado su vida, lamentaba que no se hubieran visto bendecidos con este empuje vital. No tenían ninguna motivación real o una visión clara para detenerse ahora mismo en sus frenéticas actividades, para dar un paso atrás, para preguntarse qué estaban haciendo exactamente con sus vidas. Muchos de ellos tenían dinero; muchos de ellos tenían más dinero del que necesitaban. ¿Por qué tenían

tanto miedo de plantearse una pregunta muy sencilla: «¿Por qué hago lo que hago?»? Una parte de mí comprendía la clave de la cuestión, por supuesto. Una parte de mí comprendía que no pudieran parar, en especial si disfrutaban del éxito, porque si se detenían, dejarían de ser relevantes. Lo comprendía. Por completo.

Pero ser relevante no era relevante.

En algún momento –un momento que preferiblemente elija *usted*– llega el tiempo de la transición. De prepararse para la etapa final. Tenía muchos amigos de los que temía que ignorarían dicho momento durante demasiado tiempo, intentando seguir siendo relevantes durante demasiado tiempo, y por eso perderían para siempre la oportunidad de controlar dicha elección. «Envejecer es un dolor inevitable», decía Willie Mays al final de su carrera, después de un amargo último año en el que jugó como la sombra de la sombra de lo que había sido.

Seguro que ocurrirá. Seguro que será duro. Algunas personas ahí fuera –no las suficientes, pero sí algunas– comprenden que empiece a ahorrar dinero ahora para que este pueda crecer lo suficiente para cuando lo necesite más adelante a lo largo de su vida.

¿Por qué no va a empezar a hacer ahora mismo algo parecido con algo que es al menos tan importante como su dinero: su alma?

Y ¿dónde se encontraba el apoyo para este tipo de preparación? Existen todo tipo de medicamentos y aparatos médicos, y clínicas y residencias para prolongar la vida y hacer que sea lo mejor posible, pero ¿quién le ayuda realmente para prepararse para ello filosóficamente? ¿Quién le enseña cómo asumirlo? ¿Existe realmente alguien que lo haga? Y ¿que permanezca a su lado hasta el mismo final?

Yo fui afortunado de tener a Corinne a mi lado.

Cerrar las relaciones con amigos íntimos de toda la vida me permitió recorrer toda la escala de situaciones. Me di cuenta de que era más fácil cuando mis amigos satisfacían una o, lo más probable, dos de estas condiciones: una creencia en Dios o tener otro tipo de fundamento espiritual muy fuerte, y un matrimonio o una relación sentimental muy sólida.

Los que no llevaron bien nuestra despedida carecían de uno de estos dos aspectos. Y con frecuencia había una tercera razón: ellos también estaban sufriendo a causa de un

gran problema personal y les serví como un recordatorio inquietante de todo lo que les quedaba por delante. Mi partida iba a agrandar el agujero que ya había en sus vidas, y se sentían molestos con ello. Yo lo comprendía y tuve que preguntarme qué deseos debían prevalecer. ¿Los suyos o los míos? No lo sabía. Pero cerrar nuestra relación era difícil para ambos. Nuestra conversación no les proporcionó ningún placer ni una sensación de enriquecimiento, sino más bien de dolor y rabia. Por supuesto, yo no quería que ocurriese, pero no pudimos evitarlo. Tampoco creía que evitar la despedida fuera a ser útil y ni siquiera amable. No iba a conseguir que desapareciera su dolor.

Tenía mis reglas. Para cada despedida intenté establecer límites. Por ejemplo, insistí en que intentásemos permanecer en el momento presente. (Eso no quería decir que no pudiéramos recordar. Por supuesto que podíamos. Con frecuencia fue lo único que hicimos. Pero debía servir para revelar los aspectos positivos, la pasión, y no un ejercicio de qué hubiera pasado si.) Y dejé clara la posibilidad de repetir la experiencia: no iba a ocurrir. (Con mis círculos más internos, hubo algunas repeticiones, pero eso ya lo explicaré cuando toque.)

Hacia el final de algunas despedidas muy buenas con amigos que estaban en un mal lugar, o en un matrimonio roto, o que no creían en un ser divino o en un propósito trascendente, quisieron prolongar nuestro último encuentro. Querían que luchase con más fuerza contra mi enfermedad. Me dijeron que no me rindiese; creían que lo había hecho. En un par de casos, siguieron llamando después de la despedida. No querían que me fuera.

«Me gustaría que esto acabase aquí –les explicaba–. Lo he organizado específicamente para que pudiéramos despedirnos. Y lo hemos convertido en un momento perfecto. Tomemos eso y sigamos adelante. No vamos a fijar otro encuentro. No sirve de nada intentar mejorar un momento perfecto.»

No es una respuesta muy popular. Demasiado tajante. Quizás un poco fría. La otra persona solía ponerse sentimental. Pero ¿qué podía ocurrir si se producía un empate entre los dos? Creo que la bola acabaría cayendo del lado del moribundo. Tres años antes, cuando se estaba muriendo mi suegro, seguía diciendo que iba a mejorar. Recuerdo cómo quería despedirme de él de una manera definitiva, pero no quería mirarme a los ojos. Estaba tan conectado a la vida que era incapaz de aceptar el hecho de que en algún momento su vida iba a acabar... y aun así mi necesidad de dar por

finalizada nuestra relación no debería haber sido más importante que su deseo de seguir adelante, sin importar cómo decidiera hacerlo. Él era el moribundo.

Ahora yo era él. Yo era el hombre. Yo iba a fijar las reglas. En cuanto a las reglas para mí: cuando se acababa el encuentro reflexionaba sobre él durante un rato, quizás, a veces, durante las horas siguientes, pero después nunca más. (Más adelante, si alguien me planteaba una pregunta sobre la despedida, o sobre aquella persona, por supuesto contestaba, pero no volvía sobre ello por voluntad propia.)

Debía mantener los ojos en lo que tenía delante. El camino por recorrer era cada día más corto.

Y ¿aquellos de mis amigos que seguían conmovidos? Tendrían que superar su problema cuando me hubiera ido. Quizá la despedida era lo que necesitaban para que adquirieran la conciencia y la fuerza para hacerlo.

Aunque aún no había llegado el momento y es posible que me estuviera adelantando un poco –algo que había dejado de hacer casi por completo–, mi mente se perdía con frecuencia en mi despedida de Gina. Ella y yo pasábamos más tiempo juntos que nunca. Hacía poco que había cumplido los 14 años y, como todas las chicas de su edad, tenía días. Salíamos con frecuencia para tomar almuerzos deliciosos y nos gustaba compartir nuestras teorías sobre la religión y la eternidad, y cómo creíamos que funcionaba la mente. Pero ambos teníamos un temperamento vivo y obviamente nos sentíamos frustrados por lo que estaba ocurriendo. A veces parecía que no podría superarlo. A veces parecía que lo aceptaba. Yo sabía que aún se estaba formando como persona, pero era muy consciente de todo. Quería que comprendiese mi confianza en ella, el orgullo que sentía y mi profundo amor por ella.

Sin importar cómo creyese que iba a ser específicamente nuestra despedida, quería encontrar la mejor manera para un padre de conseguir que su hija lo vea por lo que es, en lugar de por el tiempo que ha permanecido con ella.

No sabía cómo iba a ser el otro mundo, por supuesto. Pero sentía que la transición hacia él iba a ser acuosa, como un río. Como he dicho antes, nunca había tenido ningún cariño especial por el agua; no era algo que estuviera en mí. ¿Contaba mi amor por el vino? El vino está lleno de sabor (el agua es el elemento de la vida), el vino tarda tiempo en madurar y envejecer (solo ahora, con 53 años, comprendía de verdad la atracción

universal del agua), el vino fluye a través de ti (el agua fluye sin cesar)... ¿podía establecerse con eso alguna analogía?

Pero mi atracción creciente por el agua en realidad era solo eso: una atracción, no una imagen. La Tierra, y encontrarme en el mundo terrenal, me proporcionaba una sensación única. Al igual que el agua. Entrar en mi estado alterado, ayudado por el agua, durante más o menos una hora cada día me hacía sentir diferente de cuando me encontraba en el mundo terrenal.

Marianne me compró una pequeña fuente de agua, de unos sesenta centímetros de largo por treinta de alto. Me encantó.

En consecuencia, ¿qué me esperaba, a mí o a cualquier otra persona, corriente abajo? ¿Cómo iba a ser la siguiente experiencia? ¿Iba a encontrarme, en alguna forma, a todos los que habían vivido alguna vez en la Tierra? ¿Iba a conocer a personas de la historia sobre las que había leído? ¿Seres queridos que ya se habían ido? Yo creía en un cielo, y también en un infierno. No pretendía conocer dónde se encontraba la frontera.

Sentía que el otro mundo estaba más allá de mi comprensión, al menos por ahora. Pero ¿el agua? Comprendía el agua. El agua era mi transición.

No, es no es cierto. Resulta impreciso decir que el agua era mi transición.

Yo estaba en transición.

Aún seguía viviendo en la Tierra; quería disfrutar de mi tiempo aquí; intentaba vivir momentos perfectos y días perfectos. Pero también tenía que prepararme. Cada día tenía que pasar un tiempo preparándome para eso. Tenía que situarme en mi espacio de meditación. Debía calmarme. Simplificar. Debía dedicarme realmente a prepararme para la siguiente aventura. Pero, en el mejor de los casos, seguía cabalgando. Sentía que lo más apropiado cuando trabajaba en ello era que mis ojos estuvieran medio cerrados: aún abiertos a la luz de este mundo, pero también parcialmente cerrados a ella. Iba con Corinne a mi patio y jardín amurallados en los Cloisters, a escuchar el sonido de la fuente. Si estaba demasiado cansado para ir hasta allí y debía hacerlo desde mi sala de estar, contemplando el East River, la experiencia empezaba como algo visual más que auditiva, pero aun así me llenaba por completo. Pensaba en cómo el río, el agua, era la conexión entre esta realidad y la siguiente.

«El agua fluye entre las dos.»

«El agua no tiene principio ni fin. El agua es continuidad. El agua es vida.»

Estaba muy lejos de «dominar» dicho estado. Mi objetivo era permanecer en él, pero algunas veces me interrumpían. Mi objetivo era existir completamente en ese estado, de manera que el futuro no existiera en mis pensamientos, pero no era siempre capaz de hacerlo. A veces empezaba a ver mi cerebro atacado por la radiación. O me arrastraba de vuelta la experiencia de vivir. Seguía siendo como todo el mundo. Tenía más éxito cuando intentaba entrar en este estado a primera hora del día en lugar de más tarde; cuando empezaba tarde, estaba más cansado, y quizá las numerosas experiencias del día disparaban pensamientos sobre otras cosas, cosas que no podía controlar...

«Cuanto mejor lo hagas, y cuanto más lo hagas –pensé–, mayor consuelo sentirás cuando llegue la hora.» Seguí trabajando en ello. Así, cuando llegase el momento, no sería tan malo. Es posible que no fuera malo en absoluto. Estaba emocionado por mi nuevo ejercicio. Sentía como si estuviera haciendo algo espiritual y práctico: facilitando la transición. Si el siguiente mundo no estaba completamente separado de este, sino que formaba parte de él –como yo lo imaginaba–, entonces pasando un tiempo cada día en transición significaba que en realidad estaba abriendo el camino hacia él. Mi camino.

Moribundo, de repente no me sentía tan impotente como podría haberme sentido.

Espontaneidad.

Parece que *perfecto* viene con frecuencia de la mano de *no programado*. Tuve un día perfecto con Corinne y Gina no solo porque estaba con mi esposa y mi hija, sino porque se había desarrollado totalmente sin planificar. ¿Qué habría podido ocurrir si hubiera dejado que la espontaneidad desempeñara un papel más importante en mi vida? ¿En cualquier parte de mi vida? ¿Habría sacrificado el éxito en el mundo de los negocios, algo que me había proporcionado tantas alegrías y satisfacciones?

La economía se basa en la previsibilidad, se trata de evitar sorpresas. Bueno, en definitiva se trata de contabilidad. ¿No había algo «incontable» en la espontaneidad? Pero aun así ¿no formaba parte de la vida? Para alguien que había vivido de una manera tan planificada como yo, la idea era bastante sensacional.

Me di cuenta de que esquiar era mucho más auténtico que el golf. Al esquiar solo reaccionas. El esquí tolera los errores. Es más misericordioso. Puedes cometer errores al

esquiar y aun así obtener un buen resultado, incluso excelente. En el golf no cuentas con ese lujo.

Amaba el golf. No me malinterprete. Pero quizá debería haber practicado más el esquí.

Nadie podrá decir que, en mis últimos días, no seguía aprendiendo.

Después de completar finalmente mis seis semanas de tratamiento radiológico, Corinne, Gina y yo fuimos al lago Tahoe, donde teníamos una casa de vacaciones. Al principio me sentía tan débil que casi no podía vestirme solo. Al cabo de unos pocos días de recuperación de la radiación y del viaje al oeste, planeaba empezar a recuperar mis fuerzas. Había una piscina y algunas máquinas de ejercicios. Y tenía la esperanza de dar una vuelta por el campo de golf en una bicicleta adaptada de tres ruedas (mi equilibrio no era demasiado bueno), a la impresionante velocidad de quince kilómetros a la hora. Me hacía feliz la posibilidad de volver a montar en bicicleta, aunque no tenía fuerzas suficientes para una de dos ruedas. El vehículo adaptado lo había encontrado en internet. Me pregunté si, como director general, no me había conseguido suficientes bicicletas de tres ruedas, es decir, soluciones creativas. Estaba bastante seguro de que la aventura que estaba viviendo me había convertido en un pensador mucho más creativo y flexible que antes.

Me gustaba pensar que había realizado un buen trabajo cuando estaba sano. Pero si en aquel momento hubiera sabido lo que sabía ahora, quizás habría sido un ejecutivo mucho mejor. Casi con toda seguridad habría sido más creativo para imaginar una manera de vivir una vida más equilibrada, pasando más tiempo con mi familia. Siempre había asumido que eran dos ámbitos que debían separarse físicamente. El hogar es el hogar; la oficina es la oficina. Mi pensamiento había sido demasiado estrecho; mis fronteras, demasiado estrictas.

Aunque no era uno de esos directores generales que sienten la obligación de ser siempre la persona que más trabaja en la empresa, desde luego creía que debía ser *uno* de los que más trabajaban, u otros integrantes de la empresa iban a perder confianza en mi liderazgo.

Pero ¿qué habría ocurrido si no hubiera trabajado tan duro? Y ¿si, además de hacer mi trabajo y hacerlo bien, en realidad hubiera utilizado el estrado de mi cargo para ser un

modelo de equilibrio? Si hubiera pensado más en eso en aquel momento, podría haberlo hecho, podría haber sido más creativo. Pero no lo hice. No en los muchos años en los que intentaba prosperar. Fue necesario tener un tumor cerebral inoperable en fase terminal para examinar las cosas desde este punto de vista.

Oí hablar de un director general que vivía tan cerca de la oficina que inevitablemente pasaba por ella los fines de semana y naturalmente se quedaba trabajando durante horas. ¿No había nada malo en ello?

Pero de alguna manera se hizo religioso. Algo le hizo ver que eso no estaba bien. Entonces, ¿qué hizo? Se mudó. Ahora vivía lo suficientemente lejos de la oficina para que no fuera posible que pasase por allí casualmente durante los fines de semana. Aunque su nueva situación provocó que el viaje diario fuera más largo, también acabó con su costumbre de los fines de semana. Acabó pasando el tiempo extra con su esposa e hijos.

Nunca había llegado a valorar realmente la posibilidad de limitar mi agenda de trabajo. Pero si lo hubiera hecho intencionadamente, ¿quién puede decir que, además de pasar más tiempo con mi familia, no habría estado *más* concentrado en el trabajo? ¿*Más* creativo? ¿*Más* productivo?

Me habría gustado saber entonces cómo ser y estar en el presente, de la misma manera que lo sabía ahora.

A Tahoe me vinieron a ver amigos a los que no había visto desde que me encontraba en medio del tratamiento radiológico. Fuimos capaces de concentrarnos en el aquí y ahora – la belleza natural sobrecogedora que nos rodeaba, las cosas divertidas; quería disfrutar de cada comida, de cada paseo, de cada charla– y no en el futuro que se cernía sobre todo, un futuro en el que yo no representaba ningún papel físico.

Les escribí cartas a mis nietos –Oliver y Charlotte, de cinco y tres años– en las que les expresaba mi amor por ellos, así como mi admiración por las características que veía en ellos y que a mí siempre me habría gustado tener. Le di las cartas a Corinne para que se las entregase a los niños el día de su graduación del instituto.

Más días perfectos durante esa semana. Creía realmente que la mayoría de las personas (incluyéndome a mí antes de todo esto) tardarían una década en tener tantos días

perfectos como los había tenido yo en el último mes. Desde mi diagnóstico, todos los días no habían sido días perfectos, pero lo habían sido la mayoría, quizás un 75 por ciento. Mi objetivo era el cien por cien.

Había decidido que para la despedida con Gina haríamos algo especial de camino a Praga (teníamos planeado partir el 16 de septiembre). Volaríamos en un avión privado, lo que iba a obligarnos a repostar en algún punto muy al norte, y eso iba a ofrecerle a Gina la oportunidad de encontrarse y relacionarse con los inuits. Eso parecía realmente lo más adecuado para ella. Esperaba que mis fuerzas aguantasen hasta entonces. Muy pronto iban a decirme si la radiación había tenido éxito en la reducción de los tumores.

Estaba adquiriendo un nuevo aprecio por los procesos de la naturaleza. Cuando vivía en California, había pasado mucho tiempo al aire libre, jugando al tenis y realizando excursiones esporádicas. Algunos de los campos de golf en los que había jugado eran rústicos hasta el punto de ser salvajes. Pero durante los últimos años, y desde luego durante los años en la cima, la naturaleza había quedado olvidada.

Ahora había vuelto mi aprecio por ella. Me volví mucho más sensible a la brisa. (Quizás eso se debía en parte a que mantenía los ojos medio o totalmente cerrados la mayor parte del tiempo, para calmarme y para evitar ataques focales. Al hacerlo, la visión perdió buena parte de su importancia anterior.) Al almorzar en el club, justo al lado del hoyo dieciocho, podía oír voces, el sonido del *swing* de los jugadores. Me gustaba el rumor de la brisa a través de la pinaza. Sonaba como el agua, como el océano. Olía los pinos. Los pájaros de sorprendentes azules y rojos daban vueltas por el cielo. Sentado un año antes en el mismo lugar hermoso no habría sido capaz de apreciar o ni siquiera de ser consciente de todas las cosas apasionantes que estaban tan cerca.

Para todos aquellos que no son capaces de comprender cómo los pequeños placeres en realidad pueden significar mucho más que los grandes tengo un pequeño consejo: los golpes largos son para el espectáculo; los cortos, para ganar.

Pero no resulta demasiado preciso decir que la transformación de mi percepción desde mi enfermedad me había permitido descubrir el placer por las pequeñas cosas. ¿Qué puede haber más grande que la naturaleza? ¿Qué puede ser más grande que el agua?

Buenas noticias: llamaron para informar que creían que los tumores se habían reducido un poco. Resultaba difícil decirlo con toda seguridad a causa de la inflamación. Cuando

bajase, podrían confirmarlo.

Estoy seguro de que quiere saberlo. ¿Qué se siente al estar en el mundo espiritual? Siento mucho decir que las palabras no son suficientes, pero lo intentaré.

Era increíblemente agradable.

Era un ambiente con una energía, una tranquilidad y un amor sorprendentes.

Era reconfortante.

No había tensión.

Cualquier cosa que me fuese necesaria para alcanzar este estado, no tenía la sensación (mientras me encontraba en él) de que requiriese disciplina. Más bien sentía como si se tratase de una progresión natural.

Después de estar en dicho estado, podía «recordar» con nitidez los fenómenos naturales que se producían en mi entorno: el roce de la brisa, el trino de los pájaros, todo esto. De una manera mucho más concentrada.

Cuando me encontraba en ese estado, el tiempo se retiraba. El tiempo se detenía. Ya no era consciente de que estuviera teniendo una experiencia; la propia experiencia había tomado el control. No era yo, era eso. La recompensa consistía precisamente en estar allí, presenciarla, pero sin estar allí por completo. Era como si me hubiera *convertido* en conciencia. No me encontraba en una transición, sino que –como he dicho antes– era como si *yo mismo* fuera la transición.

Recordé un momento en la universidad, en 1970, en medio de la guerra de Vietnam.

Como estudiante de economía y con fama de formal en Penn State, me nombraron tesorero del cuerpo estudiantil. Era responsable de la distribución de fondos entre las diferentes organizaciones estudiantiles. El grupo de izquierdas Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS, por sus siglas en inglés) presentaba una serie de candidatos para los diferentes cargos y su líder fue elegido presidente del alumnado. En su nuevo cargo, afirmó que uno de sus objetivos era organizar diversas actividades contra la guerra y para ello pidió fondos a la tesorería estudiantil. Aunque había sido elegido legítimamente para el cargo, esto iba contra la normas para el uso de fondos proporcionados por el Gobierno (Penn State era una universidad estatal) para propósitos políticos, como subvencionar la presencia de oradores radicales en el campus. Por otro lado, era el líder electo, y gastar dinero en temas como la imprenta o micrófonos se

encontraba dentro de sus atribuciones. Le dije que podía obtener el dinero para eso, pero tendría que conseguir otros fondos si quería gastarlos, por ejemplo, en traer oradores radicales al campus. Un sábado por la noche, consiguió reunir diez mil dólares al proyectar el clásico de la contracultura *Reefer Madness* ante una multitud de estudiantes colocados. Yo llevé bolsas de la compra llenas de dinero en efectivo, de la recaudación de aquella noche, de regreso a la sede de mi fraternidad; el lunes por la mañana deposité el dinero en el banco y le entregué los fondos.

¿Qué tenía que ver este recuerdo con el Otro Lado? ¿Con la transición? ¿*Mi* transición?

Me impactó el hecho de que esta historia era un ejemplo de cómo podías aferrarte a lo que eras mientras modificabas tu pensamiento. Se trataba de permanecer en las raíces mientras se crecía. Se refería a mantener un pie plantado en tierra firme, en un terreno familiar, mientras el otro palpaba un terreno nuevo y desconocido. Hacía referencia a que, si iba a realizar una transición hacia un mundo diferente, necesitaba hacer una transición personal.

Norman Vincent Peale dijo una vez: «Cambia tus pensamientos y cambiarás tu mundo». Como un hombre de negocios con muchas responsabilidades, como un antiguo director general, era impotente para cambiar el giro que había dado mi vida. Afortunadamente, tenía el poder para hacer que las cosas fueran mejor. Seguía teniendo poder sobre mí.

Aún no me habían engullido las sombras. Aún había luz. Seguía teniendo un buen nivel cognitivo y sentía como si aún pudiera analizar temas del «gran cuadro». Pero mi dicción, mi apariencia y mi capacidad para realizar pequeñas tareas cotidianas se veían cada vez más afectadas. Manejar las funciones de mi teléfono inalámbrico era todo un reto. Lo mismo ocurría con vestirme por las mañanas. Pero precisamente *a causa de* estas frustraciones –no a pesar de ellas– volví a comprender de nuevo una de las claves principales de un momento perfecto: la aceptación. El resultado final –el objetivo– de un momento perfecto era saborear la mayoría de los aromas que nos ofrece constantemente la vida. Pero el *camino* para alcanzar todo esto pasaba a través de la aceptación.

Cuando tenía un día especialmente bueno, un día formado por muchos momentos perfectos, siempre recordaba que era consecuencia precisamente de que no podía

controlarlo todo ni a todos. Viniendo de un director general recién dimitido, eso era como una revelación. Iba perdiendo fuerzas. Ni siquiera podía colocar un CD en el reproductor para escuchar mis libros. Pero al no darles importancia a las incomodidades, los retrasos y los inconvenientes cotidianos, empecé a aprender cómo entrar –y al final permanecer– en el momento presente.

El tumor se había encogido. Parecía que podría viajar a Praga.

Fue el mejor día de mi vida.

Salimos en barco por el lago Tahoe. Por primera vez mientras iba en un barco, me senté delante, el único lugar en el que siempre se sentaba Gina. Allí, descubrí una experiencia mucho más visual. El agua parecía cristal. Casi no había más embarcaciones en el lago, o al menos eso parecía. Quizá nos desplazábamos a unos cincuenta kilómetros por hora. No lo sé. Cruzamos el lago. No parecía que estuviéramos navegando en el agua, sino por encima de ella, deslizándonos sobre la superficie. Parecía que yo formaba parte del agua. Y así fue durante kilómetros y kilómetros.

Me gustaba la sensación de estar tan cerca del agua. O en realidad no se trataba tanto de que me *gustase* nada, sino de que *tenía* la sensación, la sentía en toda su plenitud.

Esa tarde Corinne y yo decidimos que ambos queríamos que nuestras cenizas se esparcieran sobre las aguas de Emerald Bay, en un lugar muy especial que nos gustaba a los dos.

Corinne, Gina y yo decidimos llevar a un amigo en un paseo en coche alrededor del campo de golf porque era la última hora del día y queríamos que disfrutase del momento de serenidad y de luz plana y sombras gigantescas, y también queríamos disfrutarlo nosotros. Gina estaba feliz al sentarse detrás del volante del cochecito. ¿A qué chica de 14 años no le habría gustado?

Solo había un par de grupos de cuatro personas. Cuando un golfista se preparaba para golpear, Gina detuvo el cochecito y todos miramos. Corinne, que era una buena golfista, no pudo evitar valorar si su *swing* era bueno o malo, pero yo no me di cuenta en absoluto. Lo que no era sorprendente. De la misma manera que Corinne no había sido solo mi compañera, sino mi alma gemela –casi de manera literal, acompañándome en el

rezo y la meditación, y en cada una de las etapas de este viaje— durante los últimos meses, estaba claro que se encontraba en un lugar diferente. Como casi todo el mundo que conocía.

A medida que seguíamos con el paseo, gradualmente las sombras se fueron alargando, un cambio sutil, pero definitivo. Parecía que los árboles eran más altos y transmitían más tranquilidad. En el pasado, siempre que jugaba durante este momento del día (ya fuéramos Corinne y yo, o yo con un amigo) y golpeaba la pelota, tenía la sensación de que estaba golpeando en un cuadro, en algo bidimensional. Sabía que iba a ser más difícil localizar la bola, aunque la hubiera colocado en el centro de la calle. Como había mucho más silencio en esa hora tranquila del día —muy diferente a los partidos por la mañana, con máquinas cortacésped zumbando y aspersores regando, y un montón de golfistas llenos de energía pasando por todas partes—, sentía que el golf era un reto más personal de lo habitual, como si su esencia se hubiera destilado aún más, hasta convertirse en una superesencia: solo tú (y quizás un compañero) y el campo, y era cada vez más difícil distinguir la pelota: a veces era imposible seguir su vuelo, a veces la bola permanecía medio bajo la luz, medio en sombras. Y a medida que te acercabas hacia los últimos hoyos de la segunda mitad del recorrido, te dabas cuenta, lentamente, pero con una excitación y una alegría crecientes, de que solo quedabas tú en el campo. No había nadie más. Ya no era la última hora de la tarde, sino el crepúsculo. Los jugadores que te acompañaban habían sido sustituidos por la compañía de las sombras.

Devolvimos el cochecito a la tienda. Era hora de cenar. El joven encargado de la tienda vino a darme la mano y acordamos que dentro de una o dos semanas, cuando me sintiera con fuerzas suficientes, iríamos a la zona de prácticas para ver si aún podía mover los palos y golpear la pelota.

Todo el mundo pierde periódicamente su juego. Cuando me ocurrió, me gustó cómo mis compañeros golfistas, sin importar su naturaleza competitiva, me apoyaron, intentando que volviera a recuperar el juego. O, si parecía que quería estar solo para superar la lucha por mí mismo, me dejaban solo.

Estaba frenando en mi momento perfecto del día. Estaba llegando a cero kilómetros por hora. Pero por muy lentamente que me moviese, seguía persiguiendo. Los últimos rayos

de luz y las sombras que caen justo antes del crepúsculo que los sigue. El crepúsculo aparece cuando desaparecen las sombras. Aún no está completamente oscuro, pero no hay sombras. El crepúsculo es lo que separa al día de la noche. Solo el campo y tú, jugando para ti mismo, resulta más difícil seguir el vuelo, la luz es más plana, más como una pintura, como un dibujo de sombras, la bola está medio en sombras, medio bajo la luz del sol. El sol está bajo. Las sombras se alargan y alargan, aumentando el desafío. Los árboles se hacen más altos. Más pacíficos. Nadie en el campo. Solo tú. Justo antes del crepúsculo. Más y más sombras.

Sufría «episodios» cada vez más frecuentes. No había ninguna duda de que eran un mal presagio. Me sentía mucho más débil. Cuando andaba, tenía que colocar el brazo sobre los hombros de Corinne y apoyarme en ella. Pasaba más tiempo en la cama.

Alquilamos un barco y salimos otro día al lago: Corinne, Gina, mi cuñada Darlene y mi sobrino Corwin. Hablamos de muchas cosas, entre ellas de Dios. Corwin, de 25 años e ingeniero, un joven brillante que rechaza la Iglesia y no cree en Dios, decía que creía en la ciencia. Según explicó, para él creer en la existencia de algo implicaba que debía ser comprobable, demostrable. Su falta de fe en Dios me afligió por dos razones: es tan inteligente y es tan joven. Desde mi enfermedad, me he desinteresado cada vez más de las opiniones de las personas de mi edad o mayores, y me he interesado más en las opiniones de los más jóvenes: Corwin, Gina, Marianne y otras personas jóvenes cuya juventud me parecía que las hacía dignas de escucharlas. ¿Qué piensan del mundo y de su futuro? Estas mentes más flexibles hacen que lo que dicen sea más relevante que lo que expresamos mis iguales o yo.

Fue una discusión muy viva. Cuando desembarcamos, me volví hacia Corinne: «Este ha sido el mejor día de mi vida», le confesé. Lo decía de corazón.

Esa noche, después de cenar, estuve extremadamente inquieto. Darlene y Corwin tenían por delante un viaje en coche de cuatro horas para volver a la zona de la Bahía, pero no quería que se fueran hasta que aclarásemos una cosa. Hice que todos se sentasen.

«De acuerdo, comprendo que no es obligatorio creer en Dios —empecé—. Pero quiero comprender cómo *no puedes* creer en Dios. ¿No es lo mismo que si conscientemente tomases la decisión de no dejar que el amor entre en tu vida?»

Corwin respondió que creía que mi teoría se equivocaba en tanto que parecía que colocaba el amor detrás de Dios. Dijo que una persona no necesita creer en Dios para amar y para ser una persona de fe.

La conversación no terminó satisfactoriamente para mí. Me sentía frustrado por esta idea. Más tarde, cuando Corinne y yo nos quedamos solos, me dijo: «Algunos creemos que Dios *es* amor».

Después de eso me sentí un poco mejor.

Vi cómo el halcón se dejaba caer en picado a mi lado en la calle, tan cerca que me parecía que podría haberlo agarrado. El halcón atrapó al pez en el lago a unos pocos metros de mí, tan cerca que me parecía que yo también podría haber atrapado el pez. El halcón, con el pez en el pico, se alzó hacia el cielo y desapareció más allá de la copa de los árboles.

La despedida con Gina debía ser mucho más especial que todo lo que había hecho hasta entonces. Ella era poeta, inventora, una mente brillante. Era mi hija. Tenía que ser tan poética como lo era ella, y tan espectacular.

Había llegado el día.

Mi madre y mi hermano volaron hasta Tahoe para nuestro último fin de semana de «despedida». Ya les había dicho adiós físicamente a mis hermanas Rose y Linda. Podían seguir llamándome por teléfono si querían, y lo hicieron, y hablar. «Cerrar» con las personas que se encontraban en mi círculo más íntimo significaba, como había hecho con los demás, que les había expresado lo que necesitaba decirles y que había hecho las paces con ellos. Eso *no* quería decir que no pudiéramos hablar después de eso; significaba que había atesorado algo, algo intocable, algo perfecto.

El sábado comimos juntos y tuvimos una conversación agradable, pero yo necesitaba descansar.

El domingo alquilamos un barco y llevamos a mamá y a William a pasear por el lago. Había pensado mucho en lo que iba a hacer con ellos durante el fin de semana, y me decidí por el paseo en barco porque sería lo mejor y lo más apasionante y relajante para ellos, y por supuesto Corinne y yo íbamos a pasarlo muy bien. Si era especial para ellos, entonces había muchas más posibilidades de que se convirtiera en un recuerdo duradero

y feliz para ellos: algo tangible y perdurable que me permitía sentir como si pudiera permanecer con ellos mucho más allá de mi alejamiento físico. La semana anterior, Corinne, Gina y yo habíamos estado en el lago con Darlene y Corwin, y lo recuerdo como el mejor día de mi vida, único entre todos mis días. Parecía que se evaporaban todas las tensiones. No veía ninguna razón para que este día en el barco con mamá y William no pudiera igualar aquel día.

Después de estar navegando durante un rato, tomé la mano de mi madre y la conduje hasta la parte delantera de la embarcación para hablar los dos a solas. Le dije que me encontraba en un buen lugar. Le dije que volvería a verla en el cielo. Como una persona con una fe profunda, se sintió consolada con esto.

Más tarde, mi hermano y yo hablamos también a solas. Estaba enfadado, no conmigo, sino con la vida porque me estuviera ocurriendo esto.

«Tu ira no va a hacerle bien a nadie», le expliqué. Le dije que iba a agotarlo. Debía intentar vivir en el presente. Le dije que tomase la energía que estaba malgastando con su enfado contra el mundo, que la doblase y que la canalizase como amor hacia sus hijos (o más bien debería decir *más* amor, porque William ya amaba tiernamente a sus hijas y a su hijo).

Me prometió que lo haría. Le dije a mi hermano lo orgulloso que estaba de él. Le dije que creía que era un gran padre y que seguiría siendo un gran padre.

Fue un día perfecto. Me sentí completo. Agotado, pero completo.

Momentos perfectos, por Corinne O’Kelly

A finales del verano, las despedidas le estaban pasando factura a Gene. Mientras veía cómo se deterioraba de manera continuada, el ritmo aumentó hacia el final de nuestra estancia en el lago Tahoe. Gene aún era capaz de una lucidez destacable, gracias en gran parte a su fuerza interior y su valor, pero cada vez resultaba más difícil comprender lo que estaba intentando transmitir. Cada vez era menos frecuente que pudiera unir las ideas de una manera lógica, de la forma ordenada en que lo había hecho hasta ese momento. Con frecuencia teníamos que discutirlo antes de que me quedase claro lo que quería decir. Para preservar la autenticidad de la experiencia de Gene, tomé notas meticulosas de nuestras conversaciones.

Una de las últimas noches en Tahoe, sentí que Gene empezaba a irse. De repente parecía que estaba muy lejos. Fue la velada después de la marcha de su madre y su hermano. Estaba tendida en el sofá, en sus brazos. Hice un comentario sobre su «ausencia» y me respondió: «Ahora tendrás que tomar el mando. He hecho todo lo que he podido».

Me dejó sin respiración.

La noche siguiente en el refugio, Gene, Gina, Caryn (la asistente de Gene) y yo miramos una película. Él estaba reclinado en un gran sillón de cuero y yo estaba sentada delante él, en un puf en el suelo. Todo el tiempo estuve masajeándole el pie. Cada pocos minutos levantaba los ojos para mirarlo.

Entonces Gene empezó a temblar violentamente.

Le pedí a Caryn que sacara a Gina de la habitación. Con todo lo que nuestra hija había que tenido que presenciar en los últimos meses del calvario de su padre, no quería añadir la terrible imagen de él temblando, agitándose y contorsionándose a causa de un gran ataque epiléptico. Gene intentaba pronunciar mi nombre; me sentí impotente.

Afortunadamente, Caryn había presenciado antes ataques similares, lo que me ofreció un poco de consuelo.

Llamé a urgencias. El ataque duró unos cinco minutos. Llegó la ambulancia. Pasamos tres horas en el servicio de urgencias del hospital de Reno.

Al día siguiente, en el hospital, Gene recordaba que no había sentido ningún dolor durante el ataque. Ni se había sentido asustado. Pero estaba decidido a evitar otro más.

«Entonces, ¿cómo viaja la gente si puede sufrir un ataque epiléptico?», preguntó.

Sugerí que probablemente necesitaban un avión medicalizado, con un médico a bordo. En la situación de Gene, tardó unos tres segundos en llegar a la conclusión de que finalmente había topado con una limitación que no podía superar. No iba a poder cumplir su siguiente meta: llevar a Gina a Praga.

Y eso fue lo que marcó el principio de su transición. Se acababa de dar cuenta de que no podría cumplir todas las cosas que aún tenía planeado hacer. Empezó a aceptar las limitaciones de un cuerpo en decadencia. Se dio cuenta de que iba a ser demasiado difícil y agotador un viaje a Europa.

Me miró: «Prométeme que llevarás a Gina a Praga», me pidió.

Se lo prometí.

En el hospital, Marianne y su padre empezaron su despedida. Como mujer adulta y también madre, Marianne comprendía que la vida, el matrimonio y la paternidad no eran tan sencillos, y apreciaba desde una nueva perspectiva los sacrificios de su padre. También valoraba de una manera nueva una de sus cualidades más distintivas: una actitud de «ir siempre al grano» que le había dado muchos éxitos en los negocios, pero que a veces podía resultar abrupta en las relaciones personales. En los últimos años, cuando Gene estaba constantemente de viaje y Marianne se encontraba en California criando a dos niños pequeños, la llamaba una vez a la semana, normalmente mientras lo conducían al aeropuerto para un viaje de negocios. En lugar de charlar sobre nimiedades, siempre quería que le contase sus luchas internas, lo que realmente la preocupaba o lo que la hacía feliz.

Ahora, en el hospital en Reno, su padre y ella, por primera vez en décadas, tuvieron un tiempo ininterrumpido para hablar (en medio de las cabezadas de Gene). Fue una conversación maravillosa y frívola, a la que muy raras veces se habían dedicado. Se

pasaron media hora solo repasando sus impresiones sobre lo mucho que les gustaba comer queso fundido y después hablaron y rieron sobre ello durante media hora más. No importaba en lo más mínimo quién lo estaba pasando mejor. Hablaron de todo. Gene quería hablar de cuando Marianne era una niña pequeña. Dijo cosas que nunca había expresado antes. Explicó que había sido bendecido con una buena madre, que era paciente, cariñosa y enérgica. Se emocionó especialmente al hablar de su padre. Se sentía triste por la relación que habían tenido. Aunque sabía que su padre se había tomado muy en serio la responsabilidad de cuidar de su familia, Gene se sentía herido porque su padre no hubiera sido más cariñoso.

Para Marianne se presentó la satisfacción de la consistencia al ver que su padre moría de esta manera: concentrándose con todas sus fuerzas en lo que era realmente importante.

Después de dos noches en el hospital de Reno, volamos a Nueva York, donde Gene fue admitido en el Hospital Sloan-Kettering. Los médicos creían que podría volver a casa al cabo de una o dos noches, pero como era el fin de semana del Día del Trabajo,² sabíamos que no le darían el alta como mínimo hasta el martes.

El fin de semana fue una pesadilla. Gene se iba deteriorando a medida que le disminuían el apetito y las fuerzas. Debido al fin de semana largo, el personal del hospital quedó reducido al mínimo. Estuve las veinticuatro horas a su lado.

El martes los médicos regresaron del fin de semana largo y las pruebas revelaron que el desencadenante del ataque de Gene había sido un embolismo pulmonar. Le administraron un anticoagulante para evitar las posibilidades de otro ataque. También se le declaró una pulmonía y estaba cada vez más débil. Su cuerpo estaba empezando a fallar en serio. Y él se daba cuenta.

Los médicos querían obtener un monograma de su estómago.

«No más pruebas», me dijo. No iba a salir de la cama para eso.

Tenía sentido. Seguir vivo a cualquier precio no era la meta –ya no lo era– y no quería perder energía sometiéndose a procedimientos médicos que, en su situación, no tenían ninguna utilidad.

Esto marcó la siguiente fase de la transición de Gene. Realmente estaba pasando de los planes de los vivos a la aceptación de que se estaba muriendo. Para morir en paz,

primero debes aceptar que te estás muriendo.

Era muy raro que Gene hablara, excepto conmigo o con los médicos.

«Hemos tenido una buena vida», me dijo mientras nos abrazábamos tendidos en la estrecha cama del hospital.

Hablamos de otras cosas personales. Hablamos sobre el libro: cómo iba a ser la culminación de treinta años de trabajo en equipo. Me dijo que mis ideas sobre la muerte y el proceso de morir lo habían ayudado a superar sus miedos. Como una trabajadora de la sanidad que había presenciado la muerte de manera rutinaria, me había llegado a dar cuenta de que si superas el miedo, controlas tu propia muerte. Había asistido a pacientes moribundos para que comprendieran que si te mueves por el miedo, no eres capaz de reconocer el mejor camino, ya sea en la muerte o en la vida. Este había sido el mensaje más claro que le transmití a Gene durante los últimos tres meses.

Al final, lo había asumido.

Fue ese día, martes, 6 de septiembre, cuando dejó de comer. También fue el día en que me dijo: «Creo que esta noche será la noche de mi muerte».

«Eso irá muy bien en el libro –repliqué con ironía–. Estás intentado maximizar y gestionar tu muerte todo lo que puedes. Predecir el momento de morir va a ser un gran final.»

Él sonrió. Yo también.

«No sabía que pudieras controlarlo hasta ese punto –comenté–. El cuerpo es sorprendente y la mente es aún más sorprendente. Pero no estoy segura de que puedas hacer que tu cuerpo haga exactamente lo que quieres. Incluso para un buen final.»

El jefe de psiquiatría nos hizo una visita. Los tres hablamos durante unos minutos. Compartí con él la impresión de Gene de que iba a morir esa misma noche y le pregunté al médico si antes había presenciado algo similar. Respondió que algunas personas tenían una premonición de su muerte inminente.

Pero Gene no murió ese día. Aunque estaba preparado, tendría que esperar hasta que el cuerpo le fallara. Por muy enfermo y débil que estuviera, seguía siendo un hombre joven con un corazón fuerte.

Todo el personal del hospital expresaba su sorpresa por la tranquilidad de Gene y por la manera en que nuestra familia estaba creando el mejor escenario posible para su muerte.

El miércoles Gene tampoco murió. Ese fue el día en que finalmente pudimos llevarlo a casa, donde quería estar con desesperación.

De regreso a nuestro apartamento de Nueva York, el que habíamos alquilado solo tres meses antes y al que aún no nos habíamos mudado cuando diagnosticaron a Gene, trajimos una cama de hospital. Iba a morir en casa, donde le gustaría morir a la mayoría de las personas si pudieran elegir. Gene expresó su conciencia de lo injusto que era y de lo afortunado que era porque otras personas no tenían los medios para que las cuidaran en casa, para tener a una enfermera cuidándolos en sus últimos días. Porque su cama de hospital estaba en el hospital. Probablemente debían compartir la habitación con un extraño o extraños, con las familias de esos extraños entrando y saliendo día y noche. Probablemente sus cuidados, por muy excelentes y atentos que fueran, serían intermitentes, en el mejor de los casos. Gene era consciente de todo esto.

Dejó de pedir agua. No lo obligamos porque había dicho más de una vez que no quería que lo medicasen al final.

Había ido abriendo cada vez menos los ojos durante las semanas previas; ahora casi no los abría en absoluto. Solo en momentos especiales.

El jueves, un médico del Visiting Nurse Service de Nueva York –un servicio de atención domiciliaria– nos visitó en casa. Pasó un rato con Gene. Más tarde me explicó que en los seis años que llevaba dedicado completamente al trabajo asistencial domiciliario, había visto a muchas personas, jóvenes y viejas, con tumores cerebrales primarios como el de Gene, y que con frecuencia experimentaban «agitación terminal» o «agitación de fase final», un estado de agitación que con frecuencia requiere mucha medicación: antipsicóticos, opiáceos y benzodiazepinas (tranquilizantes). Este estado está provocado por una combinación de factores. Puede deberse a la presión de fluidos sobre centros nerviosos u otro aspecto físico. O su fuente puede ser social o espiritual. Cuando las personas jóvenes experimentan esta agitación, con frecuencia se debe a las cosas que no han conseguido realizar: no son solo reproches por sueños incumplidos, expectativas rotas y cosas que no se han intentado, sino también por las despedidas, los

cierres. Muchas personas llegan a esta etapa final sin haber realizado el trabajo psicosocial y espiritual que les habría podido proporcionar más paz. Esto es cierto para los ancianos, pero en especial para la «gente joven» como Gene. El doctor se daba cuenta de que el plan de «despedidas» de Gene era algo compulsivo y muy del tipo A – queriendo atarlo *todo*, como si eso fuera posible–, pero en última instancia resultaba positivo. El doctor no podía evitar la comparación entre la actitud de Gene y la de otro hombre que había atendido muy recientemente, un ejecutivo muy importante de una gran empresa farmacéutica. Este hombre tenía unos 60 años, no estaba especialmente unido a su familia, sin ninguna relación cercana con sus hijos y sin cimientos espirituales reales, y se dedicaba a murmurar e incluso a chillar en medio de la noche, gritando con enfado los nombres de colegas y superiores (su director general era su víctima preferida). Sus ataques de ira perturbaban seriamente a su esposa y a todas las personas que lo visitaban en esta fase final. El hombre tuvo que ser fuertemente medicado. Murió intranquilo.

Gene era afortunado al no padecer dolores físicos, pero también había hecho algo muy positivo para él mismo y para todos los que lo rodeaban al despedirse de sus relaciones y asumir lo que le estaba ocurriendo.

«Su esposo no está inquieto –dijo el médico–. Está en paz.»

Un visitante aquella misma tarde le preguntó a Gene si se sentía en paz.

«Sí», respondió.

El visitante le preguntó si sentía dolor.

«No», contestó. Gene explicó que no sentía dolor en el cerebro, ni dolor por la falta de comida y agua. Ni tampoco sentía miedo.

«¿Esto es la transición?», preguntó el visitante.

«Sí», confirmó Gene.

«¿Se encuentra en un buen sitio?»

«Estoy en un lugar estupendo», respondió. Durante toda su vida, Gene solo había dicho las cosas que quería decir de verdad, y eso no iba a cambiar ahora. Si había ocurrido algún cambio era que ahora sentía las cosas con mayor profundidad que antes.

Tras un momento largo de silencio, Gene añadió: «Me siento apoyado en el otro lado».

No le pregunté lo que quería decir con esto. Me pareció que había realizado una conexión positiva con el «otro lado». Y que su alma estaba inmersa en la transición.

Descansó. El visitante y yo salimos para hablar en la sala de estar.

Una media hora más tarde, Gene, con los ojos abiertos, más abiertos de lo que los había abierto durante días, según mi hermano, que los vio, llamó a Darlene. La miró, alerta como siempre.

«Por favor, díles –pidió Gene–, que no hay dolor entre este lado y el otro.»

Más tarde, Gene le pidió a Marianne que fuera corriendo a Starbucks para traerle un café helado. Al regresar, él sorbió un poco. Después pidió un zumo de naranja de Starbucks. Marianne fue corriendo a por él. Estos eran los primeros líquidos que Gene había pedido en días. El médico me explicó que como Gene no había estado tomando demasiados líquidos, se estaba deshidratando, de manera que la inflamación en el cerebro se estaba reduciendo; por esto, Gene –como cualquier otra persona que pase por esta situación– parecía que mejoraba. Después de un período relativamente breve y agradable, siguió explicando el médico, llegaría el declive final.

En algún momento de ese día, Gina, Marianne y yo estábamos sentadas alrededor de la cama de Gene. Nos miró a las tres.

«Esta es la vista más maravillosa del mundo», dijo.

Más tarde, estaba trabajando en el ordenador de otra habitación cuando entró la enfermera. Me dijo que Gene me llamaba. Cuando llegué al lado de su cama, me dijo: «No puedo encontrar el río».

«¿Quieres mirar por la ventana –pregunté–. ¿Para ver el río?»

«No –respondió–. No puedo *encontrar* el río.»

Puse al lado de su cama la fuente de agua que Marianne le había comprado. Unos minutos más tarde, con la fuente en marcha, me dijo: «Así está mucho mejor».

Un momento después, añadió: «No puedo encontrar el río». Y un momento después de eso, de nuevo con inquietud en su voz, dijo: «No puedo encontrar el río».

Le sostuve la mano. Me senté a su lado durante mucho tiempo.

«Puedo conectar contigo y puedo conectar con el amor de Dios –explicó después de un rato–, pero tengo problemas para seguir conectado con el río. Tú puedes conectar

fácilmente con el río. Sigue conectada con el río y yo me conectaré contigo y con Dios y encontraré mi camino.»

Se durmió. El resto de la noche la pasó en paz.

Luchó a la mañana siguiente, viernes, lo mismo que había luchado el día antes para encontrar y permanecer conectado al agua y lo que representaba el agua. La lucha era por algo.

Ya había tenido la experiencia de que una persona moribunda con frecuencia tiene una o dos cosas que le pesan, en especial al final. Una vez, trabajé con un hombre que llevaba dos años sufriendo los efectos del sida. En sus horas finales, aguantó para poder ver a su madre por última vez; sabía que ella viajaba en un avión para estar a su lado. Dos horas después de su llegada, murió. Por supuesto, muchas personas mueren sin resolver estos temas. Al final el cuerpo se agota.

Desde el momento del diagnóstico, Gene expresó su profunda preocupación sobre cómo iba a superar yo los primeros seis meses después de su fallecimiento. Le preocupaba que pudiera tener el corazón roto.

Sabía que eso seguía pesando en él.

Llegaron las hermanas de Gene, Rose y Linda. Fue capaz de tener unos momentos especiales con las dos.

Por la tarde, quiso que me asegurase de que sus piernas estaban levantadas en un ángulo de 20 grados y su cabeza 40 grados.

«¿Por qué?», le pregunté.

«El cuerpo con el que llegas aquí está conectado con el agua –respondió–. Cuando se va, quiere estar en esta posición... es la mejor para abandonar el cuerpo.»

Esta idea es una reminiscencia de un pensamiento formulado por los monjes tibetanos, que creen que cuando mueres, debes estar sentado porque la conciencia abandona el cuerpo por el punto más alto, y si lo abandona por la cabeza, serás más consciente, lo que permite que tengas más influencia en tu reencarnación. Era imposible decir con seguridad si Gene había leído u oído alguna vez este concepto tibetano, o si llegó a él a partir de otra fuente, o si no le vino de ninguna fuente, sino de sí mismo.

«¿De dónde has sacado esta idea?», le pregunté.

«Solo me parece lo correcto», respondió.

De vez en cuando Gene tomaba un sorbo de café o de zumo de naranja. Vino a visitarlo el sacerdote. Las hermanas de Gene pasaron un tiempo con él. Marianne y Gina pasaron un tiempo con él.

Por muy exigente que fuera la experiencia en Gene, seguía preocupado por mi bienestar. Cuando le pregunté si quería que le sostuviera las manos durante la noche, respondió: «Si no te cansas demasiado».

Estábamos tendidos en camas separadas, su cama de hospital situada al lado de lo que había sido la nuestra, y le sostuve la mano durante toda la noche.

El sábado, mi hermano Donald vino en coche desde Massachusetts. Gene y él hablaron en el dormitorio. Al salir, Donald me dijo que Gene estaba preocupado por mí, sobre cómo iba a afectarme su marcha. Donald me explicó que le había asegurado a Gene que estaría bien y que él se ocuparía de mí.

Marianne se fue. En cuanto subió al avión, según me explicó más tarde por teléfono, deseó haberse quedado.

Otros fueron pasando durante el día. Estaba claro que a Gene le costaba un gran esfuerzo responder.

Cuando lo visitó por última vez Caryn, la asistente de Gene durante los últimos ocho años, abrió los ojos para verla. Algunos amigos queridos se acercaron y tuvieron unos momentos a solas con Gene. Tim Flynn, amigo y sucesor de Gene en KPMG, vino a despedirse.

Por la tarde, Gene me dijo: «La mayoría de las personas no tienen la mente o el cuerpo correctos para ser capaces de morir conscientemente».

Como siempre, estaba profundamente interesada en lo que intentaba comunicar. Finalmente fui capaz de comprender que para él, la mente significaba disciplina mental y el cuerpo significaba alma.

Le pregunté a Gene si estaba preparado para irse.

«Eso creo», contestó. Le dije que no siguiera resistiendo y le aseguré que estaría bien. Había entrado en la fase final de su transición. Estaba preparado para irse.

Menos de tres horas más tarde, a las 8:01 de la tarde del sábado 10 de septiembre, mi esposo murió. Sufrió otra embolia pulmonar, lo que según los médicos es una de las mejores maneras de irse, bajo estas circunstancias. En esencia, la embolia corta el suministro de oxígeno al cerebro: la mente echa el cierre y el cuerpo la sigue. Se considera una de las maneras más rápidas y menos traumáticas de irse. En el momento de su muerte, Gene estaba rodeado por cuatro mujeres, cada una de las cuales tenía formación médica: Rose, la hermana de Gene, mi hermana Darlene (que había sido enfermera de urgencias durante veinte años), la enfermera del turno de noche y yo. No solo estuvo bien que Gene nos tuviera a todas, sino que las mujeres nos tuviéramos las unas a las otras.

Por muy preparadas que estuviéramos para el fallecimiento, el momento siguió siendo tenso. Nunca había presenciado cómo alguien moría de esta manera –de una embolia pulmonar– y mi única preocupación era que Gene no hubiera sentido la angustia que acompaña a la asfixia. Rose lo sabía todo sobre el tema, así que pudo explicarme cada una de las fases. Ella se sentía aliviada por la tranquilidad del fallecimiento: las numerosas muertes que había presenciado en los hospitales casi siempre habían sido traumáticas.

Ahora que había finalizado el viaje de Gene, me sentí un poco aliviada. Me sentí entumecida el resto de la velada. Rose, Darlene y yo esperamos a que se llevaran a Gene. Después, nos sentamos en la cocina y nos bebimos una de las botellas de vino preferidas de Gene, y hablamos sobre todo lo que habíamos experimentado.

A la mañana siguiente, sentí una alegría y una tranquilidad sublimes. El dolor de la pérdida llegaría más tarde. Contemplé el río y vi la luz del sol rielando en el agua.

Fue un momento perfecto.

El funeral fue hermoso, tal como había querido Gene. Asistieron cientos de personas: familia, amigos, colegas, admiradores. Gene había tocado a muchas personas en su breve vida. Mi hermana Darlene y yo planificamos con mucho cuidado el servicio. El arpista y el flautista interpretaron una música sublime, en especial la *Danza de los espíritus felices*. Los tres panegíricos fueron conmovedores y únicos: cada orador –Tim Flynn, Stan O’Neal y William, el hermano de Gene– habló sobre diferentes cualidades de Gene.

Stan recordó cómo Gene le había escrito una carta pidiéndole que pronunciara uno de los elogios; como Stan no recibió la carta hasta después del fallecimiento de Gene, «aunque hubiera querido protestar –dijo Stan–, no pude». Los asistentes en la iglesia rieron, algo muy bienvenido para liberar la tensión. El velatorio posterior estuvo muy concurrido y fue una celebración alegre, exactamente como había esperado Gene.

Durante los últimos días de su vida, Gene trabajó muy duro hasta morir. Cuando estaba despierto, se concentraba en lo que estaba haciendo. Gene siempre había trabajado duro en todo, pero fue durante esas últimas 72 o 96 horas que gané un nuevo nivel de respeto por su fortaleza. Imaginaba que era como si hubiera estado trabajando durante tres o cuatro días: una experiencia agotadora para todo el mundo, pero era casi inimaginable el precio que debía pagar la persona que la estaba realizando, concentrada en esa única cosa.

Tampoco podía evitar compararlo con lo duro que resultaba seguir concentrado en golpear una pelota de golf. Los mejores golpes se dan cuando visualmente te concentras en un punto muy pequeño de la pelota. No mueves los ojos. No dejas que se mueva tu concentración. No piensas: «Voy a golpearla recta» o «No voy a darle ningún efecto». Debes llegar a un punto en que solo realizas el movimiento y golpeas. Resulta muy duro concentrarse con esta fijación durante cinco segundos. Intente hacerlo durante tres o cuatro días seguidos.

Hay cosas que podrían haberse hecho de una manera diferente, por supuesto, como ocurre siempre. Mientras estábamos embarcados en la radiación con la esperanza de reducir los tumores y con ello reducir algunos de los síntomas, me pregunté más tarde si seguir con el proceso durante las seis semanas había sido la decisión correcta. Habían irradiado todo el lado izquierdo del cerebro de Gene, lo que significaba que todo lo que controla este hemisferio (el lado derecho del cuerpo) se vio afectado por el tratamiento. ¿El declive pronunciado en las condiciones de Gene se vio acelerado por un tratamiento tan extenso? ¿Habríamos conseguido un equilibrio más adecuado entre contener los síntomas, por un lado, y preservar su funcionamiento, por el otro? No lo sé. Todo tiene sus inconvenientes.

Pero, por el contrario, la experiencia de la radiación resultó ser un gran regalo. Después de ir cada día durante seis semanas a la clínica, donde Gene vio y se encontró con tantos pacientes de cáncer mucho menos afortunados que él –los que eran más pobres, o carecían del apoyo personal que tenía él, o eran demasiado tímidos para decir nada cuando se averiaba una máquina o cuando los ignoraban, o estaban demasiado confusos y asustados por su incapacidad para ayudar a crear un futuro para su familia que no los incluyera a ellos–, estableció un fondo de beneficencia, el Eugene O’Kelly Cancer Survivors’ Fund, para proporcionar ayuda financiera a las personas necesitadas de atención a causa de un cáncer.

Aunque seguramente también hubo malas interpretaciones en algunos aspectos de las despedidas, su intención general era importante y correcta. La naturaleza de las despedidas cambió a medida que Gene (o cualquiera) se acercaba al centro del círculo; mientras que podía haber conversaciones «perfectas» con muchos de los círculos exteriores, para los más cercanos no existía en realidad ningún gesto único que le permitiera decir adiós. Esto es parecido a lo que estaba ocurriendo con Gene (o que posiblemente puede pasar con cualquier individuo): en la parte exterior existen importantes capas de personalidad, pero en el centro se encuentra el alma, una esencia mucho más rica y compleja. La despedida de las relaciones difiere a medida que te acercas al centro del círculo porque tu relación con esas personas está intrínsecamente inmersa en el centro de tu ser. Estas relaciones solo se pueden «cerrar» con éxito cuando ambas personas lo consienten. Resulta difícil y doloroso. Fue mi amor profundo por Gene lo que me permitió animarlo para que se fuera. A día de hoy, si apareciera delante de mí, no sería tan fuerte.

En cuanto a la despedida con Gina: Gene había trabajado tan duro para encontrar el viaje, el gesto o el regalo perfecto para que ella lo conservase durante el resto de su vida... pero ¿ahora resultaba posible? ¿Cómo cierras la relación con una niña? ¿Tu niña? Que tiene 14 años... Gene estaba tan concentrado en los objetivos, era tan optimista y le gustaba tanto hacer las cosas que estaba convencido de que en algún lugar existía en la actualidad algo que le permitiría conseguirlo. Pero yo le dije que creía que era por naturaleza una tarea imposible. Gene –siendo Gene– siguió pensando en lo que necesitaba hacer o decir, aunque ya había hecho y dicho todo lo que necesitaba... si hubiera sido una adulta. Allí estaban todos los ingredientes, de él para ella. Pero nunca

podía estar convencido de que lo había hecho bien con ella porque le faltaba uno de los ingredientes finales, que no podía conseguir, sin importar lo mucho que lo intentara.

Tiempo.

Algunos pueden preguntarse por qué Gene quería alcanzar el nivel más alto de conciencia posible en el momento de su muerte. Gene creía que al alcanzar dicho estado estaría lo más cerca posible de alcanzar su alma, el espíritu divino dentro de todos nosotros. ¿Qué mejor manera de pasar de este mundo al siguiente que estando lo más cerca posible de lo divino? Creía que si estabas en contacto con tu yo divino, entonces no existía en realidad ningún puente que cruzar. Esto no solo requería práctica y concentración, sino que también implicaba que debía desprenderse de todas las vinculaciones que había desarrollado a lo largo de su vida. Esta idea fue lo que motivó las despedidas.

Al comprometerse con el mayor grado posible de conciencia en el momento peor y más difícil, también se erigió en un ejemplo para todos los que lo presenciamos. Para nuestra familia, reafirmó, con mayor intensidad que nunca, el poder de trabajar juntos por un mismo objetivo, de cómo en realidad la suma puede ser mucho mayor que las partes. Cuando vives tu existencia cotidiana, sin ninguna espada de Damocles colgada encima de la cabeza, resulta fácil perderse en tu propia órbita, como lo hacemos todos. Sin embargo, cuando estás viviendo una vida extraordinaria, como lo hicimos nosotros en ese período increíblemente largo y a la vez increíblemente corto desde finales de mayo hasta principios de septiembre, llegas a comprender lo que es el respeto. Llegas a comprender la fuerza, el compromiso, el amor y, lo que es más importante, la *vida* de una manera que nos hace más humildes.

Fue lo último que pudo hacer por nosotros. Al planear sus últimos días de la manera en que lo hizo, convirtió una experiencia terrible en todo lo positiva que podía ser para sus hijas, su esposa, nuestra familia, nuestros amigos y su empresa. Cada uno de los pasos calculados estuvo lleno de un propósito verdadero. Se aseguró de que todos nuestros asuntos estuvieran en orden. Desde prácticamente el momento de la confirmación del diagnóstico, abandonó por completo el trabajo, un trabajo que le gustaba tanto en la empresa que amaba; un gesto, primero y último, inspirado por el amor: se lo puso mucho más fácil a la empresa y a su gente. Y cuando concibió la idea

para este libro, un libro que tenía la esperanza de que pudiera explorar una manera mejor de morir, pasó horas y horas escribiendo en cuadernos sus notas increíblemente ilegibles, que después hizo pasar a limpio (algo que él ya era incapaz de hacer), antes de buscar a un editor, pues sabía perfectamente bien que su limitación fundamental –su incapacidad de estar presente para completar el libro– significaba que yo tendría que trabajar en él, dándonos una vez más un último proyecto juntos en una vida llena de proyectos llenos de significado: nuestra familia, nuestro hogar, su carrera.

Para Marianne, su fuerza al final reafirmó la idea de que pasar por la vida sin estar completamente despierto en realidad no es vivir. Si te limitas a ir tirando, no le haces ningún favor al mundo ni a ti mismo. Su ejemplo demostró que siempre puedes intentarlo un poco más, ser un poco mejor. Marianne sintió que todo esto haría de ella una mejor persona y una mejor madre, e intenta transmitir este ideal a sus hijos.

Para Gina, ningún aforismo o explicación va a disminuir de momento el dolor que siente, ni siquiera este libro, la crónica de los últimos y, en muchos sentidos, mejores (y desde luego más accesibles) meses de su padre, servirá para consolarla. Al fin y al cabo, él se ha ido. Pero al intentar hacer lo mejor y al intentar crear algo nuevo con el hecho de morir y que pudiera convertir este lugar en algo mejor, y los ánimos y la confianza implícitos en semejante empresa, todo eso, en mi opinión, es el mayor regalo que le ha hecho su padre. Me alegra pensar que si su padre pudo afrontar la vida de esa manera, su descendencia también puede hacerlo.

¿Para mí? Entre otras muchas cosas que obtuve de esta experiencia –sentimientos y reflexiones profundas, pero que aún están demasiado frescas para que pueda expresarlas–, Gene me dio esto: aunque me ha dejado (para utilizar su metáfora preferida) en el campo de golf mientras perseguíamos la luz del día, seguro que lo ha dispuesto todo de la manera más adecuada para que yo pueda acabar el partido.

Gene no fue el único que utilizó estos meses exigentes y especiales para estar lo más consciente y centrado posible. Yo también me concentré en mantenerlo en el camino, mientras apoyaba también a nuestras hijas.

Ahora que se ha ido y debo seguir adelante sin él, me ayudará esta misma confianza en la claridad y la concentración: al final, por supuesto, pero también en cada uno de los días hasta entonces.

Epílogo

Ahora ya ha leído esta historia que, espero, tendrá el poder de cambiar para siempre la forma en que afronta la vida y, en consecuencia, la muerte. Se trata de una historia que documenta la colaboración entre mi esposo, Eugene O’Kelly, y yo. Tras el diagnóstico de Gene, nos dimos cuenta de que nuestro punto de vista debía ser diferente y de que para superarlo debíamos utilizar todas las lecciones y experiencias que habíamos compartido en el pasado. Verá, Gene y yo éramos los mejores compañeros de equipo: nuestra colaboración, concentración, reflexión y trabajo duro durante todos estos años fueron tan significativos como satisfactorios. Y aunque nadie ansía la perspectiva de morir, Gene y yo encontramos una manera de utilizar nuestras capacidades para afrontar el mayor de los retos: el diagnóstico de un cáncer terminal.

Estoy segura de que ya se ha dado cuenta después de leer estas memorias de que Gene siempre se movía a cien por hora. Trabajaba *todo* el tiempo. Durante los poco más de dos años que Gene fue consejero delegado de KPMG, nuestro trabajo en equipo se vio impulsado a su máxima altura durante todo el tiempo. Tenía que ser así porque Gene cargaba con la responsabilidad de miles de vidas y cientos de millones de dólares que debía gestionar. No podíamos prever que estábamos destinados a enfrentarnos a una situación de proporciones catastróficas.

Al afrontar el diagnóstico de Gene, aplicamos las herramientas que habíamos aprendido a lo largo de las décadas anteriores para hacer que los últimos cien días de su vida fueran un éxito *personal*. Mi esperanza está en que este libro le haya permitido reflexionar sobre lo que significa aceptar la muerte y disfrutar de cada instante a tu disposición.

La gente me dice con frecuencia que lo que más admiraba de Gene era su fuerza. Lo que no sabe en la mayoría de los casos es que la fuerza de Gene procedía de una vida de lecciones fundamentales en su mundo personal y profesional. Acogíamos cada experiencia, buena o mala, como una lección. Gene y yo nos dimos cuenta muy pronto

de que la capacidad para ver la imagen general era un tipo de pensamiento superior y más importante que la fidelidad a un valor o a un objetivo concretos. De la fuente de las experiencias que compartimos durante nuestro tiempo juntos se derivan cinco mensajes destacados que nos ayudaron a prepararnos para cualquier situación. Me gustaría robarle un tiempo para compartir estos pilares vitales con usted, con la esperanza de que le serán tan útiles como lo fueron para Gene y para mí.

La primera lección es *afrontar la realidad*

Cuando Gene era más joven sentía una necesidad insaciable de controlarlo todo. Necesitaba sentir que tenía autoridad sobre situaciones particulares de modo que pudiera realizarlas de la manera más exitosa posible. Esta es una característica común entre los directores generales y probablemente por eso Gene era un líder sobresaliente. Sin embargo, la noticia de que padecía un cáncer fue para Gene un punto de inflexión en su vida (por las razones obvias), pero también porque no podía hacer absolutamente nada para librar al cuerpo de la enfermedad. Podía luchar para obtener tratamientos radicales y de dudosa efectividad, podía mantenerse en un estado de negación o podía sencillamente afrontar la realidad. Afrontar la realidad consiste precisamente en vivir en este momento, ahora mismo, con toda la conciencia de la que seamos capaces. Y significa que se debe distinguir entre las cosas sobre las que podemos influir y las que están fuera de nuestro alcance. Gene sabía que no podía dejar que sus emociones o su voluntad se dejaran arrastrar por la aceptación de algo inevitable. Cuando llegamos a casa de la consulta del médico, el día de su diagnóstico, empezamos a planificar inmediatamente la última fase de su vida.

La segunda lección es *simplificar*

Simplificar significa que es necesario discriminar entre objetivos a corto, medio y largo plazo, y dejar atrás lo que ya no nos resulta útil. Simplificar nos ayuda a alejarnos un paso de los detalles pequeños y concentrarnos en el cuadro completo. Nuestra cultura es innovadora, rápida y con frecuencia nos obliga a las multitareas. Como consecuencia, nos hemos vuelto adictos al más y mejor, lo que habitualmente quiere decir más complejo. Por ejemplo, al final Gene miraba a su alrededor y se daba cuenta de que muchos de sus amigos parecían que buscaban «más» sin preguntarse: «¿Cuánto es suficiente?». Esta pregunta lo obsesionaba. ¿Lo que quieres realmente es un coche caro o un avión privado cuando tu vida personal es un tren descarrilado? Aquí la clave está en fijar primero tus prioridades más importantes y trabajar para lograrlas.

La tercera lección es *vive en el momento*

Tras recibir el diagnóstico, Gene descubrió una razón importante para permanecer en el momento. Con solo unos meses de vida por delante y con muchos momentos preciosos, Gene descubrió que el tiempo se ralentizaba. Al disfrutar cada momento únicamente por lo que era, Gene adquirió un nuevo respeto por, bueno, todo. Creo que la idea de vivir en el momento es también la razón por la que Gene cambió su «rey de las virtudes» del compromiso a la conciencia. Cuando tomamos un interés activo en concentrarnos en el presente, esto nos centra. Cuando somos capaces de asumir todo lo que nos ofrece el presente –siendo tan precisos y atentos como sea posible–, obtenemos más información, y más información basada en la realidad, para reflexionar sobre ella, y este es un bien muy valioso.

La cuarta lección es *reconocer la perfección*

Gene se pasó toda la vida pensando críticamente: evaluando los resultados probables en lugar de los resultados posibles. Después aprendió la alegría de reconocer lo que puede ser perfecto en un momento. Cuando se despertaba, estaba excitado y no podía esperar a ver lo que traería el día. Unas horas después de recibir el diagnóstico de Gene, decidí que no quería mirar atrás con remordimientos cuando Gene se hubiera ido. No quería pensar que había perdido ninguno de los cien días que nos quedaban. Decidimos en ese instante concentrarnos en crear momentos significativos –momentos perfectos– que pudiéramos compartir con personas importantes en la vida de Gene. Estos momentos perfectos incluían cartas, llamadas telefónicas, paseos por el parque, comidas fabulosas e, incluso, conversaciones íntimas en una cama de hospital. Lo que creamos fue una cuenta corriente de momentos perfectos para nosotros mismos y para los demás. Aún me resulta irónico ver cómo la perfección se puede encontrar en la imperfección. Con ello quiero decir que los momentos perfectos no tienen que ser un acto impoluto sobre el agua o en un restaurante maravilloso; pueden ser tan sencillos como compartir una mirada o dar un paso atrás para reírte de ti mismo.

La quinta lección es *conseguir el equilibrio*

La mayoría de las personas tienen décadas para prepararse para lo inevitable. Yo sabía que Gene se enfrentaba a un tope de cien días. ¿Cuántos de nosotros podríamos enfrentarnos a una fecha límite de cien días y hacerlo bien?

Con esto en mente, al cabo de unas pocas horas de su diagnóstico, le dije a Gene que lo mejor era que empezase a prepararse para su muerte. Yo había pasado antes por esto y sabía que la afrontaría. Sabía que su capacidad de permanecer completamente centrado iba a ser crucial. Empezamos a experimentar con medios para facilitarle que fuera capaz de permanecer intensamente centrado desde una perspectiva equilibrada. Experimentamos un poco y descubrimos que el jardín de los Cloisters (un museo medieval en Manhattan) era el lugar perfecto para Gene; el sonido del agua era exactamente lo que necesitaba. El resultado fue que cada una de las grandes ideas de cómo iba a pasar Gene sus últimos cien días de vida surgió de nuestras sesiones en los Cloisters. Y no gastamos una cantidad inadecuada de tiempo para conseguirlo, quizá dos horas a la semana como mucho.

Un aspecto importante de esta historia es que dedicar tiempo a lograr el equilibrio fue una actividad dinámica y de colaboración. Nuestro tiempo en los Cloisters fue la extensión natural de lo que habíamos hecho siempre a lo largo de nuestro matrimonio: buscar el equilibrio, colaborar, reflexionar y planear. A veces lo hacíamos con una botella de vino, a veces en el telesilla, a veces en la iglesia de St. James y últimamente en los Cloisters. Hablábamos de nuestros objetivos y compartíamos nuestros progresos. Era una parte esencial de nuestra vida que constituía el marco a partir del cual nos enfrentábamos a cualquier tipo de obstáculo que pudiera surgir.

El impacto combinado de estas lecciones es tremendamente poderoso. Cuando afrontamos la realidad, simplificamos, permanecemos en el momento, reconocemos la perfección y logramos el equilibrio, mejoramos nuestras posibilidades de crear una vida que podamos disfrutar ahora mismo:

- Cuando afrontamos la realidad queremos ver el cuadro general.
- Para simplificar es importante considerar todos los aspectos de nuestra experiencia.
- La experiencia de permanecer en el momento nos centra, y al estar centrados nos coloca en el momento.

- Para reconocer la perfección necesitamos darnos cuenta de dónde estamos en cada momento dado. Si estamos en el centro, miremos también a la periferia. De la misma manera, si estamos en la periferia, reconozcamos dónde se encuentran los otros círculos y dónde está el centro.
- Alcanzar el equilibrio es la capacidad de estar centrados sin importar dónde nos encontremos. De manera ideal, queremos aumentar el tamaño del centro para que englobe la mayor cantidad de círculos posibles.

Gene y yo sabíamos por la experiencia de treinta años de trabajo en equipo que las personas de éxito deben ser muy eficientes y tomar decisiones inteligentes, aprendiendo de cada experiencia. Aunque Gene tuvo que abandonar su cargo como consejero delegado de KPMG, asumió un puesto que ofrecía un reto y una recompensa mucho mayor: se convirtió en director general de su muerte. Aunque esto pueda sonar macabro, en realidad es algo que te da mucha fuerza. Al utilizar las habilidades y las herramientas que habíamos adquirido a lo largo de nuestra vida juntos, aprendimos a adaptarnos a la adversidad. Se podría decir que sometimos nuestros conocimientos al último examen... y lo aprobamos.

Notas

1. Físicamente estoy fuerte. No tengo dolores y como no me someto a quimio no estoy sujeto a esa experiencia tan lenta de la muerte. (*N. del t.*)
2. En Estados Unidos el Día del Trabajo no se celebra el 1 de mayo, sino el primer lunes de septiembre. (*N. del t.*)

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

Olvida tu edad

Ramon Bayés

Plataforma
Actual



«Hay viejos de veinte años,
como hay jóvenes de ochenta.»

José Luis Sampedro

Olvida tu edad

Bayés, Ramon

9788416620166

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cada vez que Ramon Bayés sube al metro o a un autobús, los pasajeros más jóvenes saltan de su sitio con gesto altruista para cederle el asiento. Es inevitable: el autor acaba de cumplir ochenta y cinco años, una edad en la que se puede parecer viejo a los ojos de los demás... Pero a Ramon Bayés la vejez no lo desvela y a veces debe esforzarse para ser plenamente consciente de su edad. ¿Cómo lo hace? ¿Hay acaso alguna fórmula? ¿Está la verdadera naturaleza de la vejez determinada por los números que sumamos? El autor parece haber encontrado una feliz respuesta: mientras seamos autónomos y mantengamos siempre viva la curiosidad, no hay razón para no despertarnos entonando cada mañana el triunfante grito de Tarzán. Olvida tu edad es el resultado de las reflexiones de un espíritu joven, vital y, sobre todo, curioso. Y es también el recorrido de una mente generosa y erudita, capaz de analizar con agudeza los más diversos temas, y que sabe lo que significa envejecer bien, jubilarse, afrontar los problemas, sin dejar por ello de vivir aquí y ahora.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



«Un libro que todos los adultos deberían leer.»
Javier Ortigosa

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno.

"Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed
"Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños
"Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción
"100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



21^a
edición ampliada

Traducido a 13 idiomas
Más de 100.000
ejemplares vendidos
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de *Vivir la vida con sentido*

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
A través de la ventana...	5
Índice	6
Epígrafe	7
Un regalo	8
El balance	19
El negocio de morir es muy duro	33
La mejor muerte posible	50
La buena despedida	66
Transición	81
Momentos perfectos, por Corinne O’Kelly	104
Epílogo, por Corinne O’Kelly	118
Notas	126
Colofón	127